



UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

Escuela de Ciencias de la Comunicación  
Licenciatura en Ciencias de la Comunicación

**La literatura en la construcción de la crónica periodística**  
Ensayo académico crítico presentado por

José Luis Perdomo Orellana

Previo a ser incorporado para obtener el título de  
Licenciado en Ciencias de la Comunicación

Guatemala, octubre 2021

UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS DE GUATEMALA  
Escuela de Ciencias de la Comunicación

**Director**

Licenciado César Augusto Paiz Fernández

**Consejo Directivo**

**Representante Docentes**

M.A. Silvia Regina Miranda López

**Representantes Estudiantiles**

Guillermo Herrera

Iván Porres Bonilla

**Representante Egresados**

M.Sc. Ana Cecilia del Rosario Andrade de Fuentes

**Secretario**

M.A. Héctor Salvatierra

**Tribunal examinador**

Presidente: M.A. Carlos Vicente Arrazola González

Vocales: M.A. Byron Rigoberto Chinchilla Castro

M.A. Lesbia Antonieta Hernández

Suplente: Lic. Haroldo Sánchez Valencia



Guatemala, 14 de octubre de 2021.

M.A. Héctor Salvatierra  
Secretario  
Escuela de Ciencias de la Comunicación  
Universidad de San Carlos de Guatemala

Estimado M.A Salvatierra

En mi calidad de presidente de la junta examinadora nombrada por el Consejo Directivo de la Escuela de Ciencias de la Comunicación para practicar el examen de incorporación a JOSE LUIS PERDOMO ORELLANA, registro académico 202170020, me permito informarle que el profesional ha realizado de manera satisfactoria las correcciones solicitadas por la junta examinadora al ensayo académico con base en la cual se realizó el examen respectivo, titulado "La literatura en la construcción de la crónica periodística".

En virtud de lo anterior, por este medio se emite DICTÁMEN FAVORABLE a efecto de que se pueda continuar con el trámite correspondiente.

Atentamente,

"Id y enseñad a todos"

M.A. Carlos Vicente Arrazola González  
Presidente



Escuela de Ciencias de la Comunicación  
Edificio M2, Ciudad Universitaria USAC  
Zona 12, Ciudad de Guatemala, C.A.

[www.comunicacion.usac.edu.gt](http://www.comunicacion.usac.edu.gt)

(502) 2418-8920





Guatemala, 26 de octubre de 2021  
**ECC1169-2021**

Señor **José Luis Perdomo Orellana**  
Registro académico **202170020**  
Escuela de Ciencias de la Comunicación  
Universidad de San Carlos de Guatemala  
Presente.

Señor **Perdomo Orellana**:

Con base en la nota sin referencia fechada **14 de los corrientes**, suscrita por el M.A. **Carlos Vicente Arrazola González** en calidad de presidente de la junta examinadora nombrada para practicarle examen de incorporación, según el **PUNTO CUARTO** inciso **4.5** literal **c)** del acta número **17-2021** de la sesión celebrada por el Consejo Directivo el **lunes 28 de junio de 2021**, por medio del presente se le autoriza que proceda con la impresión del ensayo titulado: "**La literatura en la construcción de la crónica periodística**", del cual debe entregar, en un plazo máximo de 15 días a partir de la recepción de este oficio, un ejemplar impreso y un disco compacto con el archivo digital en la Biblioteca Central, y dos ejemplares impresos y dos discos compactos, cada uno con el archivo digital, en la Biblioteca "Flavio Herrera".

Sin otro particular,

"ID Y ENSEÑAD A TODOS"



M.A. Héctor Salvatierra  
**Secretario**



  
Vo.Bo.  
Lic. César Augusto Paiz Fernández  
**Director**

CC. Archivo.  
M.A. **Carlos Vicente Arrazola González**  
PhD. **Aracelly Krisanda Mérida González**, coordinadora Comisión de Grado

Escuela de Ciencias de la Comunicación  
Edificio M2, Ciudad Universitaria USAC  
Zona 12, Ciudad de Guatemala, C.A.

[www.comunicacion.usac.edu.gt](http://www.comunicacion.usac.edu.gt)

(502) 2418-8920



Para efectos legales, el autor es el único responsable de estas páginas.

*Para don Ruperto Coxolcá, mi nuevo gran amigo de  
San Andrés Semetabaj.*

*A Giovany Emanuel Coxolcá Tohom, maestro de  
maestros, pues sólo gracias a su auténtico  
humanismo sancarlista y a su  
gorostiziana inteligencia es que, por fin, estas  
páginas rompieron el milimétrico cerco de cuatro  
años o cincuenta décadas de posposiciones tan  
malignamente parecidas a un cuarto de siglo del  
peor de los destierros.*

# ÍNDICE

<b>LA LITERATURA EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA CRÓNICA PERIODÍSTICA</b> .....	10
RESUMEN.....	10
PALABRAS CLAVE .....	10
INTRODUCCIÓN .....	10
COMPROMISOS ADQUIRIDOS, ORIGEN DE ESTE ENSAYO .....	12
LOS DESAFÍOS DEL ESTUDIANTE DE CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN.....	13
<b>APROXIMACIÓN TEÓRICA E HISTÓRICA AL PERIODISMO</b> .....	16
<b>LOS GÉNEROS PERIODÍSTICOS</b> .....	20
EL ENSAYO.....	21
EL ARTÍCULO.....	22
EL EDITORIAL .....	23
LA CRÍTICA .....	23
EL REPORTAJE.....	24
LA ENTREVISTA.....	24
LA CRÓNICA, TAN ANTIGUA COMO EL LENGUAJE .....	27
<b>DIMENSIONES Y POSIBILIDADES DE LA CRÓNICA</b> .....	32
<b>CRÓNICAS IMPERECEDERAS, FRAGMENTOS PARA UNA ANTOLOGÍA DIDÁCTICA</b> .....	41
JOSÉ ALFREDO JIMÉNEZ.....	41
F. SCOTT FITZGERALD.....	43
DETRÁS DE BILLY SUNDAY.....	44
EL INFAME LADRÓN.....	45
LOS ÁNGELES DEL INFIERNO .....	46
FICCIÓN NO FICCIÓN .....	46
TONTERÍAS DEL VARGAS LLOSA MALO .....	47
ROSARIO.....	48
PRÓLOGO A EL INTERIOR .....	50
DESPLAZARA PARA NO SER DESPLAZADOS: PALMA, NARCOS Y CAMPESINOS .....	51
<b>LA CRÓNICA GUATEMALTECA, ORÍGENES Y EVOLUCIÓN</b> .....	69
<b>APROXIMACIÓN AL PROBLEMA</b> .....	78

<b>ESCENARIOS POSIBLES E IMPOSIBLES .....</b>	<b>80</b>
<b>CONCLUSIONES .....</b>	<b>82</b>
<b>EL DESTINO DE LOS TRABAJOS DE GRADO .....</b>	<b>85</b>
<b>EPÍLOGO: ENTRE LA CRÓNICA, EL ENSAYO Y LA ENTREVISTA, POR SUPUESTO LA PRÁCTICA.....</b>	<b>87</b>
<b>COMENTARIO .....</b>	<b>109</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA .....</b>	<b>110</b>

# LA LITERATURA EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA CRÓNICA PERIODÍSTICA

## RESUMEN

Las ciencias de la comunicación han tenido un largo recorrido. Antes de ciencias, fueron comunicación, la necesidad de reconocer al otro, de registrar los hechos. Después fue la epopeya de la memoria colectiva, al conservar durante siglos las gestas del *homo sapiens*, hasta llegar a la invención de la escritura. La crónica no es una actividad reciente, es la prueba de que todas las civilizaciones buscan perdurar, es el registro permanente de lo que al ser humano le ha acaecido, con sus tribulaciones, sus épocas luminosas y sombrías. Llegar a la modernidad, tener un pasado, ser un país que nació de las invasiones y del crimen, entrar a la era del internet, sin la opción de la nostalgia por el pasado. *La literatura en la construcción de la crónica periodística* es un viaje al pasado, una discusión con el presente y una reflexión acerca del porvenir, del que nada se sabe, pero se sospecha que será mucho peor que la actualidad infestada por el pandémico terrorismo planetario programado.

## PALABRAS CLAVE

Literatura, crónica, periodismo, reflexión, imprenta, ciencias de la comunicación, pasado, memoria, internet, escritura, investigación, bibliografía.

## INTRODUCCIÓN

Hay excepciones, nadie lo duda; pero, por no asumir una actitud seria y comprometida con las exigencias académicas, las ciencias de la comunicación en particular, y las humanidades en general, son motivo de desconfianza en otras áreas o disciplinas del saber. Se tiene la creencia o prejuicio de que, estudiantes y profesionales, no pasan de ver programas y reportajes en televisión o internet y únicamente buscan graduarse para lucirse en televisión o para entrevistar a funcionarios, futbolistas, cantantes o cualquier otro espécimen de la farándula local o foránea.

Para desencajar y remover el hormiguero de prejuicios a los que estudiantes y profesionales deben sobrevivir a diario, si la universidad no los mata antes, o si no

deciden retirarse para forjar un destino «próspero» en otra carrera o facultad, se presenta, como requisito de incorporación a la Escuela de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de San Carlos de Guatemala, *La literatura en la construcción de la crónica periodística*, actualización de trabajos presentados en la Universidad Nacional Autónoma de México, hace ya más de tres décadas.

El ensayo implicó un responsable rastreo bibliográfico de quienes han hecho de la crónica no una descripción de acontecimientos, reales o ficticios, en orden cronológico, sino un testimonio a prueba del tiempo y de las innovaciones tecnológicas. Gutenberg no abolió a Homero, no lo hizo la televisión, tampoco lo harán los teléfonos más «inteligentes» que la mayoría de sus adictos.

El ensayo se divide en varios capítulos, que van de la documentación histórica al análisis, para llegar a la invitación a la práctica. Se hace un recorrido por el desarrollo de las culturas, hasta llegar a la modernidad del periodismo de los siglos XIX y XX.

La crónica, que a lo largo de la historia ha acumulado una rica bibliografía es ya todo un género, no solo periodístico sino literario. Ha sido motivo de estudio por autores latinoamericanos y anglosajones. Quizá cada autor trate de legitimar a los artífices de este género. Por suerte, Augusto Monterroso ha sentenciado que «todo Camaleón es según el color del cristal con que se mira».

Se hace un escrutinio del aporte de intelectuales de renombre universal que se han interesado y han hecho de la crónica un campo de batalla y un medio para escudriñar en distintos ámbitos.

El epílogo, quizá el más importante, por razones didácticas, se centra en llevar a la práctica la elaboración de un texto que va de la crónica a la entrevista y de la entrevista a fragmentos más allá de la opinión impresionista. Por tratarse de un fenómeno cultural, los resultados y los pasos a seguir para desarrollar una crónica entendible, aunque rigurosos, no deben ser de una exactitud aritmética; pero, sobre todo, entre esos pasos no debe faltar la experiencia personal.

Por lo demás, en las páginas siguientes, para quienes sientan interés, hay una lectura general de los orígenes de la crónica, tan lejanos como los orígenes de la literatura

y del lenguaje, los orígenes de la crónica guatemalteca, su devenir y una somera dilucidación teórica.

## COMPROMISOS ADQUIRIDOS, ORIGEN DE ESTE ENSAYO

Los créditos, títulos y diplomas universitarios certifican el conocimiento adquirido de quien ha terminado y cumplido con el proceso de aprendizaje reglamentario para graduarse. Se llega a la universidad cuando se ha dejado de ser adolescente y empiezan los años de juventud, cercanos ya a la madurez. Se ingresa, por lo regular, un poco antes de haberse vuelto ciudadano o un poco después.

Para demostrar el paso por las aulas, los trabajos entregados, ya sea en los tiempos estipulados o a fuerza de solicitar incómodas e inevitables prórrogas, se debe presentar un trabajo final. En el caso de la Escuela de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de San Carlos de Guatemala, se debe presentar una tesis (en el caso del responsable de estas líneas, un ensayo académico crítico), esto es, una investigación relacionada con la especialidad de la Escuela. El trabajo final del estudiante, ya que con él deja de ser estudiante para adquirir el grado de licenciado, debe ser un aporte para la universidad y el país. «Id y enseñad a todos» reza el mutilado lema de la universidad, no reza «id y ganad los cursos», ni «Id y comprad el título», ni «Id, cerrad *pensum* y graduaos en otra universidad», ni mucho menos «Id y plagiad vuestra tesis doctoral».

Con lo anterior se colige que el ensayo académico no debe limitarse a ser un requisito de graduación, o de incorporación en este caso: debe ser un aporte a la producción académica de la universidad. En él se refleja la paciencia, el esmero, la pasión el ingenio y la creatividad con que el claustro de catedráticos cultivó al estudiante durante años.

No es difícil justificar un trabajo de grado, lo difícil es no supeditar la tradición de una universidad a otra. *La literatura en la construcción de la crónica periodística* es producto de conocimientos adquiridos hace más de tres décadas (1986) en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

En 1986 iniciaba, se supone, la era democrática en Guatemala. Faltaban 10 años para la firma de los Acuerdos de Paz (la paz financiera de algunos comandantes y

generales), tan desafortunados para quienes dejaron su vida en la lucha armada y para quienes creyeron en la construcción de un mejor país, tan crueles para la juventud universitaria que supo identificarse con los anhelos populares, truncados con el derrocamiento de Árbenz.

No son turísticas ni eternamente becarias las circunstancias que llevaron al autor de este ensayo a abandonar el país<sup>1</sup>. El derrocamiento de Jacobo Árbenz en 1954 desató la persecución de líderes campesinos, sindicales, intelectuales y estudiantiles, una persecución implacable y programada que atravesaría la segunda mitad del siglo XX y dejaría sin patria a miles de compatriotas.

A casi dos décadas de haber iniciado el siglo XXI y el tercer milenio, se presenta este ensayo como una prueba de que, cuando el compromiso asumido con la herencia universitaria latinoamericana es genuino, dos tradiciones académicas pueden certificar la vigencia de las ideas e investigaciones de sus egresados. Es el caso de *La literatura en la construcción de la crónica periodística* y su autor, en quien dos universidades de prestigio continental convergen: la Universidad de San Carlos de Guatemala y la Universidad Nacional Autónoma de México.

## LOS DESAFÍOS DEL ESTUDIANTE DE CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN

El principal objetivo de este trabajo es confrontar la teoría (adecuada e inadecuada) con la práctica. Hay quienes desarrollan diplomados en periodismo y son incapaces de escribir una crónica de dos páginas que merezca ser publicada en editoriales o medios

---

<sup>1</sup> Debió buscar asilo en la embajada de México, en noviembre de 1977. Después viviría un exilio de más de dos décadas. Al respecto, ese año, *Prensa Libre* publicó lo siguiente: «Fuentes oficiales confirmaron que el ex dirigente de comercio, José Luis Perdomo Orellana se asiló ayer a mediodía en la embajada de México, acreditada en nuestro país, luego de que los familiares llenaran los requisitos legales correspondientes.

Se conoce que el estudiante Perdomo Orellana en varias ocasiones se escapó de ser secuestrado por desconocidos, quienes también secuestraron a los estudiantes Robin García y Aníbal Caballeros, quienes fueron asesinados en julio del presente año» (Libre, 1977).

Tres días después de la publicación de *Prensa Libre*, *El Gráfico* anunció que el embajador mexicano Emilio Calderón Puig había confirmado el asilo de Perdomo Orellana: «Entrevistado en su despacho, el diplomático se hizo acompañar de los consejeros Manuel Nájera Díaz y Enrique Fernández Zapata, para atender a nuestro reportero.

Inicialmente el embajador Calderón reveló que en el fin de semana buscó el amparo diplomático de México el ex dirigente estudiantil y que ahora se encuentra en calidad de asilado político» (Gráfico, 1977).

de difusión fuera de las fronteras guatemaltecas (ya de alcanzar la dignidad de los clásicos en el arte de la palabra escrita, ni hablar).

Existen varias obras en torno al tema, pero habría que juntarlas todas y desglosarlas para obtener una que se aproxime más a las necesidades del estudiante de ciencias de la comunicación. Ciertos textos pecan por exceso de teorizaciones y otros por exceso de consejos prácticos, que más parecen recetas desaforadas. Si esto no fuera cierto, habría una decena de libros publicados por periodistas guatemaltecos a la altura de *Homenaje a Cataluña*, *Hubo una vez una guerra*, *Los grandes cementerios bajo la luna* o, para no mirar al otro lado del río Bravo o del océano Atlántico, habría cronistas a la altura de *Carlos Monsiváis* o *Cristina Pacheco*. Y ya centrándonos en nuestra *alma mater*, más de un catedrático de la Escuela de Ciencias de la Comunicación habría sido incluido en *Lo mejor del periodismo latinoamericano*, compilado por Tomás Eloy Martínez (Eloy Martínez, 2007).

Saber escribir es una obligación elemental para cualquier estudiante de ciencias de la comunicación. Un relojero sabe de relojes; un albañil, de cimientos; un agricultor, de estaciones; un periodista debe saber de periodismo; y, *grosso modo*, es inconcebible un periodismo sin noticia que no haya tenido como punto de partida la respuesta a las clásicas preguntas «¿qué?», «¿quién?», «¿cómo?», «¿cuándo?», «¿dónde?» e incluso «¿por qué?».

Saber escribir no es tan sencillo como remitir un abyecto «mensajito»; pero tampoco tiene las complicaciones multicolores del Cubo Rubik o de la física nuclear. En cualquier caso, como se verá, la llave maestra es una práctica basada en una orientación teórica adecuada.

En virtud de que el siguiente texto pretende ser leído de principio a fin por alguien medianamente interesado, se escribió en un tono que quiso sacudirse el típico caudal soporífero que trabajos similares destilan en cantidades pavorosas, distribuidas en revistas indexadas, cuyo extraño mérito es cobrar en dólares a los autores por la publicación. Con el mismo fin, su estructura se basó en la de un ensayo académico, agregándole técnicas propias del reportaje, la crónica, la noticia, la biografía y el ensayo literario, lo que posibilitó poner en práctica todos los conocimientos heredados de las

aulas universitarias, escritores y, ante todo, libros. Por lo que, sin ningún problema, se puede decir de él lo que Darío Jaramillo dice de la crónica:

Novela, reportaje, cuento, entrevista, teatro —moderno y clásico—, ensayo, autobiografía, catálogo: Villoro tiene razón; y se queda corto si se advierte que le faltó el poema y aún más, le faltaron géneros que añade Mark Kramer: «El periodismo literario ha establecido su campamento rodeado de géneros emparentados que se traslapan entre sí, como la literatura de viajes, las memorias, el ensayo histórico y etnográfico, la literatura de ficción que se deriva de sucesos reales, junto con la ambigua literatura de semificción» (Jaramillo Agudelo).

Este ensayo intenta proporcionar —intento por demás modesto— a las nuevas generaciones (que aún osen estudiar una carrera tan ninguneada como ciencias de la comunicación) algunos elementos y lecturas que indudablemente les permitirán conocer la importancia de la literatura en la construcción de la crónica periodística e inevitablemente les invitarán a escribir crónicas legibles.

Tal vez uno de los defectos más acusados que se encuentra en él sea el poco recato en señalar las faltas y virtudes, así como la extrema y a veces descarada sinceridad. No es atañible al autor la culpa; la universidad lo hizo así... pese a que el sabio irlandés George Bernard Shaw ya había puesto en circulación este demoledor anuncio: «En lo que respecta a mi educación, todo iba muy bien hasta que fui obligado a inscribirme en un colegio».

## APROXIMACIÓN TEÓRICA E HISTÓRICA AL PERIODISMO

Durante el último año de la secundaria y los primeros de formación universitaria se solía leer el *Cantar de Mío Cid*, libro anterior al *Quijote* y, junto a otros, fundacional de la lengua castellana. En 1207 El *Cantar* ya estaba terminado, 285 años antes de la aparición de la imprenta. Se hacen estas anotaciones y se recuerdan las hazañas del Cid Campeador debido a que, según los estudiosos, quienes transmitían estas gestas de generación en generación y de lugar en lugar eran los juglares, que cumplían la función de narrar hechos reales y verosímiles, sin poder evitar la irrupción de la imaginación. No es descabellado aventurar que ellos son los antecesores de los narradores y cronistas de encuentros o sucesos importantes, guerras y eventos culturales que el periodismo moderno ha dado al mundo.

Sin embargo, los inicios del periodismo y la comunicación se encuentran en los orígenes mismos de todas las civilizaciones. Para que hubiese luz, Dios dijo «Haya luz y hubo luz» (Biblia de Navarra, 2008). Lo mismo se podría anotar de las civilizaciones prehispánicas, creadoras de un magnífico código oral propio. Todo inició con la palabra.

Desde que el ser humano estuvo consciente de no estar solo en el mundo y sintió la necesidad de comunicarse y de transmitir acontecimientos de los que era testigo, buscó la forma de llegar a los otros. Prueba de ello son los murales rupestres en cavernas. ¿Cuál era el fin primordial de estos vestigios pictóricos? Comunicar, transmitir, nombrar, igual que Dios en el principio. El ser humano debía crear a un ser supremo a su imagen y semejanza. ¿Cuál es esa semejanza? La necesidad de nombrar y transmitir. La definición de la Real Academia Española de la Lengua para periodismo es: «Actividad profesional que consiste en la obtención, tratamiento, interpretación y difusión de información a través de cualquier medio escrito, oral, visual o gráfico». Según la *Biblia*, Dios transmitió su mensaje por vía oral, según vestigios en las cavernas, los antepasados del *homo sapiens* lo hicieron por medios gráficos y visuales; el *Cantar de Mío Cid*, primero se transmitió de forma oral y, a partir de la aparición de la imprenta, por la vía escrita.

Los ejemplos anteriores sirven para dimensionar la imposibilidad de precisar una fecha exacta del origen del periodismo. Tampoco los estudiosos del lenguaje articulado han logrado determinar con exactitud el origen del código oral que posteriormente se

convirtió en código letrado. De lo que todos están seguros, estudiosos o no, es de la necesidad permanente del ser humano para comunicarse.

Con lo que todos deberían estar de acuerdo, al menos en Occidente, es que, a partir de la invención de la imprenta se aceleró la consolidación de las formas de comunicación. Si transmitir e informar siempre había sido una necesidad, con este invento la información se volvió perdurable: ya no era necesario esperar meses para ver terminado el trabajo de los amanuenses. Claro, de esto a democratizar el acceso al código escrito hay una gran brecha.

Tomando en cuenta los avances tecnológicos, los acontecimientos referidos podrían parecer extraños a los lectores de este siglo. No sabemos cómo serán recordados por los lectores que dentro de medio siglo estarán formándose o ejerciendo el periodismo. Hace 43 años, José Emilio Pacheco se refería al periodista en los siguientes términos:

El periodista en 1978, capaz de ver lo que redacta en su pantalla electrónica y aun de borrarlo y corregirlo, difícilmente habrá dedicado un segundo a recordar que en este año cumple su centenario la máquina (de escribir) cuya extensión y metamorfosis está manejando (Pacheco, 2017).

Únicamente está asegurado el implacable avance de la tecnología. Se dijo ya en páginas anteriores que ni la imprenta, ni el cine (se debió agregar la máquina de escribir), ni los teléfonos «inteligentes» abolieron a Homero. Las civilizaciones avanzan y al mismo tiempo cuestionan y buscan en el pasado una razón para seguir, el origen de sus males o respuestas que no siempre encuentran.

La tecnología ha dado pasos de «gato con botas» y son contados los periodistas que mantienen la disciplina de tomar notas, acudiendo a la caligrafía, a la pluma, a la taquigrafía, a los tachones y a las medias cuartillas. Los recursos son otros: mensajes, grabaciones de voz, videos transmitidos de inmediato a una cantidad vertiginosa de plataformas electrónicas, sin necesidad de una cámara profesional, tomas aéreas de acontecimientos inminentes, sin necesidad del helicóptero (ahora basta el dron). Esto ha predisposto a los estudiantes de las ciencias de la comunicación a desinteresarse por

un periodismo perdurable. La población, en su mayoría, tampoco está dispuesta ya a leer más de mil caracteres de una crónica, noticia, reportaje o entrevista. Las excepciones son quienes cultivaron el hábito de la lectura, en el caso de Guatemala, antes de la llegada de la televisión por cable.

Este escrito pretende mantener los criterios del ensayo académico y aventura un diálogo entre acontecimientos y voces de épocas distintas. No para impresionar al tribunal examinador, pero sí para incentivar a los estudiantes a indagar en el pasado y en la bibliografía sugerida durante la lectura. En esa tónica se hace un salto al siglo XIX para ubicar los orígenes del llamado periodismo moderno:

En líneas generales —señala A. Benito— puede afirmarse que el periodismo posterior a 1850 supone una serie de conquistas de primera magnitud: la conquista de todas las capas de la sociedad de casi todos los países de la Tierra y de todos los temas (...). El periodismo de este siglo largo —1850-1973— puede dividirse en tres etapas bien definidas. Periodismo ideológico, periodismo informativo y periodismo de explicación. Esta clasificación que responde a los últimos estudios de Prensa comparada realizadas en el mundo, se funda en la consideración de los fines que en cada uno de estos tres períodos se han propuesto los profesionales de la información. Aunque estas tres etapas tienen desarrollo sucesivo, en muchos casos, y como es obvio, tienen sus implicaciones. Hay tipos de periodismo que persisten en la etapa siguiente, a pesar de que vaya cambiando la marcha general de la historia del periodismo» (Martínez Albertos, 1995).

Evidentemente el autor de la investigación da por sentado que los países de América Latina no forman parte de esas «casi todas las capas de la sociedad de casi toda la Tierra». Aunque en esos años ya estaban lejos los juglares y otras formas de informar a la población, al producto del periodismo profesional no tenían acceso casi todas las capas sociales de todos los países del mundo. Las razones son obvias. Basta una mirada a las estadísticas de la población sin acceso al sistema educativo. Pero allá cada quien y sus onanismos clasificatorios.

Después de la invención de la escritura, con sus peculiaridades en cada civilización, la aparición de la imprenta fue una de las cimas más altas de la cultura

occidental que transformó la forma de comunicar y de registrar los hechos. Mucho ha pasado desde entonces y desde los inicios del periodismo moderno.

## LOS GÉNEROS PERIODÍSTICOS

En plena era tecnológica es arriesgado hablar del papel del periodista en la cultura y en los fenómenos globales. Más arriesgado aún es no tomarlo en cuenta. Los teóricos no llegan a un acuerdo en su clasificación y difieren al momento de determinar en qué punto del tiempo tuvo su origen el periodismo moderno, tal y como se conoce hoy. López Hidalgo señala sus orígenes profesionales en la Universidad de Salamanca en 1897, a cargo del profesor universitario Fernando Araujo y Gómez (López Hidalgo, 2009); otros autores ubican sus orígenes en el siglo XVIII. Independientemente de sus orígenes modernos y de si alguna vez hubo un ejercicio real de informar de forma imparcial, con la llegada de internet se abren posibilidades jamás vistas de acceder a todo tipo de información, casi al instante. Ya no es necesario esperar el diario del día siguiente o las noticias de las seis de la tarde para enterarse que el mundo empeoró. Se cuenta con la inmediatez tecnológica, una opción «sin censura» aparentemente. En poco tiempo, sin embargo, estas opciones de informarse dejaron de ser alternativa para volverse otra forma de censura. La tecnología, al igual que los medios de comunicación, responde (quienes la producen) a la agenda política y cultural de los dueños de los eufemísticamente llamados sectores hegemónicos del mundo. No se busca informar a la población: se trata de sesgar su opinión, se trata de idiotizarla aún más. Basta recordar la forma en que el Grupo Prisa se preparó para volverse un monopolio de la comunicación y de la producción de textos escolares en España, antes de la muerte de Franco, o para tener ejemplos en América Latina, basta con tener en cuenta el papel de la prensa guatemalteca y la gringa para perpetrar el derrocamiento de Jacobo Árbenz en Guatemala (junio de 1954), basta con revisar el papel de los medios de comunicación y de los banqueros para determinar de qué forma se debe informar a la población. El siglo XX le ha dado al mundo las muestras más altas de periodismo: Orwell, Steinbeck, García Márquez, Miguel Ángel Asturias, entre otros; pero también ha sido escenario de las mayores atrocidades encubiertas por los grandes medios de comunicación: prensa, radio y televisión. Todas las intervenciones yanquis en América Latina y otras geografías contaron con un aparato mediático capaz de convencer al resto del planeta de las intenciones «democráticas» de la piara imperial en turno.

Advertidos de la censura, parcialidad y de los verdaderos poderes omnipresentes detrás del periodismo en todo sitio (habría que ser demasiado ingenuo para creer en la libertad de prensa) se dará una somera revisión a los géneros conocidos y practicados ya desde hace un par de siglos, partiendo de la clasificación de Alex Grijelmo (Grijelmo, 2014). Previo a ésta, Grijelmo Anota:

Los viejos tipógrafos disponían de largos y finos cajones donde encontraban las mayúsculas — siempre en la caja alta, de ahí la metonimia «esta palabra se escribe con caja alta»— o las minúsculas «de letra con caja baja»—, o las cursivas, o las negritas, o la letra estilo Times o estilo Cooper. Su orden no ofrecía problemas.

Pero los géneros periodísticos no disponen de cajones finos donde resulte fácil encontrarlo todo. Se trata de cajas mucho más grandes, alrededor de las cuales —y no dentro— podemos encontrar a veces parte de la mercancía. Por eso el reto de definir los géneros periodísticos acarrea una tarea inabarcable. Podemos, eso sí, sentar unos criterios generales para saber de qué estamos hablando; pero siempre la innovación de los periodistas y de los periódicos puede dejar fuera de juego cualquier planteamiento. De entrada se aprecian ya notables diferencias entre los teóricos de la comunicación al clasificar las distintas formas de concebir un texto para publicarlo en un diario o revista. Y también, incluso, falta de coincidencia en las palabras que las designan en los distintos países que hablan español; por ejemplo, en gran parte de América se llama «crónica» a lo que en España se denomina «reportaje» (Grijelmo, 2014).

## EL ENSAYO

Procedente de los géneros literarios (según Grijelmo y todas las preceptivas literarias), en él se desarrollan temas de diverso interés: filosofía, arte, amor, amistad. Los medios de comunicación escritos suelen publicar autores connotados abordando temas no precisamente de actualidad o fugaces. Grijelmo cita algunos ejemplos del esquizofrénico diario *El País* y al hacerlo tiene cuidado en no agregar que en este género también se abordan temas de actualidad política o conflictos históricos. En el caso de dicho diario, su camaleónica orientación ideológica es evidente y es innecesario enfatizarla.

El ensayo, en algunas ocasiones, de la columna de prensa ha pasado a ser un clásico del pensamiento del siglo XX. Es el caso de *Tiempo nublado*, de Octavio Paz, *Contextos*, de Salvador Elizondo, *Cuando la sociedad es el tirano*, de Javier Marías, *Pa' pa'mi matate*, de Marco Antonio (*El Bolo*) Flores.

Quienes buscan establecer los orígenes del ensayo, necesariamente parten de Montaigne, en 1580, año correspondiente a la publicación de sus *Essais*. Diez y siete años después, se comenzarían a publicar los primeros ensayos de Francis Bacon.

Carlos Wagner Echeagaray aventura acerca del ensayo:

Es la interpretación amplia acerca de un tema determinado. Es más amplio que un artículo pero es más breve que un tratado, en el que se dan a conocer las teorías del autor. Más que una investigación severa y rigurosa (como es un reportaje), se trata de un análisis, de una confrontación de datos. Es un razonamiento, una deducción, que se encuentra en la frontera de lo periodístico y lo literario.

(...) El ensayo es un puente entra la fantasía y la observación, es una aventura del razonamiento, del análisis y de la inteligencia; es, en suma, una aventura por los territorios inexplorados de las ideas (Echeagaray, 2000).

## EL ARTÍCULO

En palabras de Grijelmo: «Llegamos al género de la mayor libertad posible: El artículo de opinión, del que forma parte la columna, la tribuna libre y el comentario (con estos y con distintos nombres, según el país)». El artículo, aunque no constituye un texto de opinión personal, se le aproxima. Los temas que aborda son variados, en ocasiones puede tener el matiz del ensayo, con menos densidad y rigor en el contenido. Echeagaray, por su parte, vuelve a aventurar que «Es el juicio, análisis opinión o comentario que se realiza a través de un escrito, firmado por su autor» Agrega, más adelante: «no admite definiciones ni por su tono de pulcritud ni por los temas». Finalmente dice: «En la mayoría de los casos se confunde con otro género moderno: el ensayo».

## EL EDITORIAL

En casi todos los antepasados libros de periodismo se asegura que el editorial no contiene o no debe contener posiciones políticas personales, sino la posición del conglomerado intelectual responsable de la publicación, revista o periódico; sin embargo, basta un esfuerzo mínimo para determinar la postura política de estos medios, sobre todo los hegemónicos; sobran ejemplos en todos los países. ¿Quién no ha leído el editorial de al menos dos o tres medios de comunicación durante los últimos veinte días? Sería una falta de respeto a la inteligencia del estudiante o del profesional de la comunicación hacerle esta pregunta y una falta más grave no obtener una respuesta.

No hay editorial en medios de comunicación que no esté al servicio de los gobernantes de turno, de grupos de poder o alineados a las coordenadas de alguna onegera cooperación internacional. Basta con recordar a medios guatemaltecos como *Siglo XXI* y *Al Día*, desaparecidos después de la renuncia a la más alta magistratura del Romeo y la Julieta, eructados por el Partido Patriota. Los especialistas en periodismo suelen hacer caso omiso de la verdadera naturaleza de los medios de comunicación. Rafael Correa, aseguraba, en televisión, internet, radio y medios escritos que «desde la invención de la imprenta, la opinión y la verdad fue del dueño de la imprenta». ¿No se puede asegurar algo similar de la televisión, la radio, los diarios impresos y digitales? ¿De qué imparcialidad se habla cuando se trata del editorial de un medio de comunicación y cuál es el papel que debe asumir el periodista? ¿Es peligrosa y ofensiva la crítica o autocrítica? El que no tenga una correa atada al cuello... que tire la primera piedra.

## LA CRÍTICA

Los medios de comunicación suelen dedicarle un espacio a la crítica, centrada por lo regular en sancionar de manera favorable o nefasta la aparición de una obra plástica, película, obra de teatro, novela, reportaje, etc. Se extiende más allá de la apreciación impresionista de cualquier obra o tema. No están aislados unos de otros. Así, la crítica puede tener rasgos del ensayo y del editorial y viceversa. Hay varios ejemplos en los medios de comunicación, aunque quienes buscan hacer una clasificación inamovible

sigan en desacuerdo. Basta con hojear los periódicos más leídos en América Latina. Basta con leer las columnas, artículos de opinión, ensayos y editoriales de *El País* o *Prensa Libre*, por ejemplo, para detectar su orientación y determinar que la objetividad es una palabra más hueca que la cabeza de un diputado del actual desagüe que los optimistas aún califican de honorable Congreso de La República.

## EL REPORTAJE

Texto informativo que incluye información noticiosa, descripción de lugares, ambientes e intervención de personas. Más cercano al género literario, al igual que la crónica, dependerá de la habilidad del periodista hacer de este género una pequeña obra maestra. Este género está muy cerca de lo que en los últimos años se conoce como documental. Los hay de actualidad y de temas históricos: reportajes acerca de la bomba atómica en Hiroshima, reportaje acerca de los campos de concentración en Auschwitz, reportaje acerca de las formas de vida de las poblaciones en extrema pobreza, reportaje acerca de los desaparecidos durante los treinta y seis años de represión estatal en Guatemala, durante la dictadura chilena (Pinochet) o durante la dictadura franquista.

Dependiendo de su naturaleza, en este género se integran varias disciplinas: Historia, Sociología, Psicología, Antropología, dependiendo de la naturaleza del reportaje. Al igual que en los géneros anteriores, el reportaje presenta una versión del tema en cuestión, una versión que sigue enmarcándose en la ya casi extinta frase «A ojo de buen cubero».

## LA ENTREVISTA

*Interviú*, conferencia o recepción; reunión, audiencia, conversación o cita; junta, diálogo, encuentro, visita o reportaje; cambiante como la piel de una serpiente, como el interior de un caleidoscopio o aun como los nombres de las perendengas que llegan con las ferias y se van con ellas, la entrevista tiene el cuero duro: ha aceptado tantos nombres y tantas definiciones como periodistas, estudiosos o allegados al periodismo ha habido.

Jorge Luis Borges, por ejemplo, desde su luminosa ceguera despótica:

El reportaje es uno de los géneros más reprochables y populares de que adolecen nuestras letras. Finge ser una conversación, pero se identifica peligrosamente con el interrogatorio fiscal, con el catecismo y con los exámenes de ciertos profesores inhábiles que, en vez de dejar hablar al alumno, lo interrumpen descortésmente con nimiedades bibliográficas y exigencias de fechas. La rutina de preguntas y respuestas obliga a su víctima a simular que es Heine o Wilde o Bernard Shaw, empresa que suele acometer con escasa fortuna. El interrogador descarga preguntas que sugieren y casi imponen respuestas determinadas. Le duele, además, ser el que interroga y no el que dictamina e intercala sus propias aversiones y preferencias generalmente superfluas.

(...) Un diálogo, creo, no tiene obligación alguna de ser un modo verbal de la esgrima, juego de asombros, de fintas y de vanidades; es la investigación conjunta de un hecho o la recuperación de compartidas memorias y no importa saber si las palabras salen de un rostro o de otro». (Vázquez, 1985, pág. 13)

En tanto que José Luis Martínez Albertos —cazador implacable de citas a destajo— desde su mediterráneo anegado en un espeso aroma a rémora anota: «Una interviú —dice Del Arco— no es, sin más, ni menos, que una conversación llevada a la letra impresa». (Del Arco)

Cuero de elefante, el de la entrevista, no hay duda; el Nobel 82 latinoamericano (que tanto odiaba a nuestro Miguel Ángel y por eso tuvo tantos admiradores entre la imbecilidad chapina) la sitúa en los terrenos movedizos del verbo camelar:

En realidad, el género de la entrevista abandonó hace mucho tiempo los predios rigurosos del periodismo para internarse con patente de corso en los manglares de la ficción. Lo malo es que la mayoría de los entrevistadores lo ignoran, y muchos entrevistadores cándidos todavía no lo saben. Unos y otros, por otra parte, no han aprendido aún que las entrevistas son como el amor: se necesitan por lo menos dos personas para hacerlas, y solo salen bien si esas dos personas se quieren. De lo contrario, el resultado será un sartal de preguntas y respuestas de las cuales puede salir un hijo en el peor de los casos, pero jamás saldrá un buen recuerdo. (García Márquez, 1981)

Calvo Hernando lleva la entrevista, muy impúdicamente, a los bancos de sal y a las especias:

La entrevista periodística es algo más complejo de lo que en un principio podría creerse, ya que no basta, como algunos piensan, con elegir a una figura famosa e inteligente, sino que su interés se basa en la personalidad del interrogador, en su conocimiento de las circunstancias personales del entrevistado y, en definitiva, en la sal y la pimienta que pueda poner en su trabajo, al redactarlo.

La entrevista roza con la semblanza, género difícil, con amplias y sutiles posibilidades de creación y de ilustre tradición literaria. (Calvo Hernández, 1977, págs. 238-239)

El ganador del premio mexicano de Periodismo Cultural 1984, Arturo Melgoza Paralizábal, prefiere no meterse en honduras y confiesa a la periodista *Bambi* uno de los secretos de su mexicana fórmula triunfante:

Al hacer una entrevista no se trata de establecer un diálogo entre una persona que parece ignorarlo todo y otra que no entiende: ni tampoco una conversación entre sordos en la cual uno destaca por indiscreción y otro por pedantería. (Bambi, 1985)

Cristina Pacheco, por otro lado, rezumando su larga experiencia periodística al amparo conyugal de José Emilio Pacheco, extiende una invitación más que despistada para conocer el país donde Shakespeare fue rey:

Considero que la entrevista es literatura: una pequeña obra de teatro que debe tener una atmósfera de principio a fin: lo que requiere de un largo trabajo de escritorio. En realidad, la entrevista comienza cuando uno se sienta frente a la máquina y empieza a precisarse el texto, a volverlo legible, a pulirlo, a elaborar la pequeña obra de teatro para lectores (Peralta, 1983).

(Cabría aquí preguntarle a Cristina: ¿y el trabajo anterior al acto físico de sentarse frente a la máquina es fantasía o qué?)

La pregunta es válida, pero el pergeñador de estas líneas prefiere ceder el turno a G. Martín Vivaldi, ese clásico tan socorrido cuya G no significa más que Gonzalo:

Entrevista...: (dícese también *entreviú*, anglicismo derivado de *interview*): desde el punto de vista de la redacción, reportaje periodístico que relata —en todo o en parte— la conversación o diálogo mantenido por el periodista con determinada persona (Vivaldi, 1979, págs. 340-341).

Para concluir este apartado y poner en claro las cosas de una vez por todas, es el mismo Martín Vivaldi quien define el verbo entrevistarse y de paso corrige la plana a miles de perpetradores de errores glamorosos, en cuyas siniestras manos continúan deshaciéndose muchos suplementos culturales adictos a pegar planas saqueadas de otros medios:

Entrevistar...: celebrar una entrevista. Mejor: «Entrevistarse». Verbo no activo y por consiguiente, mal empleado como tal. Lo correcto es la forma pronominal: «entrevistarse con», puesto que se trata de un verbo que expresa una acción recíproca: se entrevistan dos personas; no se entrevista a una persona, sino que se entrevista uno con tal o cual persona. No obstante, se suele oír en los medios audiovisuales —radio y TV— y se lee alguna vez en los periódicos: «entrevistamos a don fulano de tal». Errónea expresión, puesto que el propio verbo deriva de sustantivo que, en realidad es la palabra compuesta de «entre» y «vista». Y lo que se realiza entre dos o varias personas tiene que ser por fuerza indicativo de una acción recíproca. Y así es en realidad: en la entrevista hablan el «entrevistado» y el «entrevistador (Vivaldi, 1979).

## LA CRÓNICA, TAN ANTIGUA COMO EL LENGUAJE

Aunque la bibliografía de títulos relacionados con la teoría y la práctica del periodismo es vasta y pese a la abultada cantidad de estudios de grado y posgrado realizados durante varios años en Guatemala, en la producción periodística contemporánea no siempre hay indicios de calidad en el manejo del lenguaje, ni siquiera el de una limpieza rudimentaria en la redacción<sup>2</sup>. Sin embargo, loables y necesarios son tales aportes académicos para

---

<sup>2</sup> En *Helarte de la errata* (López, 2005), Carlos López encuentra los errores cometidos en distintas épocas y rescata la opinión de escritores de primera línea acerca de las erratas, tales como Jorge Luis Borges, Pablo Neruda y Oscar Wild. Demuestra que ni siquiera el *Diccionario de la lengua española* está libre de errores. Por lo que, dejar limpio un párrafo de toda falta, dedazo o gazapo es tarea casi imposible; sin embargo, no por eso los errores deben volverse vocación.

estudiantes y profesionales de la comunicación. Otros estudios encontrados son menos ortodoxos en su forma y contenido, pero no por eso menos importantes en registro de hechos por medio del signo lingüístico y sus prodigiosas ramificaciones.

La palabra «crónica» no es propiedad exclusiva de la actividad periodística; es más, las primeras crónicas no aparecieron en las planas de un periódico ni fueron idea de un sagaz reportero, tampoco aparecieron en la televisión o en las páginas electrónicas de información. Es imposible determinar cómo y cuándo tuvo lugar la primera; en cambio, sí es factible aventurar que, a partir de la invención del lenguaje, los seres humanos se encontraban ya muy cerca de registrar sus primeras crónicas. Graciela Pedraza, al referirse a los antecedentes más lejanos de la crónica, asegura:

(...) los cronistas de aire libre, los que toman la temperatura de la historia cotidiana, la cenicienta de la otra. Una investigación sobre el ADN de ellos revelaría que entre sus primigenios antecesores figuran narradores de las cavernas, esos que a la noche traían relatos de lo que habían visto y les habían confiado, tratando de explicar el porqué... ¿o no había ya crónica en las narraciones orales previas a la escritura, narraciones que ni siquiera eran orales sino gestuales? (Pedraza, 2008)

A partir de entonces, han tenido lugar incontables registros de acontecimientos de muy variada dimensión: desde hechos domésticos, pasando por las primeras manifestaciones de lucha por el poder, hasta desembocar en la *Odisea* o la *Iliada*, pero para que eso sucediera hubo que esperar miles de años. Por supuesto, solo una parte mínima ha pasado a la historia.

Para continuar, es necesario conocer los orígenes etimológicos de la palabra. En la página electrónica de la Real Academia Española de la Lengua se encuentra la siguiente información: Crónica: «Del lat. *chronīcus*, y este del gr. *χρονικός* *chronikós*; la forma f., del lat. *chronīca*, y este del gr. *χρονικά* [*βιβλία*] *chroniká* [*biblíá*] '[libros] que siguen el orden del tiempo (Lengua, 2020)». De las siete acepciones que existen para la expresión, la sexta y la séptima pueden ser de utilidad para los estudiantes que se inician en el periodismo: «6. f. Narración histórica en que se sigue el orden consecutivo de los acontecimientos». Y «7. f. Artículo periodístico o información radiofónica o televisiva

sobre temas de actualidad (Lengua, 2020)». Echegaray es audaz al afirmar que: «La crónica es el primer género periodístico utilizado por la humanidad. Tiene sus antecedentes en los griegos Heródoto, Tucídides y Homero» (Echegaray, 2000).

Por su parte, Cabrera Infante se refiere a Heródoto en los siguientes términos:

Heródoto, un ateniense que había nacido en el Asia Menor, era un narrador profesional que llamó a sus libros *istoriai*. Que no quiere decir historia (la historia no se llamaba todavía historia) en griego sino inquisición, tal vez encuesta. Lo que hoy llamamos *survery*. El erudito inglés M. I. Finley revela que pasó mucho tiempo antes que se diera a la palabra historia «el uso específico y estrecho que tiene ahora». Heródoto se apoyaba, como Plutarco, en reportajes de segunda mano, en leyendas, en mitos y, ¿por qué no decirlo?, en chismes. Ya en su *Libro Primero*, Heródoto se balanceaba como un equilibrista griego entre la mitología y el rumor. No es extraño que los antiguos, que sabían de estas cosas, lo conocieran como el Padre de la Mentira (Cabrera Infante, 1993).

Por suerte para los lectores guatemaltecos, ya Augusto Monterroso dejó el cuento «El Camaleón que finalmente ya no sabía de qué color ponerse». Uno puede estar de acuerdo o no con Echegaray, con Grijelmo, con Cabrera Infante o partir de ellos para llegar a reflexiones más osadas en esta materia. Tomás Eloy Martínez sanciona los orígenes geográficos y temporales de la crónica moderna:

La crónica nació hacia 1880 como recurso de algunos grandes escritores latinoamericanos publicando sus versiones de la realidad en los periódicos. El lenguaje de todos ellos fue en muchos casos experimental y, siempre, elegante, alusivo, nítidamente literario. La reconstrucción de personajes verdaderos y la elaboración de una trama narrativa convirtieron esos textos en pequeñas obras de arte. Los fundadores de la crónica fueron José Martí, Rubén Darío, Manuel Gutiérrez Nájera, Julián del Casal, Euclides de Cumba. A ellos deben sumarse, en las décadas siguientes los nombres de Salvador Novo, Roberto Arlt, Jorge Luis Borges, María de Andrade y el inesperado César Vallejo, un corresponsal de guerra tan original como Ernest Hemingway y George Orwell, que lo sucederían una década después (Eloy Martínez, 2007).

En la misma página Eloy Martínez, a quien el autor de estas líneas entrevistó en México por su obra *Santa Evita*, asegura:

Así, muchos años antes de que Estados Unidos reivindicara para sí la invención del nuevo periodismo —cuyo apogeo, anterior a Tom Wolfe y Capote, es quizá el admirable *Hiroshima* de Jhon Hershey—, ya la crónica era uno de los grandes géneros literarios de América Latina (Eloy Martínez, 2007).

Al mismo tema, el joven maestro guatemalteco Oswaldo J. Hernández se refiere en los términos siguientes, llevando sus reflexiones hasta la era del internet:

Mientras los cronistas del Boom latinoamericano buscaban lo mágico en la realidad del periodismo, los gringos estaban haciendo cosas más «reales». Tom Wolfe nos metía en gaseosas de ácido eléctrico para narrar una historia periodística de LCD. Guy Talese nos ponía de frente a un Frank Sinatra con todas sus contradicciones. Hunter S. Thompson se metía a una pandilla de motociclistas para describir Norteamérica... Es decir, los anglosajones hacían periodismo de inmersión, «Gonzo», siguiendo los pasos de Günter Wallraff, que años antes se había metido de neonazi solo para exponer operaciones clandestinas de los servicios secretos alemanes.

En Latinoamérica, el periodismo narrativo no tuvo mucha relevancia hasta mediados de los años noventa. Gabriel García Márquez creó la Fundación de Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI) en 1995, con el fin de convertirla en una escuela para la crónica narrativa, con talleres, premios y becas. Esto derivó en la ubicación de autores que escribían literariamente, pero desde un periodismo de entretenimiento durante los primeros años. Que si la crónica de un chef que se va a pescar. Que si Laura Bozo queda encerrada en su estudio de televisión bajo arraigo. Que si la Inka Cola es mejor que la Coca Cola... Poco a poco, no obstante, se empieza a buscar algo de seriedad. De hecho, hay una crítica que se hace desde Centroamérica al periodismo que se trabaja en el cono sur, con enfoque literario. En El Salvador, los periodistas de *El Faro* empiezan a narrar cuestiones más trascendentales. Contar bien la política, la justicia. Como una novela. En 2011 publicaron varios reportajes literarios sobre la historia de las pandillas centroamericanas, además de narrar el camino (la ruta México) de los migrantes en busca de EE.UU. Se puede decir que, a raíz de este planteamiento, la FNPI empieza a impulsar un periodismo más político, sin abandonar la intención literaria.

Fue un pequeño boom durante la primera e inicios de la segunda década del siglo XXI. Ahora todo el periodismo literario está en crisis, tratando de sobrevivir a la información que se genera en las redes sociales. A la falta de interés en la lectura. A la inmediatez mediocre de dos o cuatro párrafos mal escritos. Y a los influencers y generadores de contenido (que son legiones analfabetas) que se atreven a crear infoentretenimiento: bailes, memes, canciones... ¿Cómo se compite contra eso? (Hernández J. O., 2021).

En contraste con Eloy Martínez, se debe anotar que el siglo XIX trajo numerosos adelantos técnicos; aunado a esto, ocurrió el despertar de ideas liberales, que buscaban otorgar al individuo garantías como las de expresarse libremente. Estos factores, más la gestación de sociedades mercantilistas, provocaron, entre otros acontecimientos, el advenimiento del periodismo moderno.

En los Estados Unidos el periodismo encontró una gran respuesta y fue precisamente allí donde parece que James Gordon Bennett realizó «los primeros reportajes, como resultado de sus preguntas a Rosina Townsed, administradora de un burdel de Nueva York, donde, en 1936, se cometió un crimen sensacional» (Charnley, 1971, pág. 324), sin embargo estos acontecimientos tienen lugar décadas después de la aparición de Martí y Gómez Carrillo, quien por alguna razón de supremacía sudamericana, Eloy Martínez decidió no incluir en sus páginas.

La crónica en particular, y el periodismo en general, siguió su marcha como un instrumento de información, demostrando además su utilidad en numerosos ámbitos de la vida social.

Con el tiempo, los periódicos, revistas y editoriales del planeta le abrieron sus páginas, ya no solo como un medio de obtener información sino también como un subgénero independiente, tan autónomo como el ensayo o la crítica, tan literaria como la poesía y la novela.

## DIMENSIONES Y POSIBILIDADES DE LA CRÓNICA

Cuando colegas mayores, como John Silas Reed, ya lo dijeron todo desde la práctica de la crónica literaria y de la crónica periodística con obras portentosas como *México insurgente*, *Detrás de Billy Sunday* y *Diez días que conmovieron* (o estremecieron, dependiendo del traductor) al mundo, escritas entre los 24 y los 32 años de edad y desde la primera línea de fuego, cuando, menos remotamente, colegas mayores como Borges, Liao Yiwu, Svetlana Alexiévich, Jack London, Paul Theroux y Martín Caparrós ya hicieron lo propio en Argentina y China, Alemania y Rusia, Estados Unidos y Gran Bretaña, a colegas comunes y corrientes como quien se dilata en redactar este párrafo, solo queda el recurso de la aproximación y la humildad genuina de los neófitos.

Si fuera necesario ponerse antropológico/arqueológicos con Staley Kubrick y la especialista Graciela Pedraza (Pedraza ya fue citada en párrafos anteriores), los primeros cronistas son los narradores de las cavernas que regresaban a éstas por la noche para contar lo que les había sucedido durante el día y lo contaban con gestos, no con palabras.

Si fuera necesario volverse bíblico/masónicos, El Gran Arquitecto del Universo es el primero de todos los autores, el más vendido y el único al que nadie le ha pagado un centavo de regalías por su best seller mundial, La Sagrada Biblia, en cuyas páginas aparecen unas inusitadas 1ª y 2ª de *Crónicas* que incluyen «las cosas que se hicieron a un lado», con materiales llegados del *Génesis* y de otros libros bíblicos como *Reyes*, *Samuel*, *Josué*, *Éxodo*, *Números* y *Ruth*. La 1ª y 2ª de *Crónicas* están saturadas de tediosas genealogías que abarcan los reinos de David y de Salomón, pero también consigna los exilios del muchas veces (no todas) heroico pueblo judío, sus retornos, y son una sabia invitación a entender el presente para saber orientarse en el futuro (algo tan ajeno al pueblo guatemalteco).

Si se obvia a Cabrera Infante y se le toma la palabra al colega polaco Ryszard Kapuscinski (Kapucsinski, 2007), Heródoto se propuso descubrir, conocer y describir la historia en estado naciente, en el momento que los seres humanos la creaban. Pero, ¿cómo Heródoto, un griego, podía saber lo que hacía y decía la gente de países remotos como Persia, Egipto, Libia? Pues, viajando, preguntando, observando y sacando conclusiones de lo que le contaban y de lo que veía. ¿No es lo mismo que deberían hacer

o hicieron todos los reporteros? El camino es la fuente, el tesoro, la riqueza. ¿Cómo Heródoto tuvo la pasión del camino? Quizá de la pregunta que habría surgido en su mente de niño: ¿De dónde vienen los barcos? Parte de la respuesta está en el camino. En el movimiento. En el viaje. Resultado de sus viajes, *Historia*, el libro de Heródoto es el primer gran reportaje, la primera gran crónica de la literatura universal. El colega griego tiene la intuición, la vista y el oído de un reportero. Resiste, no se queja del cansancio, nada lo desanima ni le da miedo. ¿Qué lo impele a lanzarse a su gran aventura? Algo que nosotros hemos perdido hace tiempo: una fe llena de optimismo en que es posible describir el mundo. Heródoto indaga, cita las más diversas opiniones sobre un acontecimiento o las rechaza todas por absurdas. No es un cronista pasivo. Participa activamente. Al no existir libros (ni mucho menos periódicos), Heródoto leía en voz alta los resultados de su trabajo ante auditorios que de inmediato expresaban su parecer y esta reacción era una importante guía para él. Otra fuente de información que tuvo fueron los depositarios de la memoria: los cronistas espontáneos, los contadores ambulantes y los trovadores de la antigüedad. En África occidental todavía hoy puede uno encontrar y escuchar a un griot, personaje que va de aldea en aldea y de mercado en mercado contando historias, leyendas y mitos de su pueblo, su tribu o clan. A cambio de unas monedas o de un poco de comida y un vaso de agua, un viejo griot, hombre de gran sabiduría y fecunda imaginación, te cuenta la historia de tu tierra, lo que en ella ha ocurrido y cuándo, qué casos, acontecimientos y prodigios se han producido en tu ausencia.

José Martí, por su parte, discierne que el periodismo de su tiempo permite a los escritores lo que no les da el mercado de los libros: la democratización de sus crónicas literarias en periódicos que tienen un acceso mayoritario mientras que los libros ya están reservados, como suele suceder, a unos cuantos que ni los leen.

La coyuntura se presta para un epígrafe del legendario periodista italiano Indro Montanelli —quien, en las 250 páginas de sus *Memorias de un periodista*, publicadas en el 2002 sólo menciona la palabra crónica dos veces y de paso—: «Un periódico debe estar unido en la noble causa de contribuir a la vida pública, estimular las conciencias y auspiciar cambios». (Un epígrafe que, de ser puesto frente a un espejo, encontraría el

desencanto de Borges y de Thoreau, quienes con fervor sostenían que los periódicos deberían aparecer sólo cuando un acontecimiento afectara a todo el mundo —por ejemplo, «Cristóbal Colón descubre por error un continente al que llamarán América y al que España aniquilará a punta de genocidios»—... y que ya es un exceso leer un periódico a la semana.

La coyuntura también se presta para un epígrafe de Carlos Monsiváis, uno de los discípulos más adelantados de Cardoza y de Augusto Monterroso, y por añadidura un cronista que marcó a su tiempo: «O ya no entiendo lo que está pasando o ya pasó lo que estaba yo entendiendo—».

...En el supuesto sin conceder de que *Crónica de una muerte anunciada*, de García Márquez, es una crónica...

...En el supuesto sin conceder de que *El Imperio*, de Kapuscinski, es una suma de crónicas polacas ensambladas para echarle más penca y más tierra a los saldos de la URSS...

...En el supuesto sin conceder de que, en *Crónicas marcianas*, de Bradbury, no hay ni una crónica pues se trata de 27 relatos de la hoy conocida como «literatura de anticipación»...

...En el supuesto sin conceder de que para escribir sus célebres *Crónicas de Narnia* —célebres por la película, no por el libro—, su erudito autor C.S. Lewis tuvo necesidad de hacer consultas al más alto nivel en el periodismo británico, la madre y el padre de todos los periodismos escritos...

Más allá de los supuestos y de las concesiones, ¿en qué se queda o en qué se podía ir quedando en cuanto a «La literatura en la construcción de la crónica periodística»?

A la manera de Heródoto, se puede volver a partir.

Hay que partir de que, en los cuatro años y ocho semestres de la licenciatura en periodismo y comunicación colectiva, carrera que apenas despegaba en los años 70 y 80 del siglo XX, sus abnegados catedráticos no alcanzaron a enseñar lo que los profesionales de las ciencias de la comunicación encontrarían después en David Jiménez García:

El primer periódico de la historia fue creado por Johann Carolus, hijo de un sacerdote de Estrasburgo, en 1605. Carolus llamó a su invento Colección de todas las noticias distinguidas y conmemorables. Tenía una única columna y se imprimía semanalmente. La idea se extendió por Europa, donde los primeros folletos buscaban captar la atención de los lectores con noticias de “crímenes, violaciones, incestos, monstruos, catástrofes naturales, fenómenos celestes, fantasmas y diabluras de todo tipo.

Algo así como *Nuestro Diario*... que aún circula heroicamente, pidiendo clemencia y que no le tengan miedo desde su primera plana: “El papel periódico no contagia el virus de...”

El éxito de aquellas gacetas hizo que aumentaran las publicaciones, los tirajes y el número de páginas por ejemplar. Los periódicos empezaron a competir por contar las noticias antes y mejor que la competencia. En 1854 el director de *The Times* creó la figura del corresponsal enviando a un reportero a la guerra de Crimea... Las primeras fotografías fueron añadidas a los diarios a finales del siglo XIX y poco después la publicidad empezó a costear los gastos de las redacciones, que dejaron de depender de las ventas de cada ejemplar. Mejoraron las cuentas, se incorporaron nuevas secciones, se compitió por atraer a los mejores reporteros y columnistas, se invirtió en investigación y se ganó influencia y con el tiempo los periódicos incluso derrumbarían presidentes como Richard Nixon.

Las computadoras reemplazaron a las máquinas de escribir. El color al blanco y negro. Y los envíos electrónicos a los dictados que malgastaban el tiempo de las secres.

Pero el periódico en esencia, seguía fabricándose como la Colección de todas las noticias distinguidas y conmemorables del hijo del sacerdote de Estrasburgo.

Recabar información, imprimirla en papel y distribuirla físicamente a los lectores fue durante siglos un negocio estable, ajeno a las transformaciones sociales o las innovaciones que obligaban a otros sectores a renovarse. La profesión vivía al abrigo de sus tradiciones confortables y sus oficiantes no tenían la necesidad de actualizarse o aprender nuevas habilidades. Y, entonces, todo cambió.

Un día de 1996 llegué a la redacción y vi al jefe de infografía con la mirada clavada en la pantalla de una computadora. Me acerqué a preguntarle en qué andaba.

--Navegando --dijo.  
--¿No hay que irse al mar para eso?  
--En Internet.  
--¿Internet?  
--Sí, esto va a cambiar el periodismo, ya lo verás (Jiménez, 2019).

No es un reproche: pero eso no se aprendió en la Universidad Nacional Autónoma de México.

A finales de los años 70 del siglo XX —gracias a Luis Cardoza y Aragón —el examinando inició una profesional de tres décadas con Carlos Monsiváis, quien sólo había publicado *Días de guardar*, en 1970 y *Amor perdido*, en 1978, a los cuales agregaría en los próximos años otros portentosos libros de crónicas como *A ustedes les consta Antología de la crónica en México* (1980), *Los rituales del caos* (1995), *Salvador Novo Lo marginal en el centro* (2000).

Para no contaminar al cronista Carlos Monsiváis, sus crónicas magníficas y sus conceptos apocalípticos, además de la memoria de una amistad de tres décadas, se consultaron otras fuentes.

El erudito sanmarquense Carlos López, avecindado en México, asegura:

El príncipe de los cronistas fue Carlos Monsiváis, fue el rey y todos los epítetos que se refieran a grande, único... Vio, sintió, intuyó con humor inaudito el alma de los acontecimientos de la vida mexicana y latinoamericana... Era un rockstar con alma de boquerista. Nada escapaba a su mirada eleata... La manera aforística de sus crónicas poéticas, filosóficas, la verdad de sus historias, el conocimiento que rebozaban sus textos lo convirtieron en un referente... Sobre todo en la crónica, superó a todos los maestros del género y trascendió América.

Para Julieta Viú Adagio, de la Universidad Nacional de Rosario, Argentina,

Carlos Monsiváis fue una mezcla de Albert Camus y Ringo Starr que reconfiguró la crónica modernista. Su proyecto cronístico está influenciado por la estética pop... Como cronista contemporáneo sale de la redacción y asiste a marchas, desfiles, shows y actos multitudinarios.

Carlos Monsiváis es contemporáneo en el sentido que Giorgio Agamben otorga al término: “Contemporáneo es aquel que percibe la oscuridad de su tiempo como algo que le incumbe y no cesa de interpelarlo.

Según José Emilio Pacheco, su amigo de toda la vida y amigo de Guatemala, Carlos Monsiváis

(...) recibió 234 doctorados honoris causa; vio que se publicaron 498 textos acerca de él; dio 329 conferencias; concedió 1.524 entrevistas. Carlos Monsiváis es el practicante del arte de la memoria. La época exigía un testigo de excepción y lo encontró en él, desde la invasión de Guatemala, hasta el 68 y Tlatelolco. El gran cronista es el Monsiváis más conocido, el más necesario, el clásico. Clásico en el sentido de que no podrá dejar de leerlo quien aspire a conocer y entender cómo hemos sido, qué ha pasado con nosotros en la 2ª mitad del siglo XX y en lo que va del aún más imbécil y siniestro siglo XXI.

En 30 años de amistad, acerca de la crónica, Monsiváis le dijo al responsable de estas páginas lo que después dejaría por escrito:

Es un empeño periodístico descaradamente literario, es desde el siglo XIX una expresión brillante del deseo de narrar la cercanía, lo que es local, lo vulnerable, lo carente de prestigio internacional.

Si la época corresponde al reportaje de investigación —con sus grandes denuncias que por desgracia se vuelven inútiles a las dos semanas—, la crónica le imprime relevancia a la revelación...

Pero el diálogo florece sin presentir que lo asesinará el celular...

63% de los estudiantes que concluyen la primaria en México lo hacen sin saber escribir...  
2 de cada 3 egresados de primaria carecen de habilidades básicas para el lenguaje escrito.

Hoy, además, resulta excepcional oír que un reportero o un articulista escribe muy bien. Lo común es la resignación que acepta lo que hay porque tampoco se le concede atención especial a la prensa.

Y, salvo excepciones notorias, son muy confusos o muy reiterativos los métodos narrativos, y si notas y reportajes se dejan leer es por lo general mérito de la avidez de los lectores, coautores obligados de los textos que, por lo mismo, depositan la información y la interpretación que allí no está.

Por descuido o por convicción subliminal, el gremio periodístico cree cada vez más en las imágenes y menos en las palabras... Los elementos que precipitan, encauzan o fijan estos cambios son:

- ✓ El avasallamiento del analfabetismo funcional que trae consigo una sólida disminución del vocabulario... Las personas y las colectividades recurren cada vez más a menos palabras que tienen la obligación de decir más cosas.
- ✓ El humanismo es visto ya como un recurso ornamental.
- ✓ Internet es el ágora internacional, es la destrucción de la memoria pretecnológica de los periodistas.

En México hay cerca de 300 escuelas o facultades de comunicación; en toda América Latina hay un número equivalente.

Al evidenciarse el poderío de los medios electrónicos, en la enseñanza de la comunicación pasa a tercer término la información literaria y el deseo de escribir bien.

Informar es ya usar a fondo la tecnología, no el idioma, y las ventajas de la inmediatez extrema ocupan todo el espacio. Se pierde, si lo hubo, el interés específico en la escritura. Se debilita la ambición de poseer un lenguaje variado y con matices.

La diferencia entre los medios electrónicos y los medios impresos es arrasadora. En México sólo el 6% se informa a través de los medios impresos.

Los mayores peligros para la comunicación escrita son el culto de las imágenes, el desdén tecnológico por la letra escrita.

Los peligros aún mayores son la catástrofe educativa, robustecida por el desplome de las economías y el desprecio neoliberal por las humanidades. En definición rápida, el neoliberalismo es el encumbramiento de una minoría depredadora que menosprecia el humanismo (Monsiváis C. ).

Pese a sus cronologías y geografías radicalmente distintas, pese a que nunca intercambiaron ni un correo electrónico, lo más inusitado es que los conceptos apocalípticos de Monsiváis coincidan y confluyan con las novísimas apreciaciones, igualmente deslumbrantes, de Oswaldo J. Hernández, el mayor cronista literario y periodístico de hoy en Guatemala y varios cientos de miles de kilómetros a la redonda: Oswaldo J. Hernández, un ex estudiante de Física de la Facultad de Ingeniería de la

Usac, fundador del singular proyecto periodístico de fondo *No-Ficción*, y que ha impreso su estilo impecable en otros proyectos memorables como, *el Periódico* y *Plaza Pública*...

En la remota década y resaca de los años 80 del siglo XX, la banda británica Marillion —cuyo nombre se origina en la obra fantástica *El Silmarillion* del erudito inglés JRR Tolkien— se preguntaba: «¿Adónde se fueron los profetas, en dónde están los poetas?».

En la segunda década macabra del aún más macabro siglo XXI, tres preguntas que Marillion no va a formularse son: ¿en dónde están las crónicas?, ¿adónde se fueron los cronistas?, si no se han ido ¿adónde tendrán que irse?

Como tantas otras cosas, las crónicas en general y la crónica literaria y periodística en particular se volvieron un arte discapacitado desde que hicieron su arribo las chachalacerías de la radio, las holgazanerías de la televisión y ese monumento a la pereza que es el cine en blanco y negro o a colores.

El tiro de gracia, en cámara lenta —tan lenta que aún se oye—, directo a la nuca del periodismo escrito se lo dio el facilismo onanístico de las llamadas redes, esas caprichosas atarrayas voraces que no cesan ni cuando las computadoras son apagadas por sus adictos vasallos.

La demolición del periodismo escrito, por supuesto, no es un hecho aislado: fue antecedida y anticipada por el bloqueo de las obras maestras de la literatura, el palimpsesto planetario que borró los nombres de sus grandes autores y los sustituyó por los apodos de futbolistas en serie y otros fenómenos de circos, hoy también aniquilados.

La memoria colectiva y las memorias individuales son limitadas, pero la crónica aporta expansión y cercanías, sobre todo ahora cuando todo nos aleja, y además al igual que la música de Bach, Brahms, Beethoven y Mozart, logra que el mundo sea un lugar menos inhabitable, menos incomprensible, en donde como ha dicho el pianista británico James Rhodes en muchas de sus entrevistas «A lo mejor la perfección no es algo a lo que aspirar. A lo mejor lo que interesa es mejorar».

O a lo mejor la crónica no es como la pintan y ese alumno aventajado de Carlos Monsiváis, discípulo de Cardoza y de Monterroso, que responde al nombre de Juan Villoro tiene razón cuando asegura: «A semejanza del ornitorrinco, la crónica se beneficia

de muchos géneros literarios a condición de no ser ninguno de ellos. Tiene algo del reportaje, del ensayo, del libro de memorias, incluso del teatro (por el manejo del diálogo y las declaraciones) pero es diferente. De ahí que, así como el ornitorrinco parece muchos animales posibles, y resulta genuino como un animal distinto, la crónica que también se asemeja a muchos géneros, es realidad un género propio».

A lo mejor la crónica es como la pinta J.M. Servín en su desigual libro D.F. Confidencial: *La Crónica es la literatura de la realidad* (y en el mejor de los casos de la realidad del cronista), un registro de géneros literarios y disciplinas sociales debidamente fusionadas en una narración que apuesta por la atemporalidad. No hay distancias imposibles ni asunto menor para quienes escriben crónicas.

Por lo pronto, el que escriba la última crónica que desconecte las computadoras y apague la luz:

- Si te han de cronicar mañana, que te croniquen de una vez...
- Crónicas querés, más que indiferencia...
- Si te cronicaron, ni te acuerdas...
- No tienes trono ni reina, ni crónica que te comprenda...
- Aquí sólo tus crónicas truenan...
- A ver, bloguero despistado, pase al pizarrón y escriba mil veces «el verbo cronicar no existe».
- ¡Ay, crónica!, si te vi ni me acuerdo...
- Vivió en su ley y se fue con las crónicas puestas...

## CRÓNICAS IMPERECEDERAS, FRAGMENTOS PARA UNA ANTOLOGÍA

### DIDÁCTICA

Los siguientes fragmentos constituyen una muestra del coraje que los cronistas han tenido para hacer de la crónica una verdadera obra de arte. Han traspasado las estrictas fronteras del periodismo (según el prejuicio o mala fe, el periodismo es literatura al vapor).

Nadie sabe a ciencia cierta si el periodismo como se conoce desde hace más de cien años perdurará o será anulado por las nuevas plataformas tecnológicas; sin embargo, con una breve revisión de la bibliografía, desde las epopeyas, que de la oralidad pasaron a los pergaminos, de los pergaminos a la imprenta y de la imprenta a los discos duros o a la nube, es decir, desde Homero, pasando por el *Cantar del Mio Cid*, Fray Bartolomé de las Casas, Bernal Díaz del Castillo, Luis Cardoza y Aragón, hasta llegar a Martín Caparrós, el ser humano siempre ha tenido la necesidad de registrar lo que le acontece, leer lo que otros registran por escrito.

JOSÉ ALFREDO JIMÉNEZ

Carlos Monsiváis

No vengo a pedir lectores  
(Se repite el disco por mi puritita gana)

### Declaración de fines

(...) A lo que los truje verso y pentagrama. Que nadie se meta entre los sentimientos y su consignación sinfónica. José Alfredo se visualiza —y asume a su personaje, ese amigo extraordinario que es despreciado y desprecia, anida en la autodestrucción y la remembranza, no teme a la humillación ni duda en el odio a la ingrata— como muy cabal y sin fingimientos. Él no se enreda con las metáforas ni saquea a Lugones o a Cole Porter. Vocifera su amor (a quien quiera oírlo y al que se haga disimulado), vitorea su desgracia y le echa porras al deseo de redimir, en puro olvido alcohólico, la mala suerte de esta pasión.

Lo elemental como lo primordial: el licor es la depuración. Y —también— sin frustraciones dolorosas no hay acceso respetable a la bebida.

## Impresión sin mayores detalles

José Alfredo, en el homenaje multitudinario en su pueblo natal, Dolores Hidalgo, Guanajuato, el «pueblo adorado», confesó ante treinta mil personas que llenaban el cerro que hoy lleva su nombre, que no quería un lugarcito en la Rotonda de los Hombres Ilustres sino en su tierra. Poco después, escogió su propio epitafio: «La vida no vale nada. José Alfredo Jiménez».

¿Cuál es el mundo de José Alfredo? Los alrededores de la radio y la sinfonola, el Mercado de Discos atestado para oír «La enorme distancia», «Oigo música norteña en mi radio tricolor», el instante en que el mariachi es captado por una cámara de televisión y alza su copa ante el patrocinador. Y es fundamentalmente, la premonición y el paladeo de la catástrofe, el ascenso regustado del chantaje sentimental: gócenme mientras vivo, ya me añorarán cabrones, no sufro pero me acuerdo.

«Fue enamorado incorregible. Se calcula que tuvo más de cincuenta amoríos». Y al final, el personaje *es* el compositor, la suma de sus canciones y de las reacciones del querido público:

Ando borracho, ando tomando  
porque el destino cambió mi suerte

(...)

## El adiestramiento de la memoria

(...) Compositores como Cuco Sánchez, Tomás Méndez, Chucho Monge participan en esta construcción social de la realidad, pero es claramente José Alfredo quien le da forma definitiva a esta *vocalización de los vencidos* que es la médula de la canción ranchera. «Yo sé bien que estoy afuera, pero el día que yo me muera, sé que tendrás que llorar (llorar y llorar)». El personaje no tiene trono ni reina, ni nadie que lo comprenda, pero su reinado —el de los sueños del resentimiento social— no ha cesado.

(...) Se acrecienta el contenido dramático de las canciones y cada una de las de José Alfredo aparece como un guion de película, de radionovela, de telecomedia (...)

El compositor como autobiógrafo: la vida de José Alfredo es tema implícito y explícito de cada una de sus canciones: enamoramientos, separaciones, desgarraduras, demoliciones internas,

culto al «darse en la madre» convertido en fiesta y perpetua celebración ambulante (...) (Monsiváis C. , 2007).

## F. SCOTT FITZGERALD

### Edmund Wilson

Un célebre personaje dijo que conocer a F. Scott Fitzgerald es pensar en una vieja estúpida a quien alguien dejó un diamante; ella está excesivamente orgullosa y lo enseña a todo el que pasa, y todos se sorprenden de que semejante vieja ignorante posea joya tan valiosa; ya que en nada se muestra tan incapaz como en las observaciones que hace del diamante.

La persona que creó este símil, no conoció muy bien a Fitzgerald, y sólo puede haberle visto —creo yo— en su estado de ánimo más esquivo o menos inspirado. El lector no debe suponer que exista alguna veracidad en esa imagen. Scott Fitzgerald no es —de hecho— ninguna vieja, sino un joven muy apuesto y mucho menos un estúpido, sino por el contrario, regocijadamente listo. Sin embargo, hay una simbólica verdad en la descripción anterior: es cierto que a Fitzgerald le han dejado una joya con la que no sabe bien qué hacer. Porque se le ha dado imaginación sin el control intelectual de ella; se le ha dado el deseo de la belleza sin un ideal estético; y se le ha dado el don de la expresión sin muchas ideas que expresar.

Consideremos, por ejemplo, la novela *A este lado del paraíso* con la que estableció su reputación. Tiene casi todas las fallas y deficiencias que una novela puede tener. No sólo es muy imitativa, sino que imita a un modelo inferior. Fitzgerald, cuando escribió el libro, estaba embriagado con Compton Mackenzie, y da la impresión de ser un intento norteamericano de volver a escribir *Calle siniestra*.

(...) En resumen, una de las mayores debilidades de *A este lado del paraíso* es que en realidad no trata acerca de nada: su contenido moral e intelectual no suma más que un gesto, un indefinido gesto de rebeldía. La historia en sí, además, está imaginada con inmadurez: siempre bordea el ridículo. Y, finalmente, *A este lado del paraíso* es uno de los libros más iletrados y sin mérito que han sido publicados (una falta que el corrector de pruebas del editor no parece haberse esforzado en remediar). No sólo está adornado con ideas espurias y fallidas referencias literarias, sino que abunda en vocablos literarios lanzados con la mayor inexactitud y descuido.

He dicho ya que *A este lado del paraíso* comete casi todos los pecados que una novela pueda cometer: pero no comete el pecado imperdonable: no deja de vivir. Ese absurdo fárrago está animado de vida. Se trata más bien de una vida mercurial y confusa: sus emociones no nos

conmueven profundamente, su drama no nos corta la respiración; pero su alegría, color y movimiento la convierten en algo excitante, después de la realista pesadez y oscuridad de tanta ficción norteamericana seria (Wilson, 1972).

## DETRÁS DE BILLY SUNDAY

### John Reed

Billy Sunday, con el sudor escurriendo por su cara rojiza, la pierna izquierda temblando estirada hacia atrás, ambos brazos extendidos, inclinándose sobre la multitud como un clavadista, gritó roncamente:

—¡Miren! Estar parado aquí predicando ocho o nueve semanas dejaría a un obispo ordeñado. Si no me lo creen, traten.

Y 20 000 personas, llevadas al nivel de la histeria gracias a abominables descripciones, chistes, cuentos graciosos y el pavoroso grito de ¡O-o-o-o-oh, ven a Jesús!, rompieron la tensión con una enorme carcajada.

De manera que Billy, y mamá Sunday, su esposa, y George, su hijo y agente de negocios, y la esposa e hijo de éste tomaron el automóvil y fueron a la casa de campo de John Wanamaker para tener un día de descanso.

Billy había predicado 16 sermones en seis días, según decían. Homer A. Rodeheaver, su maestro del coro y presidente de la organización, también estaba de gira fuera del pueblo. Jack Cardiff, su entrenador y guardaespaldas, ex boxeador, estaba asistiendo a reuniones evangelistas, por su propia cuenta, en Reading. Bentley D. Ackley, secretario, pianista y compositor de sus himnos religiosos, estaba jugando al golf en Whitemarsh. Joe Steice, su inventor, mecánico y constructor del tabernáculo, quien insiste en contratar trabajadores no sindicalizados para la mayor gloria de Dios, estaba en el Consejo Central de Oficios; dicen que mostrándoles a los trabajadores organizados, con una gran sonrisa, la debilidad de la organización. La señora Ascher y la señorita Saxe, predicadoras secundarias, no alteraron sus programas. Estaban organizando obreros fabriles para que participaran en clases bíblicas.

(...) Una vieja dama de pelo blanco, con la mirada exultante de una dirigente social pueblerina que acaba de arruinar a su peor enemigo, apareció repentinamente y nos arrinconó. Sin ningún prefacio dijo:

—Ustedes son de los periódicos, ¿verdad? Bien, hemos hecho vibrar a este pueblo perdido. Los hemos hecho escalofriarse un poco. ¿Uh? La conservadora Filadelfia. Conservadora sin duda.

(...) La llegada de mister Rodeheaver y el grito de una sirvienta que le decía: «¡Homer, aquí está un par de tipos de una revista!», hizo que nos levantáramos.

—¿Qué quieren? —preguntó Rodeheaver suspicaz.

—Quieren ver a mister Sunday.

Rodeheaver entró. Era un hombre fornido y pequeño con voz profunda y sacramental, ojos maliciosos, y el tipo de manaza que no permite que la tuya se escape del apretón.

—Lo siento, muchachos, no puedo ayudarlos. Tendrán que ver a la señora Sunday. Ella se encarga de todo aquí. Si les dice que pueden ver a Billy, lo podrán ver... Sí, yo he sido convertido, todos los miembros del equipo lo han sido por Billy Sunday. Regresen mañana.

De manera que se nos ocurrió que podíamos pasar un día interesante si buscábamos a los miembros del comité de campaña de Billy Sunday que lo habían invitado a Filadelfia (Reed, 2020).

## EL INFAME LADRÓN

### Liao Yiwu

El séptimo día del primer mes del calendario lunar de 1991, acompañé a un abogado amigo mío a una prisión de Chongqing para visitar al ladrón Cui Zhixiong. En cumplimiento de la pena de muerte a la que había sido condenado, Cui Zhixiong sería ejecutado en cuarenta y cinco días. «Me queda el equivalente a una Fiesta de Primavera», dijo.

Lo condenaron a los treinta y nueve años. Cui, con grandes ojos y pobladas cejas, un tipo de complexión fuerte que en un día tan frío como aquél llevaba tan sólo una camiseta sin ropa interior, se comportaba como si no lo fueran a ejecutar y su actitud me recordó a la disposición propia de los soldados de infantería que protagonizan muchas películas. Aun llevando pesadas cadenas, se mostró sereno ante nosotros y perspicaz al hablar de su caso.

Varios años después, cuando me dispuse a ordenar los recuerdos de su historia, no quedaría de él más que cenizas, pero en cuanto me acordaba, un sudor frío bañaba mis manos. Dios mío, ¿todo aquello ocurrió de verdad? ¿Seguirá Cui siendo un preso a la fuga en el infierno? (Yiwu, 2012).

## LOS ÁNGELES DEL INFIERNO

### Hunter S. Thompson

California, fin de semana del Labor Day... temprano, con niebla del mar aún en las calles, motoristas forajidos con cadenas, gafas de sol y grasientos vaqueros, salen rodando de una noche de San Francisco, Hollywood, San Bernardino y Oakland Este, camino de la península de Monterey, al norte de Big Sur... La Amenaza anda suelta otra vez, los Ángeles del Infierno, el titular de cien kilates, rápidos y estruendosos a primera hora de la mañana, agachados en el asiento, sin una sonrisa, se embuten demencialmente entre el tráfico a 140 kilómetros por hora por la raya del centro, librando por centímetros, como Gengis Khan en un caballo de hierro, un monstruoso garañón de ano feroz que atraviesa a velocidad máxima el ojo de una lata de cerveza y sube por la pierna de tu hija arriba sin pedir cuartel ni darlo; que la gente vea lo que es clase, que olfatee una vaharada de esas emociones que no conocerá jamás... Ah, esos tipejos encorbatados, qué placer joderles... Jesusito, el Baldado, George Chocolate, Buitre, Zorro, Hueso de Jamón, Clean Cut, Tiny, Terry el Trampa, Franchute, Marvin el Soso, Madre Miles, Ed el Sucio, Chuck el Pato, Freddy el Gordo, Fil el Asqueroso, Charley el Carguero, el Exhibicionista, Cruce Loco, Soplido, Magoo, Animal y otros cien por lo menos... Tensos para la acción, pelo largo al viento, barbas y pañuelos ondeando, pendientes, sobacos, cadenas, cruces gamadas y Harleys desguarnecidas relumbrando como mientras el tráfico se abre por la 101, nervioso, para dejar que pase la formación como el estallido de una tormenta de polvo... (Thompson, 2009)

## FICCION NO FICCION

### Francisco Umbral

Los americanos, en su mundo editorial, tienen muy claro lo que es ficción y lo que es la no/ficción, como me decía Mario Lacruz, aquel gran editor en quien algunos conocíamos a un gran novelista. Aquí hemos importado el término sin entenderlo muy bien. Así, dentro del gran barullo y la gran oferta de libros navideña, vemos los *hit-parade* del mercado cultural y no entendemos nada. Hemos confundido la *no-fiction* con un contenedor donde caben los hits políticos, las biografías folklóricas, los humoristas de acción, las memorias analfabetas, los *best-sellers* extranjeros no novelescos, los libros glamourosos, la Historia para ágrafos, el documento periodístico de urgencia y por ahí seguido.

Pero la no/fiction es nada menos que una nueva manera literaria que nace del *New Yorker*, de *La voz del Village*, de la prensa underground de Nueva York, del *Review Books*, de Mailer, Capote, Wolfe y en este plan, y consiste en el descubrimiento de la realidad —«lo tan real, hoy lunes»— de mi americanizado Jorge Guillén y su narración en prosa literaria (que no novelada). *Los ejércitos de la noche*, de Mailer, un suponer, o *La década prodigiosa* de Wolfe, son obras maestras de la *no-fiction* (...)

Luego, en seguida, hemos embarullado el género y ya digo que la cosa se encuentra ahora entre contenedor de Manoteras y saldos de Moyano en decadencia. Esto explica bien la presencia de muchos intrusos y recién llegados al negocio del libro, gentes que antes hicieron seguros por los pisos y vendieron enciclopedias por suscripción.

Pone espanto en el epigastrio el ver que al final de la lista de no ficción está el monumental *Garzón* de Pilar Urbano, mi querida amiga, que me va a llevar al cielo, ya que, como «el infierno no es un lugar», allí no se puede pedir un whisky. Por delante de Pilar, gran periodista —eso sí que es no ficción— están los libros con álbum de discos, los tratados sobre drogas de diseño, las memorias de Sara Montiel, escritas por un particular (ella lo hubiera hecho mejor y con más gracia, ya que lleva dentro un Solano con bragas), una cosa de los Beatles, algo sobre Juana la Loca y algo sobre el sexo/sexy, como siempre. Justamente los libros que se le dan al traperero o que yo tiro a mi piscina. Así, el *Cuaderno amarillo* de Salvador Pániker, que se defendía muy bravito en ese albañal, ya ha desaparecido de las listas porque no es suficientemente pestífero. No estoy haciendo un artículo gracioso sino una crítica, denuncia y mapa de la situación del libro cuando se sale de la superstición de la novela, superstición común a editores, críticos, públicos, lectores, eruditos, académicos (...) (Umbral, 2001).

## TONTERÍAS DEL VARGAS LLOSA MALO

### Antonio Caballero

Hay varios Vargas Llosas (y no cuento aquí a los hijos). Hay varios Marios Vargas Llosas distintos. Y no quiero distinguir aquí únicamente al narrador realista del periodista de ficción. Sino que, dejando de lado al ensayista político y al pensador económico, al crítico literario y al filósofo social, al conferencista, al polemista, al pugilista, al estadista, al torrencial dispensador de entrevistas, al todavía futuro pero ya previsible memorialista, quiero referirme a otros dos de los numerosos escritores que coexisten en Mario Vargas Llosa: el novelista bueno y el novelista malo.

El pretexto es su más reciente, pero por supuesto no última, novela: un librote (o librito, en parámetros vargasllosianos) de nada menos (o nada más) que 375 páginas: *Travesuras de la niña mala*.

Para empezar, el novelista bueno. Digo para empezar porque empezó muy bien, con una novela espléndida titulada *La ciudad y los perros*, que obtuvo el premio... pero no: tampoco tengo espacio suficiente para hablar aquí del Mario Vargas Llosa ganador de premios, sean literarios o paraliterarios o extraliterarios: la Flor Natural de Guayaquil, el Nobel de Química, el de la Simpatía que otorgan las iglesias holandesas, el Capote de Paseo de la plaza de toros de la Maestranza de Sevilla, el de... Digo que empezó muy bien aunque sepa que no empezó con lo que digo: fui yo el que empezó a leerlo por ahí: él había escrito ya, y publicado, y creo que ganado con él un premio, un volumen de cuentos que no he leído yo. Porque, y lo digo de pasada, me permito dudar de que alguien haya tenido tiempo en su vida para leer todos los libros que Vargas Llosa ha escrito y publicado (sin olvidar que, como dije más atrás, nos faltan todavía sus memorias de ultratumba).

Un respiro. Para mí. Para ti también, lector (...)

Y de todas las novelas del Vargas Llosa malo la peor es ésta, la más reciente: *Travesuras de la niña mala*. Desde el final. La protagonista le dice al narrador, en la última frase del libro: «Por lo menos, confiesa que te he dado tema para una novela. ¿No, niño bueno?».

No. Lo siento, pero no. Es más: no. No hay nada novelesco en ese tema que le da la susodicha «niña mala» al susodicho «niño bueno», en ninguno de los significados que se le quiera dar al término «novelesco». Nada más soso, nada más tedioso.

(...) El Vargas Llosa bueno necesita temas ruidosos y truculentos para que sus cuentos vengan a cuento. Cuando no los tiene, es mejor que no escriba.

Pero bueno: por lo menos, confieso que me ha dado tema para un artículo, ¿no? (Caballero, 2009)

## ROSARIO

### Martín Caparrós

A los pueblos se llega; a las ciudades se entra. En la avenida de acceso de Rosario seis o siete policías paran coches. Una agente morocha, grandota, pañuelo palestino me pide la documentación y se la muestro:

—Ah, pero yo a usted lo he visto. ¿Usted no trabaja en la tele?

Me dice y yo le digo que ya no y ella me devuelve los papeles:

—No, no se preocupe, acá no molestamos a los artistas.

(...)

A primera vista —alguna vez tendríamos que hablar de esa famosa primera vista, mezcla de prejuicios y de confusiones— Rosario resulta una ciudad tan argentina: a la entrada. Kilómetros de villas y de casas muy pobres; de pronto, como por encanto, un parque rebosante de árboles añosos y, después, un bulevar elegantísimo.

(...)

Y todavía quedan algunos que la llaman por aquel viejo nombre: la Chicago argentina. Una ciudad entonces muy nueva hecha de obreros, carne, mafia, prostitutas.

(...)

Supongo que lo primero que identifica a las ciudades argentinas es que todas, más allá de sus particularidades, están hechas como si el espacio del que disponen fuera casi infinito.

—Sí, ésta es la ciudad del Che Guevara. Y le digo más: el Che era hincha de Central.

—¿Y usted está de acuerdo con lo que hacía Guevara?

Le pregunto, porque el señor —cincuenta y tantos— está parado en la puerta de la Bolsa de Comercio con un traje italiano joya nunca taxi.

—No, puede que no, pero no es eso. Lo que le digo es que era rosarino.

(...)

Rosario es un problema. El resto de las ciudades importantes del país tiene características más propias: Córdoba, Salta, Tucumán, Mendoza. Pero Rosario es un puerto pampeano como Buenos Aires, con la misma mezcla de razas y la misma cultura y la misma tradición y aun el mismo acento que Buenos Aires, aunque a veces se les caiga alguna ese: es difícil armar la diferencia.

(...)

—¿Y eso no los complica? Digo, que Rosario no tenga características distintivas para oponerle a Buenos Aires.

—Y, nos acompleja. Por eso cuando la gente de Rosario tiene que levantar banderas, levanta nombres y apellidos.

—Fontanarrosa, por ejemplo.

Le digo, porque es el más frecuente, pero él hace como que no me oye, sigue:

—Olmedo, el Che Guevara, el Gato Barbieri, Fito, Baglietto, lo que sea. Porque claro, no tenés ninguna característica clara que oponer. Ya hasta se pasó aquel momento brillante de la ciudad, cuando se proclamaba Capital Mundial de la Prostitución, que era un motivo de legítimo orgullo.

Pero ahora ni eso.

- ¿También eso se perdió?  
—Sí, también eso (Caparrós, 2014).

## PRÓLOGO A EL INTERIOR

### Jorge Carrión

«¿A quién se le ocurrió que un viaje se podía contar como si fuera una continuidad? ¿A quién se le ocurrió que un viaje se podía contar?», leemos en alguna página de este libro de viajes. Y yo añado una tercera pregunta: ¿a quién se le ocurrió que un libro de viajes, una gran crónica, una novela sin ficción, se puede (o se debe) prologar? Sería tan sencillo como decir que este libro, uno de los más importantes que se han escrito sobre Argentina, una de las crónicas fundamentales en nuestra lengua, se publicó en Buenos Aires en 2006, se distribuyó por el Cono Sur y no había llegado hasta ahora a las librerías de otros territorios hispánicos. Y sin embargo seguiremos con preguntas. Porque nada más afín a la poética de Martín Caparrós que el cuestionamiento incesante, por momentos impertinente, en perpetuo desafío. Viajar entre signos de interrogación.

(...)

En su reseña de *Larga distancia*, el primer libro de periodismo y viajes de Caparrós, Tomás Eloy Martínez escribía hace más de veinte años que la crónica es «tal vez, el género central de la literatura argentina». Un género que «como el país, es híbrido y fronterizo». (...) La reseña —que después se incorporó como prólogo— se abre y se cierra con un «tal vez». La posible centralidad de la crónica en la tradición argentina. La posible centralidad de la crónica en la obra de Caparrós.

Yo borro ese doble adverbio. Porque desde el *Facundo* y los *Viajes* de Sarmiento hasta *Mantra* de Rodrigo Fresán o *El camino de ida* de Ricardo Piglia —pasando por *Rayuela* como relato generacional o *El desierto y su semilla* de Jorge Barón Biza como autoficción— la mejor literatura argentina ha trabajado en el terreno de la mezcla. Crónica, ensayo y ficción. Como si su género canónico fuera el laboratorio. ¿Tendría esa misma centralidad en el conjunto de la literatura hispánica? Probablemente si extendemos el significado de la palabra «crónica» y, como hace el autor de *La novela de Perón*, incluimos en ella el cuento y la novela que, sin abandonar la ficción, utiliza sus formas, sus mecanismos. También la poesía puede serlo. En ese territorio ambiguo y fascinante coincidirían libros tan disímiles como *Poeta en Nueva York* de Federico García Lorca, *Crónica de una muerte anunciada* de Gabriel García Márquez, *La tentación del fracaso* de Julio Ramón Ribeyro o *Aproximaciones a Gaudí en Capadocia* de Juan Goytisolo. Y casi todos los libros de Martín Caparrós.

(...)

Las muchas crónicas que Caparrós había escrito sobre Argentina antes de 2006 (y las muchas que escribirá después) encuentran en *El Interior* su núcleo significativo. Es la «gran búsqueda». Se trata de recorrer miles de kilómetros en coche, cubrir con la voz y la mirada el norte del país, dar cuenta de la vasta geografía formada por Entre Ríos, Misiones, Corrientes, Tucumán, Salta, Jujuy, La Rioja, Catamarca, Córdoba y Santa Fe. Contar la mitad de un país interrogándose por el país entero. Esa investigación sólo puede ser impura: “Yo no pienso en buscar lo auténtico. No creo que lo puro sea más auténtico que la mezcla”. De modo que nos encontramos ante dos laboratorios. El del viaje: esas decenas de entrevistas y de paisajes y de estadísticas y de lecturas y de preguntas y de encuentros y de más preguntas. Y el de la escritura: el libro encuentra su ritmo en la evocación —la música, el teclado— del movimiento, en su representación distanciada. Por eso se fragmenta. Por eso fluye como un diario. Y, sobre todo, ensaya, evoca, meandrea, recurre al *collage*, versifica. En varios momentos las personas con que se cruza hablan en verso. Verso libre, algún endecasílabo. Puro jazz (Caparrós, 2014).

## DESPLAZARA PARA NO SER DESPLAZADOS: PALMA, NARCOS Y CAMPESINOS

### OSWALDO J. HERNÁNDEZ

El departamento de Petén, en Guatemala, es un vasto territorio en el que podrían caber las extensiones de Belice y El Salvador juntos, y que a pesar de ello, son pocos los que pueden cohabitar dentro de él. “Te quitas o te quito” parece el lema que en este lugar profesan narcotraficantes de carteles familiares tradicionales, empresarios del monocultivo de palma africana, finqueros-vaqueros, Zetas, arrendadores de propiedades, petroleros y pueblos mayas q’echies, donde las propiedades de Petén suelen tener muertos sobre su superficie.

Días antes del 10 de mayo de 2011, cuando el pueblo de Sayaxché se preparaba para celebrar el día de la madre, un convoy de cuatro camionetas con vidrios polarizados levantó polvo y recorrió a toda marcha las orillas del caudaloso río La Pasión que corta en sur y norte la segunda carretera más importante del departamento de Petén.

Las camionetas enfilaron hasta detenerse frente al pequeño ferry municipal que separa a Sayaxché en dos caminos, uno a cada lado del río: uno en el norte, lleno de soledad y fincas sin energía eléctrica a lo largo de 20 kilómetros, y el otro, en el sur, con la bulla de cantinas en la ribera arenosa y la actividad cotidiana del casco urbano de este caluroso municipio que colinda con México y que a la vez es una de las entradas a la selva guatemalteca.

En esa encrucijada, a plena luz del día, hombres armados y mal encarados se apearon de los vehículos, caminaron en dirección del ferry, hicieron amenazas, tomaron como suya la pequeña embarcación y a sus empleados, encaramaron el convoy de cuatro camionetas y atravesaron el río mediante intimidaciones y el uso de la fuerza.

Al cabo de varios minutos bajaron del ferry y desaparecieron en el otro lado de la carretera. Se dirigieron hacia el norte y avanzaron presurosos, levantando polvo, desbocados.

–Desaparecieron y muchos en el pueblo suspiramos con alivio– dice Abner Palencia, un lanchero que vive de transportar lo que sea, de ida y vuelta, unas cien veces diarias en el río La Pasión en este corte de carretera.

Nadie en Sayaxché volvería a tener indicios del paradero de aquellos pistoleros sino hasta seis días después de la celebración del día de la madre. Una corazonada, un sentimiento que todavía deja inquietos a varios en el pueblo:

–Seguramente fueron ellos. Nosotros los vimos pasar unos días antes. No sabíamos que harían esa barbaridad– dice Palencia y arquea las cejas, dibuja con sus dedos una cruz en su pecho y abre bien los ojos mientras besa su mano derecha. Su sospecha consiste en que quizás esa macabra caravana que llegó al ferry aquella mañana fue la encargada de asesinar (y decapitar) a 27 campesinos en una finca al norte de Petén, en el municipio de La Libertad, el 16 de mayo de 2011. Esa noticia fue titular de varios medios internacionales. Fue, como lo dijo el ex Ministro de Gobernación (Seguridad), Carlos Menocal, un hecho atribuido a los Zetas, el brazo armado formado por ex militares mexicanos y guatemaltecos que desde el 2006 empezó a operar desligado del Cartel del Golfo mexicano, luego de que en 2003, el líder de este grupo, Osiel Cardenas, fuera capturado y extraditado más tarde a Estados Unidos.

–Los Zetas– dice Palencia –pasaron y pasan por este lugar. No hay de otra, no hay otro paso en realidad.

Un paso, un territorio, que no únicamente es exclusivo para narcotraficantes. No. Hay más actores en este escenario. Interactúan. Calculan sus movimientos. Suelen estar pendientes los unos de los otros aunque intentan, en la medida de lo posible, no tocarse. Y si se rozan, el saldo, como en la masacre de los 27 campesinos, suele afectar el equilibrio y la configuración de todo este vasto territorio. Es algo que está (y ha venido) pasando.

Hay narcotraficantes violentos, como los Zetas, que han sido los últimos en llegar. Pero aquí, los primeros dueños de este territorio, finqueros y ganaderos, llegaron hace más de 50 años; indígenas q'eqh'ies y petroleros, hace más de 25; y narcotraficantes tradicionales y empresarios de palma africana, que aparecieron (como parte de los propietarios) hace poco más de una década. Hay

–ha habido– reacomodos, pugnas, roles asumidos y disputas de poder en espacios donde las rivalidades de estos grupos suelen tener todavía pendientes, deudas por saldar y discusiones por el control de sus espacios. Por todos estos grupos, Petén es –ha sido– un campo de batalla donde los muertos quedan sobre la tierra, sobre la superficie de las propiedades.

## Todo el mundo desplaza a todo el mundo

Estás en medio del río, en el ferry. Todo se mueve y todo cruje. A los costados observas las dos carreteras que cortan a Sayaxché por la mitad. Piensas en todo lo que te han dicho que se ha podido transportar a lo largo de un siglo por aquí, desde alimentos, ganado, cultivos, hasta petróleo, madera, piezas arqueológicas y contrabando. Te han contado que en las últimas décadas se han visto camionetas polarizadas de modelos recientes, y en años más cercanos a la fecha en que atraviesas el río, han primado los camiones cargados con aceite y frutos de palma africana, el nuevo monocultivo de toda la zona. También te han dicho que has llegado tarde para ser testigo de varios puntos importantes en la historia agraria de Petén (y de Guatemala) en relación a la distribución de la tierra, y te han advertido que debes intuir que ante tus ojos hay un nuevo momento de inflexión. A tu alrededor todo se está reconfigurando. Hay movimiento. Todo el mundo está desplazando a todo el mundo.

Hay narcotraficantes desplazados por narcotraficantes más asesinos que los anteriores. Hay empresas aceiteras que han crecido tanto que donde antes había comunidades hoy se ven planicies de palma africana que a la luz del atardecer parecen extensos y tranquilos océanos de color verde. Hay compradores de tierra que como si de un juego de estrategia se tratara van por la conquista de territorios y concentran enormes propiedades para luego arrendar los terrenos al monocultivo. Hay finqueros-vaqueros, que en vez de ganado están pensando en podar, cortar, vender todas las vacas y cambiar de profesión para hacerse empresarios de la palma. Y hay, también, los que tienen menos oportunidades: los campesinos, mayas q'eqch'ies en su mayoría, que a cada tiempo que pasa se van quedando sin poder decir que algo de acá –en este departamento más grande que Taiwán, Israel, Bélgica, El Salvador o Belice– es completamente suyo.

Por paradójico que te resulte, a lo largo y vasto de los 35 mil 834 kilómetros cuadrados de Petén –un tercio de Guatemala–, pocos son los que están teniendo cabida en la repartición de todo este departamento. Te han dicho, existen evidencias, has logrado recopilar entrevistas, de que hay una disputa abierta, poco ética, a veces intimidatoria, por el control de cada centímetro cuadrado –ya sea económico, de cultivo, o como ruta de trasiego– en este territorio. Piensas en ello, absorto en

el caudal del río La Pasión y caes en la cuenta de que estás exactamente en el centro de todos esos ajustes. El ferry cruje, avanza torpe y parsimonioso, pesado; sobre las aguas apenas se percibe algo de movimiento.

## El lugar en movimiento: un contexto

La muerte de 27 campesinos en el municipio de La Libertad fue uno de los últimos acontecimientos violentos como indicio de los cambios que existen en este panorama. Un último movimiento de piezas en el tablero de Petén. Una sacudida.

Antes de esa masacre de mayo de 2011, los Zetas ya habían dejado sentir su presencia, su fuerza, la irracionalidad de sus ataques. Sacudieron indirectamente a Petén el mismo día en que se presentaron. El día en que, de modo público, con balas y granadas y explosiones y asesinatos, aparecieron en Guatemala.

La carta de introducción fue dirigida específicamente a los carteles tradicionales-familiares de Guatemala, y fue firmada con plomo, muerte, fuego y gasolina. Coincidió con el día en que fraguaron una venganza en contra de uno de los grupos de crimen organizado locales que, según un reporte de InsightCrime, había dado un tumbé (robo) al aliado de los Zetas en Guatemala: Walther Overdick, un antiguo cardamomero y amigo de los militares durante la guerra interna (1960-1996). Los Zetas buscaban, entonces, al líder del grupo de los Leones, a Juan José (Juancho) León. Lo encontraron el 25 de marzo de 2008, en un balneario de Zacapa, al suroriente de Petén, y acorralado, no lo dejaron vivo.

«Ese día iniciaron los reacomodos (de narcotráfico) en Petén. Una primera sacudida. El grupo de los Leones había empezado a posicionarse en ese departamento, tenían propiedades, fincas de ganado, disputaban esa plaza, y empezaban –mediante robos de droga– a hacerse fuertes de manera incómoda para las otras familias (Lorenzana y Mendoza) dueñas de la zona», dice un ex agente de la Secretaría de Inteligencia del Estado (SIE). «Por eso la venganza fue consentida por otros grupos».

Si bien Petén no fue el primer lugar de ataque de los Zetas en Guatemala, sí lo fue colateralmente. Pero cuando lo fue directamente, el avance de este grupo armado se topó con una situación favorable. Una coyuntura para aprovechar y ejercer su poder. Encontraron, primero, el precio a las cabezas de los capos locales más importantes impuesto por las órdenes de captura de EE.UU, y también, con un Ministerio Público (MP) que por primera vez tenía planificado perseguir capos en Guatemala. Se toparon, además, con un reajuste agrario de Petén hacia el monocultivo. La

expansión insondable y agresiva de la palma africana que ha ido acaparando territorios y desplazando cultivos tradicionales (maíz, frijol) a lo largo de todo el sur de Petén. Incluso, como menciona el ex alcalde de Sayaxché, Luis Alberto Navarizo, “el cultivo de palma ha ido cooptando y cambiando las economías locales, a las comunidades, pero también ha transformado los negocios ‘legales’ de ‘dinero negro’ de los grupos de crimen organizado tradicional que operan en estas zonas”. Petén, dice el ex alcalde, es un territorio que se está moviendo.

Al ser los últimos en llegar, después de la palma africana, también los Zetas han contribuido con su granito de arena para que otras cosas se hayan empezado reconfigurar. Por ejemplo, a que mandos medios en los bandos rivales se vieran obligados a ascender. Los Zetas los ubicaron como nuevos objetivos, como una estrategia de control territorial para la zona. Eso pasó con el grupo de los Leones. Muerto el jefe, acribillado y achicharrado un convoy de Juancho León en Zacapa, se asomaron –en territorios como Petén– los siguientes en la cadena de mando jerárquico de este grupo. Nombres como Giovani España o Santos Manuel Aguirre o Haroldo León empezaron a ser mencionados. También empezaron a ser asesinados.

En tanto ese reacomodo sucedía, otras cosas en relación al modo en que el crimen organizado tradicional ha ido adquiriendo propiedades en Petén, usando dinámicas de bienes raíces heredadas de décadas anteriores, desplazando comunidades y haciéndose de territorio para establecer rutas propias en el departamento, poco a poco, han ido quedando al descubierto.

Hoy, 2012, cuando los Zetas tienen problemas internos en su estructura y presentan indicios de una ruptura que alcanza al sureste del México, incluyendo a Quintana Roo y particularmente la Riviera Maya, donde las últimas detenciones de sicarios y miembros del grupo son parte del conflicto entre Heriberto Lazcano Lazcano (El Lazca) y Miguel Ángel Treviño, conocido como el Z-40, “sus tropas dentro de Guatemala se están replegando, esperando un mejor momento para poder regresar”, vaticina el ex agente de la SIE al evaluar lo que sucede en la actualidad. “Hace dos años, en cambio, este comando armado arribó a un territorio de Guatemala donde las piezas –campesinos, palma africana, familias tradicionales de narcotraficantes– estaban (y continúan) en movimiento. Encontraron ese lugar y formaron parte de nuevas modificaciones”, señala. “Un lugar donde prevalece el más fuerte”.

Conduces por un camino de terracería. Hace unos 20 minutos, sobre la carretera de asfalto, decidiste virar hacia la izquierda. En algún sitio, entre los municipios de Dolores y Poptún, has decidido cruzar en dirección de Melchor de Mencos, el municipio más nororiental de Petén que colinda con Belice. Esta vez estás lejos de Sayaxché, al otro extremo de este departamento que en las escuelas de todo el país se enorgullecen de enseñar, aunque no sea cierto, que tiene cierto

parecido con las Amazonas, y allí avanzas siguiendo el rastro de una comunidad que ha desaparecido hace 10 años a causa de unos narcotraficantes. Hace calor y no sabes si encontrarás algo, algún vestigio que pertenezca a esa comunidad de nombre El Arroyón, o a alguien que perteneció a ese lugar que fue expropiado por parte del grupo de los Leones ya después de tantos años. Un ex alcalde de Dolores, Cristóbal Calderón, te ha dicho que en ese lugar hubo muertos. “Los muertos que no se entierran y que quedan sobre la tierra”, repites la frase, en este instante en que la única compañía que sientes en la solitaria carretera por la que vas es la densidad del aire caliente que entra por las ventanas. Ves algunas casas monumentales, cercadas, construidas en la cima de algún pequeño cerro, pero que a primera vista el diagnóstico es que han sido abandonadas, y alrededor, ves sólo fincas y más fincas, una luego de la otra. Es un camino que además es una ruta hacia Belice. Una ruta que además fue usada por el grupo de los Leones. Hay polvo. Planicies, haciendas con ganado, y otras sin ganado y con el pasto muy crecido.

Piensas que para entender el campo de batalla de los desplazamientos de este departamento hay que ubicar un pasado. Antecedentes. Indicios de cómo se ha comprado y vendido la tierra en el Petén. Comunidades que ya no existen. Los desplazamientos, la extensa compra y arrendamientos de propiedades por parte de la palma africana, los q’eqch’ies que venden cientos de parcelas y el territorio que ha sido marcado por el crimen organizado. Todo eso que ha venido sucediendo.

Cuando has avanzado 15 kilómetros de terracería, te das cuenta que has llegado a una pequeña encrucijada donde hay un insignificante retén militar. Soldados adolescentes, delgados, con bigotes incipientes te dejan pasar sin cuestionamientos. No pasan dos kilómetros para que, de repente, adquieras plena consciencia de dónde estás y el por qué te interesa precisamente esa comunidad desaparecida: “Aaah, a esa gente la mataron. Se mataron entre ellos. Ahora ya no hay nadie allí. La entrada a El Arroyón está allí nomás, cerquita, cruce a la derecha y allí está la finca”, te lo dice un anciano, sonriente, sin dientes, con esa edición del Nuevo Testamento que dan en algunos hoteles de Guatemala entre sus manos; te los has topado en medio de la terracería, justo cuando atravesabas una comunidad con el nombre de El Calabazal (“211 habitantes”, dice un cartel). Antes de despedirse el anciano te ha deseado un buen viaje.

El Arroyón era una comunidad de 28 parcelarios. El ex alcalde Calderón te ha contado que cada uno de los comunitarios tenía una caballería para cultivar o mantener ganado. Había familias y había cultivos. Había además una pequeña escuela, un salón comunal, un río que crecía en invierno y que nacía en el norte de Belice. Que desde la comunidad podías llegar a Belice, y que podías comerciar, traer cosas desde allá y llevar otras cosas desde acá. El Arroyón, te ha recalcado el ex alcalde, era una comunidad. “Una comunidad”. Una igual a las que están dejando de existir en

Sayaxché a causa del monocultivo de la palma africana, pues el cultivo es de los más escasos de mano de obra. Las dinámicas de compra y venta, de intimidación, aun si los grandes capos del crimen organizado no son hoy los responsables, parecen tener una misma tendencia en todo el departamento y una misma manera de operar.

Algo como lo siguiente

Hace 10 años, algunos comunitarios de la periferia de El Arroyón empezaron a vender sus parcelas. A ciencia cierta, en aquel momento, dice Calderón, aquellos comunitarios no sabían quién podría ser el interesado en aquellas tierras tan lejos de lo urbano. Compraba a buen precio, sin embargo. “Eran muchos dólares que encandilaban, y poco a poco, el comprador se apropió de todo el sector periférico de la comunidad. Fue cercando, fue presionando, fue creando una espiral con sus nuevos terrenos hasta que solo quedó el centro de El Arroyón, con unas 10 casas, como única evidencia de una comunidad”, te dice el exalcalde. Sin salida, los últimos habitantes de El Arroyón se vieron obligados a vender, y cuando vendieron, el precio que les ofrecieron fue barato.

Giovani España, el comprador del grupo de los Leones, convirtió a la comunidad en una enorme finca de 28 caballerías. Cuando lo hizo, todavía no era conocido por (supuesto) narcotraficante, tampoco que él era uno de los segundos mandos en la jerarquía del grupo de los Leones. Nadie imaginaría, en aquel entonces, que ascendería luego del asesinato de Juancho León a causa de los Zetas y que tomaría las riendas del negocio en el nororiente de Guatemala, esa región que hace de frontera y enlace entre Honduras, México y Belice.

Hasta hace 3 años, te dicen, el nombre de Giovani España era impronunciable por esta área. Antes, había que callar, cerrar los ojos y bajarle volumen a los oídos. Luego de su asesinato, el 26 de junio de 2010, su nombre es algo que adorna las pláticas de sobremesa en estas regiones. Un mito, una leyenda rural, algo de qué hablar cuando te aburres y hay que matar el tiempo de alguna forma. Es lo que hay, acá, cuando no existe una industria musical que produzca narcocorridos.

Te preguntas, miras al fotoperiodista que te acompaña, y lo interrogas sobre si de verdad piensa que encontrarán los vestigios de aquella comunidad perdida hace 10 años para hacer analogías sobre el modo en que hoy se compran las propiedades al otro extremo de Petén, en Sayaxché, alrededor de la palma africana, es lo que cuestionas justo en el momento en que en la carretera empiezan a aparecer algunos ranchos abandonados. ¿El Arroyón? Continuar o no continuar, es lo que quieres preguntar al fotógrafo que te acompaña, pero ir a echar un vistazo a lo que queda de aquella comunidad en este páramo en medio de la nada sigue siendo un motor mucho más potente, un impulso más grande, una curiosidad gigante, y lo que no haces es dejar de avanzar.

No has recorrido si quiera dos kilómetros en el interior de la carretera que pasa por la finca del “finado” (fallecido) Giovani España cuando hallas, por fin, una casa, la única, humilde, pequeña: es del caporal. Esperas a que alguien salga a recibirte o a intimidarte. Pero ninguna de las dos cosas sucede. A lo lejos, una mujer lee un libro tan gordo y ancho que parece una biblia. Ella lee sentada frente a la fachada de la casa. Es cuando caminas los 50 metros que separan el camino de terracería de la humilde vivienda. Saludas y no pasa nada. En cada paso te recriminas el por qué diablos has llegado hasta acá. En cada paso te imaginas en la mira de un francotirador, o algo parecido.

La mujer, es extraño, murmulla. Parece estar hablando consigo misma o leyendo en voz alta pues en tu campo de visión no aparece nadie cerca de ella.

Si te ubicas, sabes que el camino desde donde has aparecido es uno por el que muy pocas personas pasan diariamente, sabes, desde luego, que no todos los días alguien busca una comunidad que ya no existe. Y con eso en mente, ensayas un “hola” en tu cabeza y esperas cualquier cosa.

–¿El Arroyón? Éste es el Arroyón. El otro Arroyón ya no existe– dice la mujer sin quitar la vista de lo que en efecto era una biblia.

–¿Queda alguien del antiguo Arroyón? Busco a alguien del antiguo Arroyón para saber cómo era. ¿Cómo desapareció?– pregunto.

–La verdad no sabría decirle. Nosotros venimos hace pocos años. No sabría decirle.

–¿Cuántos años hace que vinieron?

–Uff, apenas como tres.

–¿Vienen de alguna parte de Petén?

–No. Venimos de Izabal (al sur, cerca del Caribe y Honduras), de por allá abajo venimos.

–¿Y el caporal es su esposo?

–Sí. Pero no está.

Un ojo se asoma por una rendija entre las tablas de la casa justo en ese momento. El ojo te mira, lo miras. El ojo sabe que lo has visto. Se mueve. Luego hay un ruido, un tropiezo, cosas cayendo; el sonido viene desde adentro de la choza.

Ernesto, camisa desabotonada, sudoroso, barba sin rasurar desde hace varios días, es el caporal. Agitado, sorprendido, respira pesadamente e intenta mantenerse en calma; él ha salido a saludar. Le explicas, le indicas lo que buscas en este lugar, lo que estás tratando de entender, mencionas los desplazamientos, el proceso de extinción de comunidades ahogadas por el mar de la palma africana en el sur de Sayaxché. A Ernesto, el caporal, le haces las mismas preguntas que a su esposa, María, y obtienes las mismas respuestas que ella mencionó. Le preguntas –te atreves– si

sabe algo de las muertes adentro de esta finca en donde estamos, si aquel suceso tiene relación con la comunidad que ya no existe, pero guarda silencio.

Luego te dice (baja la voz, habla sin descomponerse):

–No sé si sabe, pero acá era la finca del finado don Giovani España. La viuda ya vendió, pero el nuevo dueño nos siguió dando trabajo. De lo demás no sabría decirle.

## Petén no es una selva

Los guatemaltecos están convencidos de que Petén es una selva espesa, insondable, llena de monos aulladores, jaguares, ríos y ruinas ancestrales. Es como lo enseñan en la escuela: la segunda Amazonia del continente. Toda una postal para el turismo.

Lo cierto es que desde hace 50 años una buena parte de su territorio, casi tres cuartos del departamento, han dejado de ser eso. Y Petén, si habría que describirlo en una palabra, esta sería “finca”.

De vuelta en Sayaxché en la frontera occidental con México, don Rosendo Girón, un hombre de pelo cano y lentes de profesor de matemática, llegó a Petén hace cuatro décadas. Tenía 23, recién graduado de abogado, cuando lo hizo. Hoy tiene 63 y recuerda que lo que encontró –él sí–, fue una selva exuberante, imposible, calurosa. “El Estado de los años sesenta estaba regalando la tierra a quién estuviera dispuesto a trabajarla”, explica. Él había obtenido 13 caballerías mediante la Empresa de Fomento y Desarrollo para el Petén (FYDEP / 1959-1989), y empezó a talar, como todos los demás, a descombrar y quitar árboles hasta dejar constancia de que aquel lugar (su finca en Sayaxché) no era una selva sino en realidad una finca enorme, plana, ideal para poner pasto y tener ganado.

La tierra se repartió por parte de los regímenes militares y el FYDEP exclusivamente entre mestizos y blancos. Los finqueros fueron así los primeros en llegar al Petén. Botaron los árboles y este departamento fue conocido como uno de los mayores productores de madera en Latinoamérica durante la década de los setenta. Don Rosendo ha sido testigo de varias dinámicas agrarias en la región a lo largo de toda su vida, y en Sayaxché lo ubican como el cronista de Petén. Pero se molesta si uno lo condena de esa manera. Comenta, no obstante, cuando se lo preguntas, cómo se han dado los distintos desplazamientos de esta zona, desde migraciones hasta petróleo, narcotráfico, palma africana y Zetas.

–La primera migración de campesinos q’eqch’ies –dice el cronista–, se dio una vez que se trabajó la carretera que sube desde Cobán, en Alta Verapaz, hacia Flores, en Petén. La medida fue una cuestión

de contrainsurgencia, y fue orquestada por el cuerpo de ingenieros del ejército para neutralizar a la guerrilla en esta zona. Eso fue en 1982. Adjunta a la carretera, también llegaron las primeras transnacionales del petróleo, y el oleoducto, de cientos y cientos de metros de largo, que se ubicó al borde de todo el camino, buscando llegar al Atlántico.

–¿Pero luego los indígenas de la zona tuvieron acceso a la tierra?, ¿ejidos municipales?

–Bueno, fue un proceso largo. Luego del FYDEP llegó el INTA (Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria) y luego, tras la firma de la paz de 1996, llegó Fontierras (Fondo de Tierras). Todo era con la intención de regular las titulaciones de propiedad. Que hubiera solvencia jurídica sobre la tierra y que nadie se atreviera a sacar a alguien de sus propiedades. Se repartió mucha tierra ociosa del Estado a los indígenas que no tenían. Y también hubo corrupción.

Y entonces Petén dejó de ser una selva, y sólo fue una enorme fauna. Una fauna llena de actores que se disputan la tierra. Unos que buscan rutas para el narcotráfico, otros, territorio para sembrar, y los más pocos para ver si los dejan vivir de lo que cosechan de la tierra y en paz de una vez por todas.

Así, con la tierra libre de árboles, el orden cronológico en la configuración agraria de Petén, empieza con los finqueros-ganaderos a finales de los cincuenta, los q'eqchí's a principios de los ochenta, el petróleo al final de aquella década, el narcotráfico tradicional y familiar a principios de la década del noventa, el monocultivo de la palma africana en el 2000, y los Zetas que aparecieron a mediados de 2008. La selva que no es una selva tiene una fauna peligrosa.

## Una planta en todas partes

Nunca en tu vida has visto una palma africana. Por eso mismo estás ansioso de que aparezca al menos una en la carretera. Estás atento mientras conduces. Ves corozos y palmeras de cocos y te preguntas diligente e ingenuo si aquello no es una palma africana. Luego estarás cansado, hastiado, aburrido de las palmas africanas. Hay de varios tamaños y de distintos tonos color verde. Están en valles, rodeadas por cerros empedrados. O están en terrenos tan planos y extensos que parecen una sabana. Las hay grandes y pequeñas, unas con más años que otras. Estarás harto de ellas y sus hileras ordenadas, perfectamente organizadas en líneas rectas y transversales, en los bordes de las carreteras. Y entonces tendrás licencia suficiente para denunciar que es una palmera enana y una planta fea. Que su fruto parece una piña colorada y fea. Y que de su fruto se desprenden unas semillas como jocotes también feos. Y que de estas semillas feas sale, cuando las presionas, un

líquido espeso, amarillo, todavía más feo. La palma africana, podrías decir, está en todas partes y es una planta horrible.

## Claustrofobia entre la palma

Las comunidades Nueva Esperanza y La Torre se ubican en medio de la nada. Si a la nada, en Sayaxché, se le puede llamar así cuando lo que hay alrededor de La Torre y Nueva Esperanza, es en realidad un inmenso mar de palma africana. Y si la nada, también, son aquellas parcelas que los comunitarios vendieron hace menos de cinco años. O bien, en palabras del líder comunitario, Juan Yaxal, “la palma hizo que las comunidades se hicieran una nada, se redujeran hasta su más mínima expresión y que una gran mayoría de la gente se quedara sin parcelas”. Muchos comunitarios, en efecto, no tienen nada.

Un informe del Instituto de Estudios Agrarios y Rurales de la Coordinadora de ONG y Cooperativas (CONGCOOP), dice que la cosecha y la superficie captada por la palma tuvo un crecimiento de 590 por ciento de hectáreas entre el año 2000 y 2010 en Guatemala. La comisión Económica para América Latina de las Naciones Unidas (CEPAL) contabilizó 58 mil 800 hectáreas totales en el territorio guatemalteco para esa fecha. Y sólo para Sayaxché, se pasó de tener 465 hectáreas sembradas de palma en el año 2000, a 14 mil 986 en 2006, y a 28 mil 554 en el año de 2010. Y así exponencialmente.

«Todas las áreas aptas para la caña y la palma, lo son también para el cultivo del maíz», concluye el informe.

Marcelino Chuc es el vicealcalde de la comunidad de La Torre. A él, los datos y los números y las estadísticas le parecen un misterio y no le importan demasiado. Le preocupa, dice, cosas más importantes, cosas que no se ven en los textos académicos pero que tampoco son intangibles.

—¿Sabés a quiénes se les dice coyotes? — pregunta Marcelino. —En el sur de Petén el coyote no es aquel que se lleva gente (migrantes) para otros lados. Sino que es el que anda moviendo propiedades. Son traicioneros. Acá en La Torre casi desaparecimos gracias a ellos.

Marcelino cuenta la historia de un señor de apellido Caal para que se entienda mejor de lo que habla. Tiene gracia a la hora de narrar. Mueve los brazos, hace gestos, dibuja con palabras un paisaje, un contexto, una historia. Si no hubiera llegado hasta tercero primaria —el máximo grado académico al que se puede aspirar en las escuelas de estas comunidades del sur de Sayaxché—, dice que le hubiera gustado ser maestro o quizás un escritor. “A Salvador Caal lo olfatearon muy

temprano”, empieza a narrar Marcelino, “no es que no se bañara mucho que digamos o quién sabe (sonríe), pero los coyotes lo olfatearon. Salvador tenía un terrenito que era un terrenote. Aquí cerquita. Entonces lo quisieron cazar. Como era astuto el condenado no se dejaba manipular. Ni dinero ni nada quería. Él era feliz, decía. Pero los coyotes lo cercaron. Un día se enteraron que su terreno se podía encerrar haciendo mañas. Entonces compraron las manzanas de los alrededores, unos pedacitos de tierra insignificantes, apenas ni parcela eran. Pero cabía al menos una pared, mal hecha, pero una pared al fin de cuentas. Todo era legal. Salvador ya no pudo salir de su terrenito ni por delante ni por atrás, ni por la izquierda ni por la derecha. Y cómo no sabía nada de abogados, tampoco, como nosotros, que ahora podemos quejarnos con los diputados, o que nos organizamos, o le vamos a tocar la puerta a la Secretaría de Asuntos Agrarios (SAA), Salvador empezó a alegar como podía. Alegó con armas, alegó a puño limpio, pero Salvador ya tenía 89 años. Dicen que terminó vendiendo por Q20 mil su terrenito de mil hectáreas. Aquí cerquita. Allí donde hay palma. Don Salvador hoy ya murió. Era una buena persona”.

El encierro puede producir claustrofobias particulares. Entre los bosques de palmas africanas hay varios de estos trastornos desde perspectivas muy peculiares. En su mayoría son casos de ansiedad colectiva, con sentido comunitario. No es el miedo al espacio cerrado en sí mismo, sino a las posibles consecuencias negativas de no poder salir. Se produce cuando la palma africana no te deja salir.

Comunidades como Santa Isabel o El Pato, cerca de Alta Verapaz, otro departamento de Guatemala, al sur de Petén, han quedado perdidas como pequeñas islas en algún lugar del océano de palmas africanas. Antes, para los habitantes de estas comunidades les bastaba recorrer unos cuantos kilómetros de terracería para salir a la carretera con asfalto y llegar a la cabecera municipal de Sayaxché. Era un recorrido de media hora. Hoy, tardan casi 4 horas para hacer esa peregrinación. José Cabnal es el director de la escuela primaria de la comunidad Santa Isabel, y uno de los que se siente encerrado. Él explica que deben driblar las vastas extensiones de cultivo de las empresas de palma africana y los enormes portones con garitas y guardias de seguridad armados, cuando alguien de su comunidad se ve en la necesidad de hacer algún trámite legal o municipal, o ir al hospital, o salir a comerciar y vender alguno de sus productos.

El encierro les ha causado migración. A veces incertidumbre sobre cómo sobrevivir. Y otras veces pleito. Cabnal dice que lo que experimenta es un sentimiento al que él podría comparar a cuando sientes ansiedad de estar en un solo lugar y que no puedas moverte. “Cercados, encerrados, es como ahora vivimos”.

A veces la claustrofobia en estas carreteras de rectas interminables no hace distinciones entre la sensación de estar afuera o estar adentro. Es tan grande el territorio que si hay un muro en medio de esta nada, no sabes ubicar si has quedado adentro o fuera de la palma. Adentro o afuera de una empresa del aceite. Juan Xol es un ejemplo de ello. Viste botas de hule, una gorra color naranja y va todo sucio de lodo. Varado en la carretera, intenta llegar a casa, lo cuenta mientras esperamos juntos un autobús sobre la carretera. Acaba de atravesar uno de los muros perimetrales de una de las empresas de monocultivo, Repsa S.A., del grupo HAME, en el kilómetro 355, frente a la comunidad de La Torre, e indica que no le pagaron lo que habían acordado. Por eso, en la carretera, ofrece su teléfono celular, “lo vendo para poder pagar mi pasaje; voy para Cobán (Alta Verapaz, a casi 100 kilómetros de Sayaxché)”, explica. Su encierro, su forma particular de claustrofobia, de sentirse encerrado, ha sido un poco distinto a cómo lo sienten los comunitarios de Nueva Esperanza o La Torre o Santa Isabel o El Pato, pero un encierro al final de cuentas, sólo que adentro de una empresa. Si le preguntas a Xol sobre cómo es allí adentro, en la empresa, es algo de lo que no quiere hablar: “Yo no regreso allí dentro”, especifica.

### Las empresas de palma africana

Toda la gremial de agrocombustibles está presente en esta zona. Las empresas que intervienen en Petén, ciertamente llenan una lista muy corta. Olmeca y Reforestadora de Palmas (REPSA) del Grupo HAME, es unas de las que se expandieron hacia el municipio de Sayaxché, donde hoy cohabitan con otras del mismo cultivo: Tikindustrias S.A., por ejemplo, es una de ellas y es propiedad de la familia de azucareros Weissenberg y del Grupo Pantaleón, propiedad de la familia Herrera. Guatemala es el cuarto exportador mundial de azúcar, y tiene 13 ingenios. Nacional Agroindustrial (NAISA), de la familia de aceiteros Köng Hermanos, es otra ubicada en este lugar. Palmas del Ixcán, de la familia Arriola Fuxet, es otra en expansión\*. Y más recientemente, en proceso de adquisición de tierras en el Petén, está Naturaceites S.A., en el municipio de San Luis, y es propiedad de la familia Váldez y Maegli. Algunas de las familias más poderosas de Guatemala.

### La pugna está por iniciar entre todos los bandos

Una vez más te has desviado de la cómoda carretera con asfalto. Una vez más estás en un camino de terracería, otro pasaje solitario, lleno de charcos, hoyos y piedras. Te han dicho que la palma se está expandiendo hacia el municipio de San Luis, justo en el lado oriente de Sayaxché, y es lo que estás buscando: un momento previo a todo lo que has visto que le ha ocurrido a ciertas comunidades.

Imaginas un instante antes de que se siembre la palma, de que lleguen las máquinas, los muros de monocultivo, el encierro, la claustrofobia a causa de la palma. Los coyotes de la tierra en infraganti, comprando propiedades, concentrando tierra, amenazando. Quizá, en esta nueva búsqueda, en San Luis, te topes con una gran antesala que pueda explicar las consecuencias de lo que has visto: los reacomodamientos, desplazamientos y la desaparición de varias comunidades.

Aquí, en este nuevo terreno, amplio, una octava parte de Petén, todos los bandos están a punto de encontrarse. O desplazas o te pueden desplazar tiene un detalle coyuntural. El detalle de lo actual.

En San Luis, te comentan, ya se están preparando. Hay una región que intenta identificarse como Territorio Indígena Q'eqchi' y te quieren mostrar que se están organizando. Andrés Ixim, en la comunidad de Bolojshosh, es uno de los líderes que te hace un balance, un recuento de su planificación, y en confianza, te explica que una de las cosas que se ha empezado a hacer es demarcar cada una de sus fronteras. El espacio, te das cuenta, será grande, aunque difícil de conseguir. Implicará, definitivamente, el plano del uso político, lo legal y lo legislativo. Y será un área que tratará de incluir al menos 20 micro-regiones, cada una con 10 comunidades en su interior, desde Bolojshosh, cerca de la cabecera de San Luis, hasta la comunidad de El Naranjal, la última frontera de Petén con Alta Verapaz. “Los territorios indígenas son un derecho heredado por nuestros antepasados. Es crear una unidad, un sentido de comunidad importante, donde la gente, antes que nada, asuma un compromiso con los de su propia sangre”, Ixim resume así el inicio de su resistencia. La resistencia que es en contra de la siembra de la palma.

Pero aquí, en el interior de este municipio, existen otros problemas. Incumbe al nuevo territorio indígena por su cercanía, pero incumbe a la siembra de la palma y a narcotraficantes. Has llegado a esta zona justo en un momento de tensión. Aparentemente hay calma en El Naranjal, esa última frontera de Petén, pero la presencia militar y los patrullajes policiales –algo que no notaste ni en Flores, Poptún, Dolores, Sayaxché, La Libertad, Melchor de Mencos–, hacen activar una discreta alerta dentro de ti. Te enteras que hace apenas 2 meses el tableteo de las metralletas horadó y trastocó este lugar. Cuando la balacera amainó, el saldo silencioso fue la muerte de cuatro personas. El enfrentamiento, te dicen los vecinos, lo evalúan como algo que se dio entre supuestos miembros de bandas del crimen organizado. Es lo que todavía hoy se comenta en el pueblo. En El Naranjal dicen que la pugna se originó cuando uno de los dos grupos armados pretendía invadir una finca propiedad de otro grupo armado en esta localidad. Es esa misma finca, justo por donde ahora vas pasando, en el centro, donde los muertos quedaron sobre la superficie de la tierra, y sorpresa, en ella, señalizados, a cada lado de la carretera, hay 10 lotes de palma africana para cultivar.

Por supuesto, aunque no es prudente, quieres detenerte para hacer unas fotos. Consigues frutos de la palma, abandonados sobre la carretera, son frutos feos desde luego, son frutos que parecen poco cuidados. Tomas uno de los frutos, color corinto-sangre, cuando los balazos suenan imaginariamente adentro de tu cabeza.

–Esa finca es de Ottoniel Turcios Marroquín. Eso no es un secreto por acá–. El sargento, Felipe Villalobos, intenta explicarte en dónde exactamente te has bajado, lo imprudente e ingenuo que fuiste, lo peligroso que pudo haber sido todo. Él, el sargento, es el encargado del destacamento militar que fue instalado en El Naranjal apenas dos días después de aquella balacera. Está acá, junto con otros cinco militares, desde el pasado 2 de junio.

El sargento Villalobos te ubica –justo donde platicas con él y sus soldados– y te dice que este es territorio Zeta.

Entre 2006 y 2010, Otoniel “el Loco” Turcios, según información oficial, manejó una de las cuatro columnas de poder que los Zetas utilizaron para entrar en Guatemala, y su jefe absoluto, en aquel momento, el encargado de la toda la zona en Guatemala, era Miguel Ángel Treviño Morales, el Z-40. Turcios, dice Villalobos, siempre operó entre Alta Verapaz e Izabal al sur de Petén (tenía empresas de transporte y construcción, e incluso recibió contratos del gobierno), hasta que lo capturaron en Belice en octubre de 2010 y lo extraditaron a EE.UU. El sargento indica que Turcios dejó arrendada esa tierra en la que quedaron algunos muertos recientemente, la misma que tiene señalizados 10 lotes de palma africana.

«Turcios, al igual que muchos otros narcotraficantes de la zona, antes de ser capturados, ya eran todos unos pioneros de la siembra y el cultivo de la palma», dice el analista político Miguel Castillo, analista y asesor para varias compañías de palma africana. Él te dice que sabe de casos donde las familias del narcotráfico tradicional han intentado vender palma a las compañías de la palma. Y también te comenta que “en nuestros análisis, como empresas de la palma, intentamos no estar cerca de estas personas, no vincularnos con narcotraficantes”.

Trabajar el monocultivo resulta una cuestión de riesgo. Un riesgo donde se pueden accionar las armas.

El sargento Villalobos te indica que la presencia del ejército en esta frontera entre Petén y Alta Verapaz fue algo necesario. Te ha dicho que de la balacera no se tiene información detallada todavía. «Lo que no sabemos es si se trató de una pugna entre mandos medios en la estructura de Turcios Marroquín, o si era una lucha por parte de campesinos en busca de terrenos que no tuvieran dueño». Ambas cosas son posibles.

–¿Cree que los grupos familiares de narcotráfico tradicional están por completo debilitados en esta área? – la pregunta es dirigida al sargento Villalobos.

–Información de ese tipo no la manejamos. El ejército está en esta zona como medio disuasivo. Es cierto que estamos acá, en Petén, por cuestiones de narcotráfico. Pero también estamos para defender el Estado de Derecho. Invasión de una finca, es violar ese derecho– comenta el sargento. En estas regiones calurosas, un detalle que no deja de saltar a la vista, es que la gente, los soldados, los campesinos, los de a pie, ya ninguno tiene miedo a los narcos. Los nombres impronunciados de hace años simplemente son contexto, anécdota, historias para las tardes soleadas a la sombra de los árboles, han llegado al punto en que incluso pueden ser temas banales. Lugares comunes para la gente y los campesinos. Y como algunos nunca volverán por estar muertos o presos, León, Turcios, Lorenzana y otros, la gente usa sus historias para evitar el tedio de las horas, el ocio de las tardes. Villalobos menciona todos los nombres de familias del narcotráfico cuando indica que una de sus órdenes (como ejército) es proteger las inversiones de desarrollo. Así el destacamento de El Naranjal, en San Luis, tiene la orden de proteger la inversión de la agroindustria. Y la orden presidencial, la más reciente, no ha sido otra cosa que la coordinación de la sexta y la primera brigada, Petén y Alta Verapaz, para que se combinen, para que ambas puedan incursionar en el territorio fronterizo de los dos departamentos. Justo entre la palma africana, el narcotráfico y los campesinos. En ese lugar de encuentro para todos.

## Un área de inversión

Hablar de cualquier cosa con los empresarios en Guatemala que no sea para hacer publicidad de sus logros es toda una odisea. Tan solo consultar, pedir una cita, para que te cuenten su propia versión de las cosas, o cómo analizan conflictividades o riesgos, es una tarea imposible. Incluso si es algo importante que les afecta: los empresarios se vuelven crípticos. Se atrincheran. Hubo intentos, varios, largos, burocráticos e infructuosos de intentar hablar con Hugo Molina de Repsa S.A., Christian José Weisenberg de Tikiindustrias S.A., también con José María Kong de aceites Ideal y Naisa S.A., y con José Enrique Arriola Fuxet de Palmas del Ixcán. Nada.

Erasmus Sánchez, Gerente de Asuntos Corporativos de Naturaceites S.A., productores de Aceites Capullo, no obstante, sí estuvo anuente a hablar. Sobre todo cuando Naturaceites es una de las empresas que, luego de tener cultivos en San Marcos, Izabal y Alta Verapaz, recién llega a cultivar palma africana en Petén. Sánchez, dice, está interesado en ayudar a entender lo que sucede en ese lugar. En el área de inversión.

Una pregunta obligada: –¿Naturaceites S.A. tiene consciencia de los grupos de poder que se disputan algunos territorios en Petén?

–Nos interesa, ciertamente, una expansión en el área de San Luis– responde Sánchez. – Nuestra empresa se especializa en la producción de aceites para consumo humano. Nosotros no producimos agrocombustibles. Tenemos consciencia de que los terrenos son aptos para el cultivo de la palma, para la inversión. Sin embargo, algo como una evaluación de la gente que habita en estos lugares, quiénes son y qué hacen, no tenemos. No tenemos, si se quiere plantear de alguna manera, algo parecido a un “departamento de inteligencia”.

–No obstante, están enterados del conflicto reciente en la aldea El Naranjal (4 personas muertas) en una finca con palma africana, precisamente en San Luis.

–Conocemos de lo sucedido. Pero corresponder o actuar al respecto no es uno de nuestros rubros. Eso es responsabilidad del Estado.

–¿La palma africana de la finca invadida producía para Naturaceites S.A.?

–La información que tenemos es que el cultivo de palma en esa finca no está siendo tratada. No sirve. Son palmas que se van a desperdiciar. Y desde luego, la respuesta es no. No llega al área de procesamiento de nuestra empresa.

–¿Cómo funciona el proceso de la siembra, es decir, la dinámica de las tierras y propiedades con las que trabajan y de dónde obtienen el fruto para producir aceite?

–Existen tres modalidades básicamente. Uno es establecer alianzas con proveedores externos, nos llevan su cosecha, compramos su cosecha, y producimos el aceite. El otro es por arrendamiento. Y luego la compra de propiedades. Si se nos pregunta sobre si evaluamos a quiénes nos traen su cosecha, pues no lo hacemos, el Estado sería el responsable de darnos ese tipo de advertencias en caso sepan que se pueden dar anomalías.

–¿Tienen opinión sobre la manera en que los campesinos han ido vendiendo sus tierras?

–Como te decía el Estado es el responsable de mediar si hay anomalías. La adquisición de tierras, en lo que respecta a nuestra empresa, siempre ha sido legal. Si todo es legal, no veo el problema, estamos en nuestro derecho. Cuando se compra sí debemos estar seguros de que el título de propiedad esté en orden.

–El narcotráfico en Guatemala, en los últimos años, ha tenido importantes capturas. ¿Ven positiva para la inversión las acciones del Estado en el hecho de establecer seguridad?

–Sin duda es un fomento a la inversión. Naturaceites intenta evitar a toda costa mezclarse con personas y negocios de dudosa procedencia. La presencia del Estado al menos nos da una garantía para el resguardo de lo que se invierte.

La palma, está decidido, no piensa retirarse o replegarse en su método de producción. El área de inversión es más importante todavía que los mismos conflictos. La noción de «desarrollo», el «progreso», incluso es más grande que todo el territorio de Petén, en Guatemala. «E incluso», dice Castillo, el analista de la palma, «posiblemente más fuerte políticamente que los otros grupos que están en pugna en ese territorio».

### Apenas algo de turbulencia

Estás de regreso en el ferry, en medio del río La Pasión. Todo cruje y todo se tambalea. Petén se corta acá en dos partes, es un impasse, aunque en realidad los cortes de este departamento, piensas, son más profundos y son extensos, históricos, actuales y en definitiva hay disputas sobre cada uno de los territorios que se crean en su gigantesca superficie. Entre q'eqh'ies, entre finqueros-ganaderos, familias de narcotraficantes, empresarios de la palma, el oleoducto de petróleo, carteles recientes y violentos, ver los límites entre ellos es algo difícil de abarcar. A los costados observas las dos carreteras que cortan a Sayaxché por la mitad, hay una planicie, en el norte, y hay una pequeña y fea ciudad, en el sur, y piensas que en todo lo que hay detrás de ese paisaje únicamente hay una pieza que hace falta, una pieza importante, relevante, en todo ese rompecabezas que se reconfigura y se disputa a tu alrededor. Apenas te has topado con él y no ha sido relevante. El Estado. Y es cuando te dices que si no existe el Estado, otro, quizá con fuerza –balas, granadas y gasolina–, a lo mejor con intimidaciones –cercar, comprar, amenazar–, u organización comunitaria –territorialidad, tradición–, en definitiva, alguien más, terminará por asumir ese rol. Asumirá el control. Los demás deberán cumplir sus reglas. La duda que te queda sin resolver, desde luego, es lo que podría pasar más adelante. Narcotráfico, palma, campesinos organizados. Todos están allí, cerca, se rozan, respiran uno al lado del otro a la espera de tener que salir a reconocer sus territorios. En el río La Pasión, el ferry apenas deja una estela de turbulencia (Hernández O. J., 2012).

## LA CRÓNICA GUATEMALTECA, ORÍGENES Y EVOLUCIÓN

Los estudiantes de ciencias de la comunicación deben revisar con sentido crítico y disciplina los artículos y estudios relacionados con el periodismo guatemalteco. El autor de estos párrafos, además de consultar la bibliografía de rigor, reflexiona y rescata de lecturas personales una lista de autores y libros que pudieran constituir los orígenes de la crónica guatemalteca, aunque no hayan sido concebidos en esas coordenadas, hecho sin mucha importancia si se toma en cuenta que es el tiempo quien sanciona un texto.

Por la distancia entre el encuentro de los habitantes de la actual Guatemala con los invasores, hasta llegar a nuestros días, esta aproximación no incluye a todos los que registraron los acontecimientos que a su vez se volvieron la historia manipulada del país, pero es un esfuerzo por conocer los antecedentes de las crónicas que se escriben y producen en la era de los grandes corsarios Steve Jobs y Bill Gates. En el futuro alguien vendrá a enriquecer o refutar con estudios más acuciosos esta aventurada propuesta. La academia de eso trata, del diálogo, y mejor si se extiende de una generación a otra.

1492 no solo es el año de la invención de la imprenta<sup>3</sup>, también lo es de la errática y criminal llegada de Cristóbal Colón a estas tierras. Un acontecimiento trascendental para Europa y para quienes vieron aparecer las tres carabelas sobre el océano Atlántico. Una vez más volverían a ser los saqueos, los crímenes, la imposición por medio de la violencia de una cultura sobre otra: la historia de nunca acabar.

El *Mío Cid* fue publicado en 1207. Cuatrocientos veinticinco años después, Bernal Díaz del Castillo, un soldado sin formación literaria ni estudios en periodismo, estaría

---

<sup>3</sup> Es un lugar común afirmar que la historia la imponen las culturas hegemónicas. Hasta donde le sea posible al responsable de *La crónica en el periodismo guatemalteco contemporáneo*, y fiel a Augusto Monterroso, dejará constancia de algunos robos descarados de la historia. Lucien X. Polastron dice en su *Libro en llamas*:

Pero las gemas del saber no tardarían en salir solas del tesoro de los hijos del cielo y expandirse en el inmenso territorio cuando, como si fuera una nadería, China inventó la imprenta.

Si bien el testigo más antiguo de un texto xilografiado sobre papel es anterior al año 751, solo hacia finales del siglo siguiente los libros no manuscritos comienzan a producirse y reproducirse en número apreciable. Un oficial señala un barrio de libreros en Chengdu en 883 donde se pueden elegir libros de geomancia, interpretación de los sueños y diccionarios impresos por medio de clichés del tamaño de la página, que en algunos lugares ocultan un pasaje mal hecho o ilegible, por otro lado los vastos proyectos editoriales de calidad comienzan en 950 con dos versiones integrales del canon de Confucio que compiten entre sí, en Luoyang y en Sichuan (Polastron, 2007)

publicando su *Historia Verdadera de la conquista de la Nueva España*. No es el primer caso ni el único. En 1552, el fraile dominico español Bartolomé de las Casas publica su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. En estos autores están los antecedentes de los cronistas guatemaltecos contemporáneos, que a su vez tienen sus antecedentes en otros autores perdidos más al fondo del tiempo, ya citados en páginas anteriores.

Aunque hay injusticia en no citar a otros creadores, se hará un salto largo en el tiempo, hasta llegar a José Milla y sus *Cuadros de costumbres*, crónicas de la forma de vida y costumbres de la Guatemala de principios del siglo XIX (publicada en 1822), hace ciento noventa y nueve años.

El siglo XX representó una extraordinaria exploración en el cultivo de las letras, en el ámbito periodístico y en el literario. Las crónicas que han perdurado o han sobrevivido a las implacables exigencias del tiempo, ha sido por la destreza de los autores de ir más allá del registro periodístico, de acercarse y dominar el arte de la escritura en un nivel estético perdurable. Después de todo, los artífices de la crónica latinoamericana predicaron la calidad literaria de sus crónicas con el ejemplo.

Entre los títulos a los que los estudiantes de ciencias de la comunicación deberían volver se encuentran los extraordinarios trabajos de Enrique Gómez Carrillo, guatemalteco transoceánico que ha sido recordado por varios autores de talla mundial. *Del pánico al ataque*, crónica de una década de represión, miedo, lucha, resistencia y coraje, hasta la caída del dictador Jorge Ubico Castañeda. *Memorias de un estudiante del 44*, de Oscar de León Aragón, más que memorias es la crónica de un segmento social involucrado en los acontecimientos que derribaron al régimen de Jorge Ubico, dieron paso a los períodos democráticos revolucionarios (1944-1954), hasta llegar a los bombarderos financiados por el Departamento de Estado de la piara imperial.

A partir de 1954 es difícil hacer una selección de las grandes muestras de crónicas guatemaltecas; sin embargo, hay que citar *Guatemala, las líneas de su mano*, de Luis Cardoza y Aragón, obra que partió en dos la historia de la literatura centroamericana (y aun la latinoamericana). En este libro hay muestras de la crónica más alta de todos los tiempos. No es extraño que Cardoza se haya vuelto un maestro para una generación de

escritores latinoamericanos (en páginas anteriores ya se habló de su amistad con Carlos Monsiváis). El libro va de la exploración histórica, pasa por el ensayo, del ensayo a la crónica y de la crónica al himno más grande que se le ha dedicado a Guatemala.

La crónica, a diferencia de los libros de historia (esa es su riqueza), no abruma con fechas, nombres de personajes y lugares. Es un río por el que se navega sin mayores dificultades. A partir de este género es posible reconstruir la historia de un país, los acontecimientos de una época, las voces que han quedado fuera de la historia oficial, sobre todo cuando los cronistas, a pesar de la censura y los riesgos, no renuncian a su independencia.

En 1983, Mario Payeras publicó *El trueno en la ciudad*, otra de las grandes crónicas necesarias para conocer las entrañas del país, sus espectros, miserias y anhelos. Como Cardoza, Payeras ha conquistado un lugar en las futuras generaciones: su innata disposición a la poesía y su formación científica lo hacen un autor capaz de escribir crónicas más allá de los panfletos políticos. Va del registro de acontecimientos a la reflexión.

Yolanda Colom, quien compartió vida y anhelos con Mario Payeras, publicó en 1998 *Mujeres en la alborada*, una de las grandes crónicas escritas en el mundo. Es la vida de mujeres que se atrevieron a desafiar a un estado represivo y a un ejército contrainsurgente (el más despiadado del continente). Yolanda Colom es la prueba de que en este género se sobresale no por ser hombre o mujer, sino por contar con las palabras certeras para llegar al corazón del ser humano. *Mujeres en la alborada* es y será un diálogo con el pasado, un viaje de la memoria para afrontar los desafíos venideros. El libro fue publicado en el año del asesinato de Juan José Gerardi, crimen del que el capitán Byron Lima sustrajo varias calves.

De Byron Lima es fácil pasar a Alejandro Giammattei, de contradictoria formación médica y carcelaria, o a Jimmy Morales, nombrado kaibil honorario por la chafarotez chapina, admirador de militares y puesto en el gobierno por militares, que durante la segunda mitad del siglo XX no dudaron un segundo en hacer de carreteras y aldeas enteras cementerios y fosas comunes. Allí están las crónicas que lo demuestran, las

crónicas y los hijos de las víctimas, las crónicas de los exiliados, las crónicas y los que llevaron su compromiso popular hasta la inmolación.

No es intención del autor de este ensayo abrir heridas que nunca sanarán ni apelar a la justicia terrenal o divina. Cuando se reflexiona se viaja y cuando se viaja se encuentra. Esta lectura es un encuentro con los orígenes de la crónica guatemalteca, hasta llegar a los últimos acontecimientos que han marcado a la población, hasta llegar al vertiginoso avance de la tecnología, hasta saltar al presente inmediato.

Más de algún estudiante se habrá sentido tentado a registrar las protestas del 29 de julio del 2021. La fiscal general del Ministerio Público, Consuelo Porras<sup>4</sup>, destituyó al titular de la Fiscalía Especial Contra la Impunidad, Francisco Sandoval. Este hecho hizo que el malestar de la población se hiciera sentir en el ambiente. Diversos sectores de la sociedad repudiaron la decisión del Ministerio Público. El fiscal destituido abandonó el país, debido a que ya no era seguro para él... como no lo es para nadie honorable.

Desde la mañana del jueves 29 de julio distintos sectores de sociedad cubrieron las manifestaciones en la capital y en los departamentos. Sería imposible hacer un rastreo de todos los que registraron tales acontecimientos. Es imposible darle crédito a cada persona que escribió, grabó y documentó de forma independiente lo que estaba ocurriendo.

Hace veinte años, los mismos acontecimientos no habrían sido registrados por los medios de comunicación. La televisión y la radio le habrían dado únicamente la cobertura autorizada por los gobernantes de turno, reduciendo a actos vandálicos y terroristas la desesperación y sentir popular. Normal. El dueño de los principales canales de la televisión guatemalteca es prófugo de la justicia. Pobre Guatemala, tan lejos de Dios y tan cerca de mexicanos como el diabólico «Ángel de la Democracia». Habría sido

---

<sup>4</sup> Marco Fonseca (España, 2021), doctor en filosofía política y profesor adjunto de estudios internacionales del Glendon Collage en la Universidad de York de Toronto, Canadá, aseguró que la tesis que Consuelo Porras presentó para doctorarse en la Universidad Mariano Gálvez es un plagio parcial de la tesis de licenciatura de Benigno Ramírez Choc. Hechos como este exigen a los graduandos de la Escuela de Ciencias de la Comunicación ser críticos con su entorno profesional y con su tiempo... especialmente con egresados de sus aulas como el kaibil honorario y una inefable vicepresidenta que aún no conoce el significado de la palabra «laico».

imposible tener un registro cronológico de todos los acontecimientos desatados, desde la mañana del 29 y los actos gubernamentales que desencadenaron las manifestaciones.

Los acontecimientos referidos en el párrafo anterior tuvieron lugar un mes y algunos días antes de la fecha programada para la defensa de este ensayo en el primer nivel del edificio M-2, Ciudad Universitaria, zona 12. Pese a ello, parecen remotos. Después, otros acontecimientos tomaron forma de reportaje, crónica, artículo de opinión y noticia, en distintos medios de comunicación: los Juegos Olímpicos, el drama de Lionel Messi al abandonar el Barcelona, por citar algunos ejemplos.

Antes de la explosión del internet, la noticia era generada únicamente por el brazo mediático del gobierno. Es un secreto a voces el intercambio de negocios entre Ángel González y los gobernantes en varios países de América Latina, entre ellos Guatemala, en las últimas tres décadas. *El Periódico* dice de él: «La mejor forma de describirlo es una frase que él mismo dijo a un expresidente guatemalteco: “Yo controlo 11 presidentes y 11 Congresos, cuando ellos se van, yo sigo aquí”» (Investigación, 2016).

Los medios de comunicación no siempre están dispuestos a dar cobertura a los acontecimientos que alcanzan las dimensiones de un tsunami o de un terremoto en determinados momentos y lugares. No es novedad el papel de los medios de comunicación en los regímenes «democráticos», desde el derrocamiento de Jacobo Árbenz.

Las reflexiones en torno a las turbulencias políticas inmediatas permiten conocer el papel de la crónica en la sociedad guatemalteca, el papel de los medios de comunicación hegemónicos, de los medios alternativos y del periodista o de quien se prepara para serlo. A su vez se vuelve una vuelta a autores ya citados. No es posible reflexionar acerca del actual gobernante, sin tomar en cuenta sus vínculos con las fuerzas políticas tradicionales (llamadas *de facto*), que tienen sus orígenes en las estructuras que durante la segunda mitad del siglo XX generaron un ambiente de terror y violencia en la población, que a su vez tienen sus orígenes en el Movimiento de Liberación Nacional, organización que acabó con una democracia que estaba naciendo, tal y como lo asegura Luis Cardoza en *La revolución guatemalteca*.

Para confrontar las reflexiones relacionadas con la crónica en el periodismo guatemalteco contemporáneo, lo mejor es contrastar lo anotado en las páginas de este apartado con las reflexiones de uno de los cronistas más comprometidos con el género, con el periodismo y con el cultivo de la palabra en sus dimensiones más arriesgadas, Oswaldo J. Hernández. Acerca de los orígenes de la crónica periodística en Guatemala, este joven que estudió física y jamás se inscribió en un curso de ciencias de la información, dice:

Si nos ponemos decimonónicos (o sea pasados de moda) tenemos que partir acaso de esos viajes medio tristes de Pepe Milla durante su exilio. Es un patrón eso: siempre que un cronista se exilia le da por escribir porque se aburre. Si vamos más atrás, quizás haya que mencionar a los cronistas de indias. Esos tipos, como Bernal Díaz del Castillo, que contaron lo que nadie había visto. Al nombrar las cosas estas empiezan a existir. De eso se trata el periodismo narrativo. Aunque con los cronistas de indias nos topamos con la tara de «conquistador español» y «soldadito».

Ya con Miguel Ángel Asturias vemos que hizo bastante de crónica anecdótica, sobre todo desde Francia. También si se hace algo de hemeroteca, digamos por los años 40, uno se topa con un Asturias viajero que se va a Tikal y lo cuenta con encanto, aunque un poco laxo de cualquier crítica social. Es, ante todo, descriptivo con sus crónicas. Ese es su guion.

Por lo siguiente, aparece a lo mejor César Brañas, un poco más ácido en sus descripciones casi en las mismas páginas que Asturias, en *El Imparcial*. Brañas hace crónicas un poco más cargadas de «intencionalidad», con un poco de crítica al sistema, al funcionamiento de las cosas, hasta donde se podía. El absurdo nacional salpica en las crónicas culturales.

La cuestión es que los temas más «relevantes», los temas políticos o judiciales, nunca se han logrado contar bien<sup>5</sup>. La crónica se relega a las secciones de cultura, a los viajes, a lo baladí. Esa ha sido su trinchera.

En 1996, cuando salió *el Periódico*, si uno se va a la hemeroteca a leer el primer ejemplar, hay algo de esas páginas que te inquieta particularmente. Es una crónica de Luis Aceituno donde se la pasa viendo aviones en el aeropuerto a la espera de los viejos comandantes de la guerrilla que

---

<sup>5</sup> Oswaldo J. Hernández llega a esta conclusión al referirse a las crónicas que no sobrevivieron a la prueba del tiempo. Los ejemplos citados por quien teclea esta quinta nota a pie de página (de Bartolomé de las Casas a Yolanda Colom) son crónicas cuya dimensión estética es legendaria. Es a través de estas lecturas que estudiantes de la Escuela pueden forjar un estilo propio para escribir crónicas.

vienen a firmar la paz. La gente se saludaba de besito con sus enemigos. Un comandante histórico se peleaba con los del hotel por sus maletas. Cuetes, esperanza, ese absurdo político... y ahí perdido como un astronauta, lejos de la bulla: un escritor. Tito Monterroso que solo quería hablar de literatura mientras los periodistas se desvivían por perseguir a los viejos y mediocres comandantes. Así fueron las crónicas de *el Periódico* por un tiempo, pero parece que a Aceituno y compañía se les jodió la rodilla.

Luego hubo intentos. La revista «El Monitor» de *Siglo XXI*, pero era una narrativa demasiado adolescente, superficial, con temas poco trascendentales tipo «crónica de cómo vestir para un concierto» (Hernández J. O., 2021).

Con los avances de la tecnología, la aparición de nuevos soportes y plataformas de difusión y comunicación, resulta casi anacrónico hablar de crónica. Sin embargo, el ser humano, ya sea en masa, de forma organizada o desordenada, siempre estará protagonizando hechos y alguien más estará registrándolos para ser replicado en las nuevas plataformas. Hay quienes se preguntan: ¿Cómo hubiera registrado Homero la *Iliada*?, ¿qué soporte hubiera preferido Bartolomé de las Casas para su *Brevísima Relación de la destrucción de las Indias*? Podría hacerse la siguiente pregunta, ¿cómo hubiera registrado Homero el magnicidio de Gadafi? (Euronews, 2011) ¿Cuál hubiera sido la reacción de Bartolomé de las Casas, de haber estado cerca del volcán de Fuego en octubre del 2019, con un teléfono «inteligente»?

W. Russell Neuman dice acerca de estos ominosos y caóticos tiempos:

La característica más esencial de los medios electrónicos es su interconectividad. Estamos siendo testigos de la evolución de una red universal e interconectada de audio, video y texto electrónico que borrarán la distinción entre comunicaciones interpersonales y masivas, entre comunicaciones públicas y privadas (Russell Neuman, 2002).

Con la lucidez luciferina que le caracteriza, Oswaldo J. Hernández dice al respecto:

Atrás, pero muy atrás quedó eso de mezclar la entrevista con un reportaje, o crónica con artículo de opinión o reseña. Los académicos que enseñan géneros periodísticos están en aprietos. Hoy lo que

existe es una hibridación de contenidos. Un reportaje necesariamente debe tener un «sumario» o «resumen» ejecutivo en versión digerible para redes sociales. Una infografía o un audio o hilo de twitter para que este complemento sea un llamado a la lectura del contenido principal en forma de un reportaje. El dilema ahora es cómo presentar la misma información en distintos formatos: tik tok, Facebook, twitter, Instagram, que ya de por sí podrían ser llamados géneros periodísticos por la carga de información masiva que arrastran por segundo. En este contexto, todos los usuarios de las redes sociales son un medio de comunicación. Diría Umbral: «Estamos más comunicados que nunca pero no tenemos nada que comunicar». Los géneros periodísticos ya no exigen brindar información sino viralidad. Métricas y métricas de éxito que se confunde con incidencia e incluso con credibilidad. Las nuevas generaciones quieren ser youtubers. Estar a la par de Luisito Comunica, de Auron Play (Hernández J. O., 2021).

Oswaldo J. Hernández es democrático y no le tiemblan las cuerdas vocales para hablar de los principales cronistas del periodismo guatemalteco contemporáneo. Si alguien no aparece en la nómina, le haría bien acudir a Augusto Monterroso: 1. Francisco Goldman, 2. Claudia Méndez Arriaza, 3. Luis Ángel Sas, 4. Paola Hurtado, 5. Marta Sandoval, 6. Alejandra Gutiérrez Valdizán, 7. Francisco Rodríguez. En el número 8, sin afán de compararlo con el personaje filosófico de Roberto Gómez Bolaños, habría que ubicar al propio Oswaldo J. Hernández. Siguiendo a este autor en sus reflexiones en torno al futuro de la crónica en la prensa guatemalteca, asegura:

Es un poco extraño el panorama. En *No Ficción* cuando intentamos pensar en algún *freelance* o en alguien que pueda integrar el equipo, solo llegamos al minotauro. Es abrumadora la tarea de buscar a un periodista que pueda articular una estructura narrativa decente. O que tenga referentes literarios... O que no recrimine de ellos. Hay que editar y editar y editar... El futuro son las redes sociales, la viralidad. ¿Cómo sería el Instagram de Miguel Ángel Asturias? ¿El Tik Tok de Pepe Milla? ¿Twitter daría de baja a Brañas por sus aforismos de 240 caracteres? Ese futuro, en el que constantemente estamos intentando readecuar a los cronistas del pasado. En eso es lo que realmente hay que pensar (Hernández J. O., 2021).

Hay quienes dirían que *Crónica*, legendaria revista dirigida durante muchos años por Francisco Pérez de Antón, podría sintetizar los siglos de tradición de este género. Su título hace pensar en eso. Pero Oswaldo es categórico al refutarlo:

Uno lee *Crónica* en la página de la UFM, todo en digital, y lo primero que se pregunta es: ¿Por qué se llamaba crónica si no es periodismo narrativo? La mayor parte de esos reporteros, claro, estructuraban bien la noticia, con rigor, fuentes diversas, pero sin intención narrativa.

Los nuevos reporteros de las universidades ni siquiera tienen esa revista como referente de algo. ¿Hay alguna investigación memorable? ¿Algún texto? ¿Es sólo un mito para los más viejos?

Lo que *Crónica* quizás sintetiza es una especie de hemeroteca digital. Si se tiene que buscar dinosaurios, podemos poner el nombre en la lupa de su archivo web, y tratar de pescar un dato para traerlo a la actualidad. En eso es valioso. Un Arzú peleándose con los milicos. Un Valladares Molina luchando a muerte por la herencia de su tía con un jardinero.

El periodismo narrativo, si podemos decir algo válido, es capaz de unir presente-pasado-futuro, pero sólo cuando se le invoca como contexto. Y preocupa que el contexto, desde el periodismo, está desapareciendo (Hernández J. O., 2021).

## APROXIMACIÓN AL PROBLEMA

Para adentrarse a una investigación es necesario hacerse dos o tres preguntas centrales. En el caso de la presente se partió de cuatro, inevitables: ¿Qué tan importante es y qué tan vigente se encuentra la crónica? ¿Quiénes han rastreado sus orígenes y quiénes han escrito las mejores crónicas? ¿Se puede proponer una herramienta fácil de actualizar partiendo de los estudios ya realizados? De proponer una herramienta fácil de actualizar, ¿es posible realizar crónicas, partiendo de esa herramienta?

La crónica involucra varias formas de periodismo, y de la academia en general. Aunque en los medios de comunicación, escritos, televisados, radiofónicos o en cualquiera de las nuevas plataformas tecnológicas, son frecuentes, la mayoría de las veces resultan deplorables. Escribir una crónica es descubrir otra forma de ver el mundo, otra forma de asumir la vida. Por tanto, este acto no se reduce a encontrar una historia y narrarla en orden cronológico con artificios retóricos mecánicos o cajoneros. Al acercarse a los demás a la forma de pensar y sentir de otros, al estrechar su presencia con el público, el autor de la crónica asume el papel de artista de los hechos.

Si se toma en cuenta que en los medios de comunicación guatemaltecos son pocas las crónicas que perduran en el tiempo (aunque ya es lugar común decirlo, habrá excepciones), lo que se le da a la población no es una crónica, sino la versión que determinado medio de comunicación quiere presentar de ciertos hechos. En tal caso, la crónica no deja de ser una tomadura de pelo a la audiencia, a los radioescuchas o a los lectores.

En una era sobrecargada de información, en donde se pasó sin que hubiera tiempo para la meditación, del lapicero a la máquina de escribir, de la máquina de escribir a la computadora y del uso de la computadora a los teléfonos «inteligentes», es necesario que el profesional de las ciencias de la comunicación esté preparado para enfrentarse al despiadado mundo y encontrar algo de humanidad en las sinuosas autopistas de realidad virtual. Encontrarse con otras realidades, porque la comunicación aún es una de las conquistas de todas las civilizaciones. En tal sentido, *La literatura en la construcción de la crónica periodística* es una mínima aproximación a los orígenes de la comunicación

por medio del lenguaje articulado, una invitación al cultivo del criterio y una sugerencia de lecturas que no perderán vigencia mientras quede un *sapiens* en el planeta.

## ESCENARIOS POSIBLES E IMPOSIBLES

Si de pronto un estudiante de la Escuela de Ciencias de la Comunicación del 2021 despertara en 1967, se encontrara con Miguel Ángel Asturias y tuviera que escribir una crónica de la vida literaria del Premio Nobel, que abarque los años de la aparición de *Leyendas de Guatemala* (1930), hasta su consagración en Estocolmo (1967), debería estar preparado para sintetizar estos años de guerras, campos de concentración, exilios, dictaduras y el inicio de la era atónica, 54 años después de haber sido reconocido con el máximo galardón de las letras en el mundo. Si al mismo estudiante se le aparecieran Salvador Allende, recorriendo, no con Juan José Arévalo, sino con Jacobo Árbenz, uno de los niveles de la Biblioteca Central de la Universidad de San Carlos de Guatemala, qué escribiría de este acontecimiento ucrónico, cómo seguir en orden cronológico el posible encuentro entre estas leyendas latinoamericanas y cómo captar el interés de las nuevas generaciones que, con suerte, tal vez escucharon su nombre una o dos veces en su vida.

Aunque lo anterior únicamente es posible en un viaje castañediano con Juan Matus o en un plano literario, es válido plantearles a los estudiantes los escenarios en los que eventualmente pueden encontrarse. No deberían ser extraños, a nadie, estos escenarios hipotéticos, después de todo, el colega Haroldo Sánchez entrevista al colega Haroldo Sánchez (Sánchez, 2014), quizá por no haber tomado sus precauciones en la lectura de *La sala número 6*, de Antón Chejov, *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde*, de Stevenson o de *El otro*, de Jorge Luis Borges.

Un día podrían estar frente a la historia de uno de los narcotraficantes más buscados del mundo, frente a la vida de otro gobernante caído en desgracia o la de un futbolista famoso por no haberle dado más que derrotas a la afición, con la historia de una fiscal envuelta en una polémica por su dudosa formación doctoral, con los responsables del Diario Militar que han alcanzado la honrosa dignidad de abuelos (abuelos carniceros). Deberían estar preparados ante cualquier historia, no para impresionarse ante tales glorias o miserias; tendrían que estarlo para volverse un mediador entre el público y la historia.

Así, este trabajo es un ejercicio permanente para escribir una historia real, verídica o salida de la ficción, una exploración constante en el laberinto de acontecimientos y personajes. Con todo en su contra, el egresado de esta Escuela es el vínculo entre la sociedad y lo que ocurre. Y esto es mucho más sagrado que un gerente catedrático (vergüenza para sus pares Jesuitas) proponiendo el recurso de la (vergüenza para Rafael Landívar) cobardía al martirizado pueblo de Guatemala.

## CONCLUSIONES

La crónica apareció cuando los primeros hombres y mujeres comenzaron a registrar los acontecimientos a su alrededor. A lo largo de la historia ha registrado la vida de los más insospechados personajes: gobernantes, súbditos, hombres de ciencia, comerciantes, artistas, padres e hijos, y se ha realizado en distintas circunstancias como lugares públicos y privados. Se ha recurrido —tal vez sin percatarse— a la crónica como un medio para perdurar. Por supuesto, las líneas anteriores aluden a la noción más general que tiene el término, entendida como un proceso de escritura en el que se entrelazan datos, opiniones, hechos, recuerdos y reflexiones personales, cuyos objetivos abarcan un sinfín de posibilidades, tantas como las que tiene la esencia movediza del mercurio o la impaciencia del vidrio.

Durante mucho tiempo se creyó que la función de la actividad periodística era exclusivamente adoctrinadora, ideológica y moralizante. El Estado se reservaba casi por completo el derecho de llenar las páginas de las gacetas, diarios o periódicos, provocando que gente común y corriente ignorara casi por completo ese mar de proclamas, doctrinas, decretos y demás farsas programadas.

El giro radical experimentado por el periodismo estuvo estrechamente vinculado con el auge de las ideas liberales, que desembocarían en las grandes revoluciones sociales europeas y americanas y con el progreso de la técnica. Durante el siglo XIX, principalmente después de la segunda mitad, en los Estados Unidos el periodismo se convirtió en un negocio que no vaciló en emplear cuantos recursos estuvieran a su alcance, a fin de conseguir el mayor número de lectores, es decir, de compradores.

No obstante que ahora la crónica es una materia prima básica para la actividad periodística, no existe —y por lo visto jamás existirá— un censo en cuanto a su definición, justificación, técnica de realización, y todo lo demás. Tanto los autores de textos sobre periodismo, como los cronistas en todo el planeta, opinan y emplean la crónica de las más disímiles maneras. Por lo tanto, estas conclusiones no encontrarán el agrado unánime de nadie, ni lo buscan, situación por demás irremediable, tomando en cuenta que nadie ha dicho la última palabra.

Podemos pensar en múltiples definiciones de crónica. Si tomamos en cuenta que cada cronista, autor de textos sobre la crónica, escritor o simple aficionado, añade nuevas nociones a cada uno de los elementos indispensables de este género, encontramos que en ocasiones es simple, y en otras es compleja, necesaria, prescindible, seria, ligera, vulgar o refinada.

Frente al océano de definiciones, una postura acertada parece ser la siguiente: nadie puede saber, a ciencia cierta (o a paciencia cierta) lo que es una crónica hasta no realizar una. Solo a través de la experiencia se consigue avizorar cuáles son los elementos que la caracterizan y contribuyen a definirla. Lo demás se limita solo a especulaciones.

Si definir la crónica puede resultar un problema, su clasificación es punto menos que imposible. Todos aquéllos que se han aventurado a clasificarla ofrecen puntos de vista diametralmente opuestos. Aunque nunca faltan las discrepancias, los químicos están de acuerdo en que hay materia orgánica e inorgánica; los biólogos concuerdan en la distinción de reino animal, reino vegetal y reino mineral; los zoólogos coinciden al clasificar mamíferos, aves, reptiles, peces, batracios e insectos. En cambio, todos los que se han echado a cuestras la tarea de clasificar la crónica, han procedido sin el rigor de las ciencias «duras», y llegado a conclusiones por caminos distintos.

No bastaría con inundar de crónicas los medios informativos para lograr una revolución en la comunicación masiva; sin embargo, en la medida en que los profesionales de la comunicación aprovechen espacios para la crónica al más alto nivel del lenguaje, se podrá perfilar un periodismo más humano.

No es por casualidad ni por pedantería que el epílogo de este trabajo se titule «Entre la crónica, el ensayo y la entrevista, por supuesto la práctica» Este título quiere indicar que, en la relación del autor con el periodismo, lo fundamental resultó la práctica, el quehacer. Esta es su posición de bisoño, principiante o egresado de una carrera de periodismo que —en sus tiempos de estudiante— daba primordial importancia precisamente a lo contrario: a la teoría, al texto aprendido casi de memoria («a ver, niños, repitan la lección de la semana pasada»).

Cualquier egresado o estudiante de ciencias de la comunicación, o como rebauticen la próxima semana a esta carrera tan ninguneada, obtendrá mejores resultados leyendo las crónicas inmortales que han aparecido desde la invención de la escritura hasta la llegada de los *emojis*. Y el autor habrá pagado así, por añadidura, parte de la deuda que todo alumno contrae con la universidad que lo nutrió.

Pese al arribo triunfal y diabólico de las llamadas redes, pese a la extinción en proceso de los medios impresos, pese a la mudanza obligada de los añejos formatos periodísticos a las luciferinas pantallas de computadora y pantallitas de móviles, mal llamados celulares... la crónica sigue siendo la madre de todos los géneros: así lo reafirman Hombre, Virgilio, Los cantares de Gesta, Bernal Díaz del Castillo, hasta Luis Cardoza, Carlos Monsiváis, Elena Poniatowska y Oswaldo J. Hernández. Estas páginas constituyen una aproximación honesta e irreverente a ese gran río en que convergen pasado, presente y futuro. Lo demás —como nos dejó dicho Augusto Monterroso—, lo demás es silencio. El silencio de los rebaños colectivos amaestrados para bailar en la oscuridad del son que les toquen.

## EL DESTINO DE LOS TRABAJOS DE GRADO

La base de datos de la Biblioteca Central de la USAC registra 78998 trabajos de grado (agosto, 2021). No se sabe cuántos proceden de la Escuela de Ciencias de la Comunicación. A pocos párrafos de terminar con este ensayo, surge una pregunta devastadora: ¿cuántos de esos trabajos archivados han tenido la suerte de ser leídos por otros lectores, aparte del tribunal examinador y de los familiares que no tenían razones para leer más allá de la dedicatoria? Después de un arduo recorrido bibliográfico, correcciones, rechazos y observaciones, es válido preguntarse por el destino final de estas páginas. ¿Para quién y para qué se escribe? Posiblemente para un lector imaginario, inexistente. Los miembros del tribunal examinador necesariamente pasarán por estas líneas; pero después de ellos... ¿Qué sigue? ¿El olvido? ¿Otro palimpsesto?

*La literatura en la construcción de la crónica periodística* quizá tenga un destino similar a las tesis acumuladas en la Biblioteca Central. Normal. La era tecnológica obliga al aspirante a profesional de la comunicación a comprometerse cada día más con su formación, a esforzarse para dominar las herramientas de su área: la búsqueda bibliográfica, la corroboración de información, la sagacidad para detectar entre infinitos *bytes* de información, cuándo tomar en cuenta una fuente y cuándo descartarla. Con todo en su contra y, aunque parezca utópico, no debe sucumbir ante la maquinaria global que determina la forma y el contenido de los medios de comunicación.

En cuanto a la crónica, queda claro algo: la tecnología no ha logrado sustituir el código letrado, no si se toma en serio el oficio de hacer periodismo, aunque implique la condena al aislamiento y la soledad. Hay saturación de información, hay toda una estructura de comunicación mundial. En aras de acercar a las personas, las ha dejado más solas que nunca. Con este escenario, la crónica se vuelve una herramienta esencial para el profesional de la comunicación.

Las recomendaciones son elementales: ser apasionados en el cultivo de la palabra, como diría el maestro Carlos Humberto López Barrios, y eso incluye desde el cuidado de colocar un adjetivo hasta la intensa búsqueda bibliográfica en bibliotecas (físicas o virtuales), no olvidarse nunca de la importancia de criticar el trabajo y la labor de los docentes, pero, ante todo, vivir con una actitud de permanente autocrítica académica.

Con estas prácticas elementales, el estudiante y profesional de la comunicación estarán ejerciendo su profesión (vocación) con dignidad. Qué importa que este ensayo se archive entre los 78998 trabajos de grado en el quinto nivel de la Biblioteca Central.

## EPÍLOGO: ENTRE LA CRÓNICA, EL ENSAYO Y LA ENTREVISTA, POR SUPUESTO LA PRÁCTICA<sup>6</sup>

Era una seca tarde de finales de octubre (del año mejor ni hablar), mientras cruzaba la línea divisoria que marcaban los perros muertos mezclados con ratas vivas rastreando sus costillares, y las tolvaderas daban a la calle un toque demasiado real, vi los edificios de la hoy Facultad de Estudios Superiores «Aragón», que ya olía a esas fiestas mentirosas en donde todos creen que se gradúan.

Los secretos del correo son insondables; lo mismo sucede en el plano de las relaciones profesor-alumno: jamás imaginé que esa tarde encontraría a mis exprofesores Hortensia Moreno y Salvador Mendiola. Nada tenía que ver ya con ellos, hacía mucho que no era su alumno, el solo hecho de verla a ella me recordaba una inmisericorde «S» que me asestó por no marcar el paso; él me remitía a Elías Canetti y a ciertas lecturas indecifrables (al menos para mí). No coincidíamos en parte alguna, menos mal, y solo nos quedaba el saludo fugaz muy de vez en cuando.

—Qui'hubo.

—Qui'hubo.

—Hola. Adiós.

El caso es que esa tarde Hortensia me dijo:

—¿Ya hiciste tu Servicio Social?

—¿Servicio Social? Nnn. no.

—Hazlo en *Gaceta*; Salvador la está dirigiendo. Si te interesa, apunta los teléfonos y la dirección.

—Llame o llegue de una vez —dijo Salvador.

(No imaginé en ese momento que esa escueta conversación me conduciría a una avalancha de llamadas telefónicas, al hogar, a despachos, a cafés favoritos de escritores

---

<sup>6</sup> Este apartado va de la crónica al ensayo y del ensayo a la entrevista para encontrar en las opiniones de David Huerta elucubraciones acerca de la creación periodística y la creación literaria. Si al menos una línea de este capítulo le llegara a ser de utilidad al lector, el responsable de este ensayo quedará tan satisfecho, como Messi llorando en Barcelona y loco de contento en París un periódico después.

—algunos famosos y otros casi desconocidos— y a días y noches de transcripción/mecanografiado/revisión definitiva y entrega de varias entrevistas).

Agradecí su invitación fraternal y caminé rumbo a la Caja, a pagar Economía II y Matemáticas II, los únicos dos exámenes extraordinarios que enturbiaron mi incólume historia académica.

Veinticuatro horas más tarde, Hortensia me explicó que el Servicio Social consistiría en realizar una serie de entrevistas con escritores. «Buenas entrevistas — puntualizó—, no creo que se te dificulten, tú también escribes ¿no?» En segundos rememoré la antepasada materia *Redacción Periodística II: entrevista*, y las no sabía ni cuántas páginas inéditas de mi producción literaria que atestiguaban raquíticamente mi calidad ¿de escritor?, ¡por favor! «Aquí, siguió Hortensia, te podemos dar los teléfonos de algunos; los demás tú los consigues».

Las entrevistas tendrían como tema principal la relación que cada escritor guarda con la literatura. La extensión de las mismas dependería del material que cada entrevistado proporcionara; en caso de ser muy extensas aparecerían publicadas en dos partes.

«Tu nombre no aparecerá; ningún trabajo en *Gaceta*, como sabrás, va firmado por su autor». (No, no lo sabía; hasta esa fecha yo jamás había leído completo un número de *Gaceta*. Quien esté libre de esta culpa que aviente la primera pedrada. En fin, el nombre era lo de menos). «¿Cuántas entrevistas calculas traer a la semana?»

—¿Qué te parecen dos? —contrapregunté, sin tener la menor idea de las arduas horas de trabajo que requiere cada entrevista realizada con seriedad.

—¡Dos! Perfecto, perfecto... —me compadeció Hortensia—. Adelante entonces.

Esa sería la noche difícil de un día fácil. El insomnio llegó cuando caí en la ominosa cuenta de que prácticamente debía partir de cero. Había concluido los ocho semestres de la licenciatura en Periodismo y Comunicación Colectiva, era cierto: 9.4 de promedio, muy bien, era cierto; algunos profesores me habían augurado un brillante porvenir, no era cierto. Pero ¿y la experiencia, la práctica, las tablas? «Se hace camino al andar», me consoló Machado.

Revisé los únicos libros de entrevista que hasta entonces me eran familiares: Martínez Albertos y Sherwood. Terminé abrumado. Recurrí a Vivaldi, pero al releerlo me percaté de que no tenía todas las respuestas: sus planteamientos eran claros, y sus consejos prácticos; pero resultaban sumamente generales para mis propósitos. Su rechazo a la grabadora y su exigencia de poseer una supermemoria no iban conmigo, era pedirme demasiado. Yo no deseaba saber nada de alardes nemotécnicos.

Fortson me pareció muy sospechoso por su extrema facilidad para hablar tanto con escritores como con best-selleristas, expolíticos, exfutbolistas, cómicos y quien se le pusiera enfrente. Además, por ese lado, la cuarta de forros de *Cara a cara II* era sincera en la arrogancia anotada por Arturo Guzmán:

Saber hacer la pregunta adecuada al hombre adecuado, sería la mejor forma de abrirse camino. No en vano el zorro de Sócrates se engolosinaba poniendo en aprietos a los paseantes del Agora, hasta el grado de inventar toda una filosofía que aún cimbra la corteza cerebral de nuestro tiempo.

Solo que eso no es tan fácil: se necesitan todas las argucias, las relaciones y la experiencia de un James R. Fortson para hacer aflorar la pregunta y la respuesta cara a cara con el hombre que puede participar en esta calistenia de la inteligencia.

Desconfié del método de Fortson porque me parecía que conjugaba lo farragoso y la chispa en dosis desconcertantes. Para muestra, los botones respectivos:

*Fortson: Hablando de contradicciones —reales o aparentes—, aquí te va ésta: en la segunda parte de tu novela (se refiere a El rey se acerca a su templo), —el personaje centrado, sensato, fresa— hace el amor con Raquelita estando inconfesadamente enamorado de ella, poco después de haber escuchado la descripción detallada, cínica y grosera que Ernesto —su cuate moto, de onda que se encuentra en la cárcel— hace de cómo él mismo la acaba de violar —con la disimulada ausencia de ella— dentro de su propia celda. Salvador asume todo esto con gran espíritu deportivo —emulando el temperamento comprensivo y tolerante, propio de los escandinavos más liberados—, procede a ratificar ante sí mismo su genuino apasionado amor por esa muchachita no muy recatada, y con enorme tranquilidad resuelve —como ya dijimos— dejar constancia física de su*

*irreprimible amor por Raquelita. Todo ello —que debe resultar algo confuso para el lector de esta entrevista— simplemente no va con el temperamento tuyo, mío o de cualquier otro mexicano —y me reservo serias dudas en cuanto a la supuesta exclusividad nacional del sentido de la lealtad y la fidelidad como exigencia legítima—. Concluyendo: esa escena, situación o circunstancia me parece ficticia, falsa y, por lo tanto, carente de validez literaria.*

José Agustín: Es un tipo de personaje muy peculiar en ese sentido; es más prototípico de lo que seríamos los mexicanos...

*Fortson: Tal vez. El punto sigue siendo que al lector analítico le podrá parecer falso (Fortson, 1979, págs. 13-14).*

*Fortson: Si en realidad el dinero no tiene mayor importancia para ti, dime, por curiosidad, ¿por qué entonces me cobraste mil dólares por la entrevista? Te aseguro que yo he entrevistado a mucha gente importante y ésta es la primera vez que pago por ello... Y que conste que lo he hecho con gusto y anticipadamente.*

Fuentes: Porque yo soy el que hago el trabajo. Más que tú. Yo soy el que está trabajando aquí, no tú.

*Fortson: Y, ¿qué te hace pensar que es fácil y descansado entrevistar a Carlos Fuentes?*

Fuentes: Trata de entrevistar gratis a Mari McCarthy o a Norman Mailer. Inténtalo. Ya paso la época en la que el periodista explotaba impunemente al escritor. Además, yo tengo agentes muy cabrones, ¿verdad? Ellos cobran todo; yo estoy en sus manos (...) Tú no me vienes a entrevistar porque soy Perico el de los Palotes, ¿no?

*Fortson: Obviamente (Fortson, 1979, págs. 90-91).*

Avizoré lo que para mí sería el camino a seguir en horas de la madrugada, después de la vigésima quinta taza de café contrapunteada con la segunda cajetilla vacía; si la urraca Bob Dylan encontró la respuesta en el viento, yo había de localizarla en Ernesto Sabato y en las añejas entrevistas de *The Paris Review* con Borges, Hemingway, Graves, Burgess, Pound, Eliot, Bellow, Mailer y otros.

Sabato ofrecía la solución en la primera edición (hoy imposible de obtener, la presumo cada vez que puedo) de *El escritor y sus fantasmas*. En el «Interrogatorio preliminar», desaparecido en posteriores ediciones, advierte:

Desde que publiqué mi primer libro hasta hoy, he debido responder a cantidad de preguntas de periodistas y lectores sobre el qué y el cómo de mi literatura. No me parece mal comenzar este libro con una selección de las más significativas cuestiones que se me formularon y de las respuestas que di (Sabato, 1963, pág. 9).

No vacilé en copiar el interrogatorio, específicamente los cuestionamientos que podían aplicarse a cualquier escritor de cualquier parte del mundo.

En la *Explicación* que Sabato antepone al «Interrogatorio preliminar» encontré otras razones que reafirmaron mi certeza de ir por el camino adecuado.

No sé qué valor en la estética o en la ontología puedan alcanzar estas notas, pero sí sé que tienen el valor de los documentos fidedignos, pues han sido elaboradas al meditar, reiterada y encarnizadamente sobre mi propio destino de escritor. Hablo, pues, de literatura como un paisano habla de sus caballos. Mis reflexiones no son apriorísticas ni teóricas, sino que se han ido desarrollando con contradicciones y dudas (muchas de ellas persistentes), a medida que escribía las ficciones: discutiendo conmigo mismo y con los demás, en este país o en estos países en que constantemente hay gentes que nos dicen lo que es y lo que debería ser una literatura nacional (Sabato, 1963, pág. 9).

Por lo demás, encontré una gran similitud entre el cuestionario de Sabato y el de los entrevistadores de *The Paris Review*. De estos últimos, procedí a embalsamar sus preguntas; para lo cual examiné los libros negro y verde de la Editorial Kairós *Conversaciones con los escritores* (Review, Conversaciones con los escritores) y *Hablan los escritores* (Review, Hablan los escritores), llegados de España con sorprendente rapidez a las librerías de México. De ahí extraje estas notas:

Los entrevistadores no temen mostrar su ignorancia:

¿Cuántos libros ha publicado?

¿Lo dice en serio? (Review, Conversaciones con los escritores, pág. 7)

¿Por qué ha hecho eso? (Review, Conversaciones con los escritores, pág. 22)

¿Qué quiere decir? (Review, Hablan los escritores, pág. 28)

¿De qué manera? (Review, Hablan los escritores, pág. 31)

Disculpe, no conozco al segundo escritor que ha mencionado». (Review, Hablan los escritores, pág. 113)

¿Qué quiere decir con alusión?». (Review, Conversaciones con los escritores, pág. 114)

Son corteses de una manera directa:

*Buenos días. Permítame hacerle cuarenta y tantas preguntas.* (Review, Conversaciones con los escritores, pág. 67).

Son afables:

*Entrevistador: No tiene que contestar a todas mis preguntas estilo Kinbote, ¿sabe?*

Vladimir Nabokov: De nada serviría empezar a saltarse las que tienen trampa. Continuemos» (Review, Hablan los escritores, pág. 76).

No aceptan todas las respuestas devotamente:

*Entrevistador: ¿Qué ha aprendido de Joyce?*

Vladimir Nabokov: Nada.

*Entrevistador: Oh, vamos...* (Review, Conversaciones con los escritores, pág. 78).

No evaden el riesgo de la simpleza:

*Entrevistador: Le gustan mucho las bromas ¿no es así?*

Borges: Sí, mucho (Review, Conversaciones con los escritores, pág. 103).

No dicen «sí» a todo lo que escuchan:

*Entrevistador: ¿Desprovisto de significado?*

Borges: ¿No lo piensa usted también?

*Entrevistador: No, realmente no lo pienso así* (Review, Hablan los escritores, pág. 105).

Saben enfrentar los imponderables:

*Entrevistador: Parece que el magnetofón se ha detenido. Diga algo para ver si funciona correctamente.*

George Seferis: Wallace Stevens trabaja en una compañía de seguros.

*Entrevistador: Esperemos que continúe grabando durante un rato* (Review, Hablan los escritores, pág. 142).

Sus métodos son flexibles:

*Entrevistador: Ha insistido en que esta entrevista se realice sin magnetofón, ¿por qué?*

W.H. Auden: Porque pienso que si hay algo digno de ser registrado, el reportero debe ser capaz de recordarlo. Truman Capote cuenta que en una ocasión el magnetofón del reportero se averió a media entrevista. Truman esperó mientras el tipo intentaba repararlo sin resultado y, finalmente, le preguntó si podría continuar. El reportero contestó que no se molestara: no estaba acostumbrado a escuchar lo que sus entrevistados decían.

*Entrevistador: Yo creía que quizá su objeción venía del aparato mismo. Acaba de escribir un nuevo poema en el que condena a la cámara como una máquina infernal* (Review, Hablan los escritores, págs. 202-203).

Saben renacer de sus aparentes nimiedades:

*Entrevistador: ¿Posee tarjetas de crédito?*

W.H. Auden: Una, y nunca la uso (...)

*Entrevistador: ¿Es un buen hombre de negocios? ¿Regatea o hace cosas similares?*

W.H. Auden: No. Es un tema del que no me preocupo.

*Entrevistador: Pero obtiene todo lo que puede de su poesía. El otro día me quedé sorprendido de encontrar un poema suyo en la revista Poetry, que solamente paga cincuenta centavos por línea.*

W.H. Auden: Por supuesto que saco lo que puedo, ¿quién no? Creo que recibí el cheque de esta revista el otro día y me lo gasté antes de haberme dado cuenta de que lo había recibido.

**Saben ser agresivos:**

*Entrevistador: ¿Cuáles son los peores versos que conoce? De preferencia escritos por un gran poeta (Review, Conversaciones con los escritores, pág. 216).*

**Son directos sin llegar a la rispidez:**

*Entrevistador: ¿Le importa lo que piensan los críticos? (Review, Conversaciones con los escritores, pág. 238).*

**Saben conducir el diálogo:**

Jack Kerouac: Estás muy fuera de imagen ahí (...)

*Entrevistador: Bueno, no soy un magnetofonista, Jack. Sólo soy un gran hablador, como tú. Estamos grabando.*

Jack Kerouac: ¿Se oye? (silbidos) ¿Se oye?

*Entrevistador: ... El primer libro tuyo que leí (...) fue el pueblo y la ciudad...*

Jack Kerouac: ¡Bravo! ¿Leíste Dr. Sax? ¿Tristessa?

*Entrevistador: Más vale que lo creas».*

**Saben sugerir:**

*Entrevistador: Me gustaría que se extendiese un poco más sobre la cuestión (Review, Hablan los escritores, pág. 111).*

Son honestos: Al final de la entrevista con Ezra Pound, por ejemplo, incluyeron lo siguiente:

Nota: La salud de Pound hizo imposible que éste terminara la corrección de pruebas de esta entrevista. El texto está completo, pero puede contener detalles que posiblemente Pound habría cambiado en mejores circunstancias (Review, Hablan los escritores, pág. 89).

No temen abordar temas «delicados»:

*¿Cómo empezó a participar en experimentos con mezcalina y ácido lisérgico?* (Review, Hablan los escritores, pág. 51).

*¿Cree usted competir con otros escritores?»* (Review, Hablan los escritores, pág. 135).

*¿Por qué empezó a tomar drogas?»* (Review, Hablan los escritores, pág. 162).

*¿Ha plagiado usted algo de otros escritores?»* (Review, Hablan los escritores, pág. 235).

Saben concluir una entrevista:

*Entrevistador: Bueno, hemos terminado con las preguntas. Ya que no tienen ningún gran consejo para la joven generación, no tengo nada más que preguntarle.*

De ninguna manera se trata aquí de componer himnos que insistan hasta el hartazgo en las bondades de *The Paris Review*. Tampoco de elaborar sentencias como la que fue publicada en San Francisco en 1978:

Si bien muchas revistas literarias han publicado entrevistas en los últimos años, ninguna, a mi entender, ha sido plenamente satisfactoria. Por ejemplo, las publicadas por *The Paris Review* son demasiado áridas y académicas, y, en muy escasas ocasiones, se considera el artista como persona (Ley82pág. 7).

Los entrevistadores de *The Paris Review* no están exentos de morder el polvo de los errores, es cierto. El análisis que hice de las entrevistas reunidas por Kairós, me descubrió estos desaciertos:

A veces sostienen posiciones que solo restan fluidez a la entrevista:

*Entrevistador: ¿Diría que es la superstición la que le hace utilizar los mismos colores, rojo, azul, amarillo, verde, una y otra vez?*

Borges: ¿Utilizo el verde?

*Entrevistador: No tan frecuentemente como los otros. Pero verá usted, he hecho algo bastante trivial, he contado los colores en...*

Borges: No, no. Eso se llama estilística, aquí se estudia eso. No creo que encontrará el amarillo.

*Entrevistador: Pero también el rojo cambiando, convirtiéndose en rosa.*

Borges: ¿De verdad? Bueno, nunca había oído eso.

*Entrevistador: Es como si el mundo fuera una ceniza del fuego de ayer, ésta es una metáfora suya. Habla de Adán el Rojo, por ejemplo.*

Borges: Bueno, la palabra Adán significa barro rojo en hebreo. Además, suena bien ¿no?, Rojo Adán.

*Entrevistador: Sí, suena bien. Pero ¿no es eso algo que quiere mostrar la degeneración del mundo mediante la utilización metafórica del color?*

Borges: Yo no quiero mostrar nada. (Risas.) No tengo intenciones (Review, *Hablan los escritores*, págs. 95-96).

Hay ocasiones en que resbalan:

*Entrevistador: ¿Cómo se llama su gato?*

W.H. Auden: No tengo ninguno, por ahora.

*Entrevistador: ¿Qué pasó con Mosé?*

W.H. Auden: Mosé era un perro (Review, *Conversaciones con los escritores*, págs. 230-231).

A veces incurren en necedades:

*Entrevistador: Alguna vez, escribió usted que todos los hombres se dividían en platónicos y aristotélicos.*

Borges: No fui yo, fue Coleridge.

*Entrevistador: Pero usted lo citó.*

Borges: Sí, lo cité (Review, Conversaciones con los escritores, págs. 126-127).

En raras ocasiones, por querer demostrar que están bien informados, se equivocan:

*Entrevistador: ¿A quién lee por placer?*

Evelyn Waugh: A Anthony Powell. A Ronald Knox, tanto por placer como para edificarme. A Erle Stanley Gardner.

*Entrevistador: ¿Y a Raymond Chandler!*

Evelyn Waugh: No (Review, Hablan los escritores, pág. 152).

Después de las anotaciones precedentes, hice lo mismo que con el interrogatorio de Sabato: reuní las preguntas que a mi parecer podían ser formuladas a cualquier escritor en cualquier lugar del mundo.

Realicé una lista que leí dos veces: No consideré adecuado aprenderla de memoria, pues no se trataba de recitar el catecismo. Además, un viejo ardid usado por oradores profesionales señala que la memoria es capaz de jugar muy malas pasadas a quienes confían ciegamente en ella.

El siguiente paso fue obtener una grabadora en condiciones óptimas, una libreta y los números telefónicos de los escritores, nada del otro mundo.

Sólo quedaba poner manos a la obra, lo que hice, en efecto, con toda la decisión de quedar bien con *Gaceta* y con la Universidad Nacional Autónoma de México, que me había formado. (Se impone aquí una parada sentimental: no son pocos los egresados de la hoy Facultad de Estudios Superiores «Aragón» que suelen renegar de sus orígenes académicos; quizás se deba a la lejanía de Ciudad Universitaria, o tal vez a la cercanía de Ciudad Netzahualcoyotl y Guatemala... El caso es que apenas se reponen del baile de graduación, muchos se hacen imprimir coquetas tarjetas que anuncian:

Fulano (a) de Tal  
Lic. (sic) en Ciencias de la  
Comunicación UNAM  
Dirección      Tel.

Siempre me ha desconcertado esa manera de renegar. ¿Tan pronto olvidaron que en la hoy Facultad de Estudios Superiores «Aragón» la carrera se llama Periodismo y Comunicación Colectiva? Contrapuesta a esta actitud, hay egresados que hasta presumen de haber estudiado en la hoy FES «Aragón»; lo que es mi caso). Así pues, estaba decidido —aunque suene demasiado sentimental— a poner en alto mis orígenes académicos.

En los seis meses que duró mi Servicio Social realicé la grabación, transcripción, corrección, revisión conjunta con algunos entrevistados, y tres versiones mecanográficas de entrevistas con los siguientes escritores: Nicolás Taylor Bristow, Anabel Rodrigo, Víctor Manuel Mendiola (que conste que no tiene ningún parentesco con Salvador Mendiola), Eugenia Neves, Carlos Ruiz Mejía, Hernán Lavín Cerda, Silvia Molina, David Huerta, Hernán Lara Zavala, María Luisa Puga, Héctor Manjarrez, Angelina Muñiz, Salvador Castañeda, Javier Córdova, Juan García Ponce, Alberto Dallal y Sergio Fernández.

No afronté mayores dificultades al realizar dichas entrevistas, mi nerviosismo inicial desapareció al hacer la segunda. Esto fue gracias principalmente a que conté con la comprensión de los escritores y con el apoyo de Hortensia Moreno y Salvador Mendiola.

Tal vez una de las partes más problemáticas a que me enfrenté fue, en algunos casos, la revisión conjunta de la entrevista. Hugh C. Sherwood tenía razón y yo no le había hecho caso:

La mejor forma de enfrentarse con el problema de las peticiones de cambios es mediante la actuación preventiva. El reportero o redactor que envía un artículo para su comprobación debe dejar

muy claro que, al hacerlo, no está dando a la fuente de su información el control editorial sobre el mismo. Una forma de hacerlo es pedir «la corrección de cualquier error en los datos o hechos que pueda existir y otras *sugerencias* que pueda hacer». Algunas personas no comprenderán la insinuación. Seguirán actuando como si tuvieran el derecho a cambiar el artículo como mejor les plazca. Pero la mayoría la tendrán en cuenta». (Sherwood, 1976, pág. 131)

Estas experiencias, así como las reflexiones contenidas en los capítulos anteriores, no quedarían del todo claras si no ofrezco una muestra de la versión final de una de las entrevistas realizadas. La selección se hizo con base en su interés periodístico y literario; el conglomerado de informaciones, opiniones, interpretaciones, modestias y falsas modestias, desconciertos y discrepancias en ellas contenido, puede ilustrarnos mucho en relación con lo antes apuntado.

Por otra parte, no es mi intención ocultar las imperfecciones (leves o graves) que tiene mi trabajo como entrevistador. Todas las preguntas aparecen tal como fueron formuladas; no importa cuán agudas, brillantes, redundantes, absurdas, confusas, acertadas o estúpidas fueron.

Incluyo en este epílogo la entrevista con David Huerta, publicada en *Gaceta UNAM*, el 30 de enero de 1984.

—Disculpe, ¿aquí vive el poeta Da..?

—¡Para poetas estoy yo! —portazo.

Frente a una de las esquinas del Parque Hundido está ubicado un restaurante para personas que siempre tienen prisa. Atrás de éste hay una fuente cuyas aguas se enfrentan serenamente al estiaje y a los adoquines rojos. Más allá está una iglesia católica que vigila a un parque pequeño, atareado en guardar secretos y bancas vacías. Un adolescente propinaba puñetazos a una caseta telefónica y retaba al Universo con la mirada. Una vez cumplidas las instrucciones que David Huerta nos había dado para llegar a su apartamento éste no apareció por ninguna parte. No era una tarde propicia para extraviarse, pero lo estábamos. Tocamos varias puertas con la mayor corrección, pero

ninguna se abrió: la siesta se nos había adelantado. Por fin, después de dos minutos de oír llaves tintineando, una puerta se movió medio milímetro.

—Disculpe, ¿aquí vive el poeta Da..?

—¡Para poetas es..! —portazo.

Bajamos. A nuestras espaldas creímos oír una risilla traviesa; quizás era Dashiell Hammet jugando a resolver enigmas con Chandler, al otro lado del mundo. El adolescente había dejado en paz a la caseta. Estábamos a punto de optar por la retirada, cuando, desde la contraesquina, alguien preguntó: «¿vienen de la *Gaceta*?» Era David Huerta. «Es que el departamento no tiene número», informó. «Acabamos de confirmarlo», dijimos.

David Huerta nació el 8 de octubre de 1949 en la colonia Roma. Estudió letras inglesas y españolas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Ha participado en conferencias, mesas redondas y lecturas de poemas en Sudamérica y Estados Unidos. Fue becario del Centro Mexicano de Escritores y de la Fundación Guggenheim. Fue redactor y editor de la *Enciclopedia de México*. Dirigió la colección de libros *Biblioteca del Estudiante Universitario*. Coordinó el taller literario de la Casa del Lago de la UNAM. Ha sido jurado calificador en diversos certámenes literarios en México. Es columnista del semanario *Proceso* y colaborador del suplemento cultural del periódico *Novedades*. Hasta hace unos días, fue secretario de redacción de la *Gaceta* del Fondo de Cultura Económica. Tiene nueve libros publicados: *El jardín de la luz* (UNAM 1972), *Cuaderno de noviembre*, *Versión*, *El espejo del cuerpo* (UNAM 1980), *Breve antología de José Lezama Lima* (UNAM 1977), son algunos de ellos.

*¿Llegaste a la poesía? ¿Ella llegó a ti? ¿Cómo fue?*

Bueno, yo soy hijo de un poeta y desde muy pequeño leí poemas. No estoy muy seguro de que supiera yo entonces que eso se llamaba poesía. Entonces, digamos que desde un cierto punto de vista biográfico-familiar nací en un ambiente literario: no se trató de que llegara yo a la poesía, o a la literatura, ni de que ella llegara a mí.

*¿Cuánto hay de cierto en que el periodismo te ha afectado?*

Me parece que aludes a la nota de Vallarino, a su muy rápido recuento de un año de poesía en México. Yo pienso que no. Desde luego, uno tiene altas y bajas, periodos de mayor o menor productividad. Yo he estado muy contento escribiendo artículos este año y medio en *Proceso*. El periodismo, para contestar a uno de los posibles aspectos de la pregunta, que no lo haces explícitamente, creo, no le hace mal al escritor. ¿Qué querría decir *hacerle mal*? El punto de vista de Vallarino es que el periodismo quita tiempo. No considero que nada nos quite especialmente tiempo; el tiempo que necesitamos para hacer las cosas que más nos importan nos lo ganamos, lo conquistamos, se lo quitamos al otro tiempo de las cosas rutinarias, cotidianas. Creo que el periodismo, desde una modesta reseña bibliográfica hasta un ensayo, alimenta de mil maneras diferentes — tema de investigación, quizá— la parte creativa de alguien con actividad literaria. Se puede decir más: en buena medida, esto de que hablamos son convenciones, el periodismo de un lado y la literatura creativa de otro lado y en medio una división tajante, que desde mi punto de vista existe muy vagamente. Para poner un ejemplo mayúsculo, lo que más me ha interesado de la tarea escritural de García Márquez, en los últimos años, es precisamente su oficio de articulista. Pecado de reduccionista, te diría que me gustan más, por ejemplo, sus artículos en conjunto que *Crónica de una muerte anunciada*. Tiene muchas puntas el problema. Nunca se dice que la literatura creativa le haga mal al periodismo ¿verdad? Yo pienso que muchos periodistas se echan a perder porque tienen pretensiones literarias; es decir, aspiran a algo que consideran por encima de lo que hacen cotidianamente. ¿Qué es ese algo?: la literatura, el prestigio, el genio, la inspiración de los literatos, a quienes ven por encima de ellos mismos. Estoy más que seguro, y creo que puedo comprobarlo, que muchos de los buenos periodistas mexicanos son mejores escritores, a secas, que una buena parte de nuestros escritores que consideran buenos. Para no ir más lejos y para ceñirme al ámbito en que me desenvuelvo, muchos de los reporteros de *Proceso* escriben mejor que bastantes de nuestros escritores, cuentistas y poetas. El problema es muy curioso, está sembrado de lugares comunes, de prejuicios, de estereotipos, de convenciones.

*Hace un rato, venías repitiendo mucho un nombre...*

Es que estoy enamorado de las palabras, de muchas, no de todas por supuesto. Creo que es el punto de partida de cualquier actividad literaria o periodística... El gusto por las palabras, el gusto por el lenguaje, el gusto de alguien que tiene un trato directo, carnal, físico, con las palabras. El lado físico, material de las palabras, es la parte por la cual uno empieza a gustar de ellas. Las palabras que por su sola sonoridad nos gustan, nos atraen, nos intrigan, van dando la pauta de una cierta inclinación por la escritura; por la escritura como una plasmación del pensamiento por medio de caracteres gráficos.

*Con frecuencia te invitan a dar conferencias en otros países ¿qué has ido a decirles?*

Generalmente, las invitaciones vienen de instituciones académicas, de colegios o de universidades. En septiembre y octubre por ejemplo, estuve en Perú y Uruguay. El punto terminal del viaje era Montevideo, donde se celebraba una feria librera. En Estados Unidos también he estado en universidades y colegios. Y, bueno, les hablo sobre todo de literatura mexicana y en especial de poesía moderna. En febrero voy a Washington, a dar una conferencia sobre poesía mexicana moderna. Con las experiencias que he tenido con el tiempo, he ido ciñendo los temas. Sí puedo hablarles de historia de México en general, pero prefiero hablarles de poesía, que es lo que he estudiado con más atención. Todo esto es parte del interés en Estados Unidos por la literatura latinoamericana, que es algo nuevo, más o menos reciente. Pienso que es parte de un remozamiento en la vida académica norteamericana. Es como si hubiera habido un nuevo descubrimiento de América; el llamado *boom* atrajo la atención de investigadores no latinoamericanos. Hay un largo diálogo europeo-mexicano, norteamericano-latinoamericano, que tiene sus momentos culminantes, sus grandes vacíos, sus momentos de eclipse, sus momentos yermos, muy largos en el tiempo, pero que ha existido siempre. Recuerdo la afirmación de Mary Mcarthy, les dijo: «Yo creo que la literatura norteamericana de este siglo tiene dos etapas fundamentales, dos periodos perfectamente discernibles: el primero es lo que se escribe y lee antes de que Jorge Luis Borges fuera traducido al inglés; y el segundo periodo, después de que Borges fuera traducido al inglés». Imagínate nada más.

*Cuando pasas o bajas a un periodo de menos productividad ¿a qué se debe?*

A todo tipo de factores. Algunos buenos... viajo más, trabajo más en otras cosas (la poesía o la literatura también son un trabajo); éstas son las buenas razones. Las otras razones son como las que los campesinos conocen bien —y que uno utiliza en su caso, de modo metafórico—: sequía, esterilidad, agotamiento.

*¿Has vuelto a tus primeros poemas?*

Creo que son poemas incorregibles, como los adolescentes que a veces son incorregibles, en todos los sentidos de la palabra. Había una conducta poética, una actitud que uno sí podría corregir, pero que no tiene caso... la persona que escribió esos poemas ya prácticamente no existe y esas actitudes tampoco existen. Entonces, podría uno corregirlos en un ejercicio de remozamiento del pasado; pero no tiene sentido, no tiene sentido. Respondo a tu pregunta en el sentido de *volver para corregir*.

*¿Y volver para releerlos?*

Desde luego. Para ver dónde metí la pata, ver si hay aciertos, cosas incluso que puedan aprovecharse. En los poemas de mis primeros dos libros no hay mucho que hacer, esas cosas se quedaron como congeladas, hechizadas en el pasado. Entonces, no tiene caso volver a ellos más que como lector. Es una cuestión prácticamente de humor, hay casos de poetas que se pasan la vida corrigiendo sus poemas ya publicados. Cuando un poema está aún en el rodillo de la máquina, es indefinidamente corregible. Pero corregir algo ya publicado implica el problema de la propiedad de los textos, que a lo mejor son de nadie, a lo mejor son de todos, de la tradición o del silencio, pero es un hecho que han sido publicados y tomado contacto con el público. Es como el problema de las cartas que se reciben o envían: ¿a quién le pertenecen, a quien las escribió o a quien las recibió? Es un problema parecido. Entonces, corregir algo que no es totalmente de uno, implica algo así como un atropello de la propiedad ajena, qué sé yo...

*Mencionaste el rodillo de la máquina ¿los poemas te salen directamente hacia allá?*

Mira, yo escribo de todas maneras. Incluso escribo sin escribir, quiero decir que muchas veces pienso poemas completos que repaso en la mente y memorizo y corrijo. Desde

luego, también escribo a mano, en tarjetas o cuadernos, directamente a la máquina, en máquinas ajenas, de noche, de día, en cualquier condición. Estoy tratando de disciplinarme, quizá por primera vez en mi vida, para pasar en limpio un largo libro que tengo terminado desde hace ya un año y medio.

### *Escribir poesía te produce...*

Mira, cuando uno acaba de escribir un poema quizá le parece lo mejor que ha escrito y eso da un gran gusto ¿no? Desde luego, la manipulación de las palabras produce un cierto goce físico. Yo creo que habría que hacer comparaciones que a mí me parecen muy justas. Insisto en el lado material del lenguaje, pues eso me permite comparar la escritura con la pintura. El tacto, la mirada del pintor, su trato con las dimensiones del cuadro, del mural o de la hoja que está trabajando, le producen goces directos, los placeres más perfectamente entendibles. Algo parecido ocurre con la poesía, cuando uno cree que ha hecho las cosas bien. Cuando creo que las cosas salen bien lo que me produce es gusto, el gusto de hacerlas bien, sencillamente. Es una respuesta que vale para cualquier persona a la que le guste su trabajo. A una persona que barre la calle le puede dar gusto barrer bien esa calle, como a mí me lo produce escribir un buen poema... Ahora, una cosa es escribir un buen poema y otra es haberlo escrito bien... Yo puedo haber escrito correctamente un poema desde un punto de vista prosódico, gramatical, literario, poemas decentes, poemas bien hechos ¿verdad?; los hice bien, pero puede que no sean buenos. Aquí entra otro tipo de problemas: los misterios, las magias de la poesía auténtica, genuina, del producto artístico como tal. Quizás no sean poemas inspirados, para decirlo de manera más común.

### *¿Existe o no existe la inspiración?*

Creo que sí. Es un fenómeno del que los artistas no somos los propietarios exclusivos, desde luego, y que además no está desligado de la noción de trabajo. No creo —más que por excepción— en los inspirados perezosos; creo en los inspirados trabajadores, más o menos trabajadores, pero que sí trabajen. No creo tampoco en los buenos escritores ignorantes... es decir, vamos a ponerlo en estas dos reglas: no hay inspirados

perezosos que rindan obras de valía, ésta sería la regla, con sus excepciones; la otra, con un montón de excepciones: no hay buenos escritores que sean ignorantes. Prefiero atender a las reglas que a las excepciones. Como no me creo un genio, desde luego, y como me daría flojera ser una persona ignorante, prefiero leer mucho y estar bien informado.

*¿Cómo le ha ido a tus libros?*

Primero debo decirte que a mí me ha ido muy bien en cuanto a la publicación de mis libros. Antes de cumplir 30 años había publicado cinco libros de poemas, que son ciertamente muchos. Te puedo decir que en relación con los otros géneros, a la poesía no le va bien y a la mía tampoco le va bien. Pero sí puedo decirte con gusto que dos libros míos han llegado a la segunda edición, y eso es casi milagroso ¿no? Es decir, han sido tiradas de mil a dos mil ejemplares, pero que de todas maneras han llegado a la segunda edición, lo cual es como una especie de consagración de un libro. En las editoriales se habla de curvas de ventas ¿no?, cuando la curva va descendiendo el libro se está yendo a la fosa común de la bodega, eso que llaman en la industria editorial «los clavos». En cambio, la curva de ventas asciende, y es la consagración del libro, cuando hay segundas ediciones. De dos libros míos, uno publicado por ERA y otro por el Fondo de Cultura Económica, hay segundas ediciones y eso produce un enorme gusto.

*¿Cuáles son esos libros?*

*Versión* del Fondo de Cultura Económica y *Cuaderno de noviembre* de ERA. También tengo dos libros en la UNAM: *El jardín de la luz* publicado hace como 12 años en la colección Poemas y Ensayos y otro en Cuadernos de Humanidades que se llama *El espejo del cuerpo*. En una edición prácticamente amistosa, tengo un pequeño libro que se llama *Huellas del civilizado* que publicó La máquina de escribir.

*¿Todos tus libros te gustan?*

Casi es de cajón la respuesta...

*Es que es una pregunta de cajón.*

Las preguntas de cajón tienen sus respuestas de cajón ¿no? He leído en miles de entrevistas la misma respuesta a esta pregunta: «Me gusta lo que estoy escribiendo ahora y me gustará más lo que voy a escribir después». Vamos a abordar la respuesta de cajón; creo que vale la pena. Como me releo con cierta frecuencia, relativa frecuencia, eh, voy descubriendo filones o vetas, para decirlo como geólogo, como minero, vetas que no he explorado, que no he explotado y que están ahí en lo que he escrito. En esa medida me gustan, me interesan, me sirven las cosas que he escrito y publicado, me sirven para lo que estoy escribiendo y quizá para lo que escriba más adelante.

*¿Eso no linda peligrosamente con los límites territoriales del «fusilarse a sí mismo»?*

Podría... tu pregunta implica ese riesgo y desde luego lo asumo y hay que estar vigilante. Pero prefiero pensar que son vetas no exploradas, que lo que está por explorar es lo que me dará pie para seguir escribiendo; es decir, si hay una línea de tema o de tono que haya sido insinuada en un poema ya publicado, bueno, la continúo en algo pretendidamente nuevo... El riesgo es el que tú implicas.

*¿Cuánto tiempo llevas en la poesía?*

Empecé a escribir muy joven, como a los 14 o 15 años. Es un inicio tardío para lo que uno suele leer en las biografías literarias.

*Hace ya como 20 años. ¿En ese trayecto te llegó ya la insatisfacción?*

Sí, desde luego. En todo momento, a cada rato. Cosas mías que releo, textos que he publicado como articulista, poemas... Además, mira, si uno no fuera un insatisfecho, un inconforme con lo que hace, quizás ni siquiera escribiría o estaría apuntando peligrosamente en esa dirección. Hay un sustento muy claro y fundamental —quiero decir que está en el fundamento de la vocación artística— que es la inconformidad, la insatisfacción con la vida que podría ser mejor, con el lenguaje que podría ser más bello,

más comunicativo y que es lo que lo impulsa a uno, lo que lo lleva a uno a escribir. No creo que sea sólo un adorno de rebeldía esa inconformidad: es un sustento, un fundamento de la vocación literaria y artística en general. Esa disidencia continúa, no creo que sea un rasgo nada más. Siento que es un cimiento, algo que le da sentido — dirección y significado— a la vocación artística.

*¿Fue fácil o difícil que publicaran tu primer libro?*

Eh, fue una mezcla de facilidad y dificultad. En el caso de mi primer libro, que salió en 1972, pasó algo rarísimo: la partida universitaria que estaba destinada a un libro en el que yo iba a publicar, era para organizar una antología de poetas entonces jóvenes. Iba a ser un libro en el que iban a participar cuatro o seis poetas por lo menos. Yo entregué mi material a tiempo, y los otros misteriosísimamente nunca entregaron su material. Yo había entregado 30 o 40 cuartillas y me pidieron que las aumentara. Entregué varias decenas más y su publicó mi libro solo ¿no?, pero a costa de que los otros no publicaran. Es una cosa rara. Ese libro, *El jardín de la luz*, fue publicado gracias a los auspicios de Rubén Bonifaz Nuño y de Jesús Arellano, en ese entonces jefe de la imprenta universitaria. Ya murió Arellano, por cierto.

*¿Cómo te ha tratado la crítica?*

Mira, generalmente, bien; desde luego, yo agradezco los comentarios favorables, los agradezco por urbanidad ¿verdad?, por buena educación. Pero sólo unos pocos de ellos han, por decirlo así, calado; generalmente son reseñas hechas como de prisa. De diez comentarios, nueve son perfectamente prescindibles y uno dice cosas interesantes. Henry Miller decía que no hay que rebajarse nunca a contestarle a un crítico ¿no?, pienso que ésta es una idea un poco brusca, pienso que puede haber un diálogo con los críticos, diálogo que uno hace desde la propia obra, desde luego. Recuerdo algún artículo interesante de Juan Tovar, otro de Guillermo Sheridan, otro de un muchacho que no conozco, que se llama Glenn Gallardo —digo *muchacho* porque hace poco vi su fecha de nacimiento, ha de tener unos 28 o 30 años—, un artículo largo de Jorge Aguilar Mora... En fin, esas notas recuerdo yo, entre decenas que han aparecido sobre mis libros, que

realmente me han hecho pensar, con las cuales he establecido, más o menos, un diálogo, pienso yo, productivo.

*Un aguacero puede influir en alguien para que se tome 95 aspirinas. Hablo de influencias. ¿Cuáles aceptarías en tu obra?*

Pues, diferentes influencias según los diferentes ánimos que van presidiendo los proyectos literarios de cada momento. En los primeros textos, como que estaba yo muy consciente de la lectura que había hecho de Jorge Guillén y del libro *Cántico, fe de vida*. Yo prefiero siempre hablar primero de las influencias de poetas mexicanos o de poetas de habla española, y después de otro tipo de influencia. Uno no sabe con los poetas franceses, ingleses o alemanes de quién gusta al momento de la lectura: si del poeta o de las opciones del traductor. Buena parte de la literatura que hemos leído la hemos consumido en traducciones; es un fenómeno que también requiere una investigación especial. De los poetas mexicanos que me influyeron apuntaría, de atrás para adelante, desde Sor Juana hasta Alberto Blanco, todo lo que cabe en medio. Ahora he estado leyendo mucho, por exigencias de trabajo —por estas clases que voy a ir a dar a Washington— a Ramón López Velarde, que me ha vuelto a deslumbrar, casi de la misma manera como cuando lo leí por primera vez; me parece que es, para decir un lugar común de la crítica, «nuestro primer poeta moderno». Por esta razón de modernidad me gusta más que Othón, que Gutiérrez Nájera, que Díaz Mirón, aunque Díaz Mirón me parece un caso extraordinario que todavía está esperando un gran estudio crítico.

*¿Qué sabor te dejó la poesía publicada en México el año pasado?*

Bueno, se publicó un libro que, a mi modo de ver, es uno de los más importantes que se han publicado en los últimos 25 o 30 años en México, que es la poesía reunida de Eduardo Lizalde, *Memoria del tigre*, donde reúne algunos libros, los que él considera legibles, desde el libro de 1966 *Cada cosa es Babel* (UNAM), hasta sus poemas más recientes. Aparece como un poeta de primera línea, de los mejores poetas, no sólo mexicanos, sino en lengua española. Verdaderamente, me dejó un muy buen sabor de boca el libro de Eduardo.

## COMENTARIO

Sabía que David Huerta era doblemente poeta: por sus propias manos y por las de Efraín Huerta —su padre—, tan priista el uno como el otro.

Al principio, tuve la impresión de que David estaba resignándose al tedio de una entrevista más. Sin embargo, minutos y preguntas más tarde su actitud se tornó cada vez más participativa, algo así como la de un profesor preocupado por explicar sus ideas de manera didáctica al alumno más despistado de la clase. (En realidad estaba más que preocupado por las siguientes becas y viajes...que acumuló al grado de volverse una rémora profesional, un genuino inútil subsidiado, empecinado, además, en anular a todos los que no pertenecen a su clic).

Finalmente externó su interés por corregir la entrevista antes de que fuese publicada. Debido a la agenda llena del poeta, la revisión se hizo telefónicamente y sólo fueron modificados algunos detalles.

Un mediodía, al avisarle que su entrevista había aparecido en la *Gaceta UNAM*, me dijo que varios amigos ya se la habían comentado, y que a ver si le podía proporcionar algunos ejemplares.

Hoy, si lo viera a lo lejos...me cambiaría de acera para no tenerlo nunca más.

Si me amenazaran con el fusilamiento si no lo entrevisto, preferiría mil veces el paredón.

Los ruines no deben ser entrevistados... y él ya era la ruindad acomodada en dos patas. El exceso de años, becas, viajes y otros subsidios sin duda lo volvieron más ruin... menos priista y más panista, «asegún» qué partido político se esté repaseando en México. «Orita» seguro navega con bandera de andresmanuellopezobrерista... lo cual multiplica hasta la náusea su ruindad huertiana.

## BIBLIOGRAFÍA

- Bambi. (21 de Enero de 1985). La entrevista no debe ser una conversación entre un indiscreto y un pedante. *Excélsior*, pág. 1.
- Biblia de Navarra*. (2008). Navarra, España: Ediciones Universidad de Navarra, S.A. (EUNSA).
- Caballero, A. (2009). *Paisaje con figuras Crónicas de arte, literatura y música*. Colombia: Casa Malpensante.
- Cabrera Infante, G. (1993). *Mea Cuba*. DF, México: Vuelta.
- Calvo Hernández, M. (1977). *Periodismo científico*. Madrid: Paraninfo.
- Caparrós, M. (2014). *El interior*. España: Mal Paso Ediciones.
- Charnley, M. V. (1971). *Periodismo informativo*. Buenos Aires: Troquel.
- Del Arco, M. (s.f.). La entrevistú, en José Luis Martínez Albertos. (3).
- Echegaray, C. W. (2000). *Los géneros periodísticos y su ética profesional*. México, México: Trillas.
- Eloy Martínez, T. (2007). *Lo mejor del periodismo de América Latina* (Primera ed.). Bogotá, Colombia: Fondo de Cultura Económica-Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano.
- España, M. (26 de julio de 2021). Señalan plagio en tesis doctoral de C. Porras; MP lo niega. *La Hora*. Obtenido de <https://lahora.gt/senalan-plagio-en-tesis-doctoral-de-c-porras-mp-lo-niega/>
- Euronews. (21 de octubre de 2011). *Los rebeldes libios muestran el cuerpo de Gadafi como trofeo*. Obtenido de YouTube: [https://www.youtube.com/watch?v=W\\_crwMmE3lo](https://www.youtube.com/watch?v=W_crwMmE3lo)
- Fortson, J. R. (1979). *Cara a cara II*. México: Editorial Posada.
- García Márquez, G. (13 de Julio de 1981). "¿Una entrevista? No, gracias". *Proceso*(245), págs. 36-37.
- Graáfico, E. (8 de noviembre de 1977). Embajador Mexicano confirma asilo de Perdomo Orellana. *El Gráfico*.
- Grijelmo, Á. (2014). *El estilo del periodista* (décimo octava edición ed.). México, Méixco: PRISA EDICIONES.
- Hernández, J. O. (4 de julio de 2021). La voz de un cronista contemporáneo. (J. L. Perdomo Orellana, Entrevistador) Guatemala, Guatemala.
- Hernández, O. J. (30 de septiembre de 2012). Desplazar para no ser desplazados: palma, narcos y campesinos. *Plaza Pública*. Obtenido de <http://www.plazapublica.com.gt/content/desplazar-para-no-ser-desplazados>

- Investigación. (25 de 7 de 2016). Ángel González: El encantador de presidentes está molesto. *El Periódico*. Obtenido de <https://elperiodico.com.gt/noticias/investigacion/2016/07/25/angel-gonzalez-el-encantador-de-presidentes-esta-molesto/>
- Jaramillo Agudelo, D. (s.f.). *Antología de la crónica latinoamericana actual*. Obtenido de [https://www.elboomeran.com/upload/ficheros/obras/primeraspaginasantologicalatinoamericanaactual\\_1.pdf](https://www.elboomeran.com/upload/ficheros/obras/primeraspaginasantologicalatinoamericanaactual_1.pdf)
- Jiménez, D. (2019). *El director Secretos e intrigas de la prensa narrados por el exdirector de El mundo*. España: Libros del K.O.
- Kapucsinski, R. (2007). *Viajes con Heródoto* (5 ed.). España: Anagrama.
- Lengua, R. A. (2020). *Diccionario de la Lengua Española*. Madrid, España. Obtenido de <https://dle.rae.es/cr%C3%B3nico#BLThYfx>
- Libre, P. (5 de noviembre de 1977). Estudiante se asiló en la embajada de México. *Prensa Libre*.
- López Hidalgo, A. (2009). *Géneros periodísticos complementarios*. México, México: alfaomega Grupo Editor.
- López, C. (2005). *Helarte de la errata*. México: Editorial Praxis.
- Martínez Albertos, J. L. (1995). *Curso general de redacción periodística*. España: Paraninfo.
- Monsiváis, C. (2007). *Amor perdido*. México: Era.
- Monsiváis, C. (s.f.). Tres décadas de amistad. (J. L. Perdomo Orellana, Entrevistador)
- Pacheco, J. E. (2017). *Inventario* (Primera ed., Vol. I). (H. Manjarrez, E. A. Parra, V. Ruano, J. R. Ruisánches, M. Uribe, & P. Villegas, Edits.) México, México: Ediciones Era/El Colegio de México/Universidad Autónoma de Sinaloa/Dirección de Literatura, Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México.
- Pedraza, G. (2008). *Grandes crónicas periodísticas*. Argentina: Editorial Comunicarte.
- Peralta, B. (4 de junio de 1983). La entrevista debe ser una pequeña obra de teatro que debe tener una atmósfera de principio a fin. *Uno más uno*, pág. 19.
- Polastron, L. X. (2007). *Libro en llamas Historia de la interminable destrucción de bibliotecas*. (H. H. García, & L. Fernandez Suárez, Trads.) México: Fondo de Cultrua Económica.
- Reed, J. (2020). *Detrás de Billy Sunday*. (P. I. Taibo II, Trad.) México: Fondo de Cultura Económica.
- Review, T. P. (s.f.). *Conversaciones con los escritores*. (P. G., Ed.) Kairós.
- Review, T. P. (s.f.). *Hablan los escritores*. (G. Plimpton, Ed.) Kairós.
- Russell Neuman, W. (2002). *El Futuro de la Audiencia Masiva*. (C. Marín, Trad.) México D.F., México: Fondo de Cultura Económica.

- Sabato, E. (1963). *El escritor y sus fantasmas*. Buenos Aires: Editorial Aguilar.
- Sánchez, H. (7 de enero de 2014). Autoentrevista a Haroldo Sánchez. (H. Sánchez, Entrevistador) Youtube. Guatevisión, Guatemala. Obtenido de <https://www.youtube.com/watch?v=qYba44GLbQM>
- Sherwood, H. (1976). *La entrevista*. Barcelona, España: ATE.
- Thompson, H. S. (2009). *Una extraña y terrible saga*. España: Anagrama.
- Umbra, F. (2001). *Los placeres y los días*. España: Fondo de Cultura Económica Ediciones de la Universidad de Alcalá.
- UNAM, G. (21-25 de noviembre-mayo de 1983-1984). Sexta época. *Gaceta UNAM, I*.
- Vázquez, M. E. (1985). *Borges, sus días y su tiempo*. Buenos Aires: Javier Vergara Editor.
- Vivaldi, G. M. (1979). *Géneros periodísticos* (2 ed.). Madrid: Paraninfo.
- Wilson, E. (1972). *Crónica literaria*. Barral editores.
- Yiwu, L. (2012). *El paseante de cadáveres*. (L. Sola Comino, Trad.) México, México: Sexto Piso.